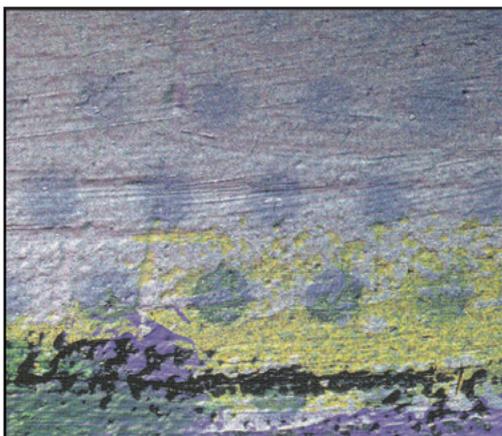


La Santa Cena



La gran cena del Cordero

Enseñanzas de la Biblia Popular

La Santa Cena

La gran cena del Cordero

Arnold J. Koelpin

EDITORIAL NORTHWESTERN

Milwaukee, Wisconsin

Segunda edición, 2003

Este libro fue traducido por la señorita Sandra Corzo de Bogotá, Colombia; y fue revisado por el pastor Andrew C. Schorer, de Edna, Texas, EE UU.

Todas las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de la SANTA BIBLIA, REINA VALERA 1995, EDICIÓN DE ESTUDIO. Copyright © 1995, por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso de las SBU. Todos los derechos reservados.

La marca “Reina Valera 1995, Edición de Estudio” está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas de los Estados Unidos por la Sociedades Bíblicas Unidas. El uso de cualquier marca requiere el permiso de las Sociedades Bíblicas Unidas.

PBT: *Lord's Supper* by Arnold J. Koelpin (NPH #15N0621; ISBN 978 0 8100 1981 2) Acknowledgment: 2007 Northwestern Publishing House. All rights reserved. Translated and reprinted with permission.

EBP: *La Santa Cena* por Arnold J. Koelpin (NPH #15N0621; ISBN 978 0 8100 1981 2) Reconocimiento: 2007 Northwestern Publishing House. Todos los derechos reservados. Traducido y reimpresso con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, guardada en algún sistema de recuperación, o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, o de otro modo excepto para una breve cita, sin permiso previo del publicador.

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2006923945
Editorial Northwestern
www.nph.net
© 2007 Editorial Northwestern
Publicado en 2007
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 978 0 8100 1981 2

Tabla de contenido

Prefacio del editor	5
Introducción	7
1. La Santa Cena	11
2. ¿Por qué los cristianos acudimos a la Santa Cena?	35
3. ¿Cómo celebramos la Santa Cena?	51
4. ¿Cómo sirve a la iglesia la Santa Cena?	67
5. Celebrando la Santa Cena	103
Apéndice 1 Catecismo Menor de Lutero	129
Apéndice 2 La Confesión de Augsburgo de 1530	131
Para lectura adicional	133
Índice de textos bíblicos	135
Índice temático	145

Prefacio del Editor

Enseñanzas de la Biblia Popular es una serie de libros sobre las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo el patrón establecido con la serie La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para laicos. Los términos teológicos, cuando se usan, se explican en lenguaje cotidiano para que la gente pueda entenderlos. Los autores muestran cómo la doctrina cristiana se extrae directamente de pasajes claros de la Escritura y, luego, cómo se aplican esas doctrinas a la fe y a la vida de las personas. Lo más importante es que estos libros muestran que cada enseñanza de la Escritura apunta a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores de congregaciones y profesores con años de experiencia en la enseñanza de la Biblia. Son hombres de gran erudición y aporte práctico.

Aprovechamos esta oportunidad para expresar nuestra gratitud, al Profesor Leroy Dobberstein del Seminario Luterano de Wisconsin, ubicado en Mequon, Wisconsin, EEUU, y al Profesor Thomas Nass del Martin Luther College, en New Ulm, Minnesota, EEUU, por contribuir como consultores para esta serie. Sus aportes y colaboración han sido invaluable.

Pedimos que el Señor use estos tomos para ayudar a su pueblo a crecer en su fe, conocimiento, y comprensión de sus enseñanzas salvadoras, las cuales nos ha revelado en la Biblia. A Dios sea toda la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Introducción

Todos experimentamos momentos decisivos en nuestra vida. Un momento decisivo como el tener un hijo o un accidente trágico, dan una dirección especial a nuestra vida debido a sus consecuencias. Aprendemos por la experiencia cuán preciosa es la vida y cuán precioso es cada día de nuestra vida.

Un momento para recordar

Hace dos mil años, Dios le dio al mundo un momento para recordar en la ciudad de Jerusalén en Palestina. Allí tuvo lugar un momento decisivo para la historia del mundo. Dios buscó “reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra” (Efesios 1:10). Dios demostró este momento especial de la forma más peculiar cuando Jesucristo fue crucificado en el Calvario. Dios nos mostró su amor a través de la muerte de su Hijo (Juan 3:16). En ese momento fatídico, tuvo lugar un gran intercambio. Dios ahora nos da vida eterna en cambio de la muerte eterna, debido a lo que Jesús hizo por nosotros.

Todos sabemos lo crucial que es la vida. Nos aferramos a ella igual que la hiedra se aferra a un roble. Las enfermedades difíciles que acaban con la vida más rápida de lo esperado, quitan el gozo de la vida. Las batallas perdidas con nuestros deseos pecaminosos a menudo acaban dejándonos dañada la salud, y rotos el hogar y el corazón. La vida se vuelve amarga. Las noticias de seres queridos que mueren trágicamente, nos sacuden hasta los huesos y arrojan una sombra sobre la vida.

Detrás de estas batallas está la lucha entre Dios y Satanás por el control de nuestras vidas (Génesis capítulo 3).

Pero Dios cambió todo eso para siempre cuando Cristo vino (Génesis 3:15). La batalla decisiva entre la vida y la muerte, se luchó en una cruz. Allí, Jesús, el Hijo del Dios viviente, luchó contra Satanás, el padre del pecado y de la muerte. Fue una lucha extraña y horrible cuando la vida y la muerte lucharon. Pero la victoria permaneció con la vida (1 Corintios 15:57). Cristo resucitó victorioso sobre la muerte y trajo a la luz la vida y la inmortalidad, mediante esas buenas nuevas. La muerte y la resurrección de Jesús, son el momento decisivo para nuestra vida y para la vida de todo el mundo. Es el momento para recordar en toda la historia (Gálatas 4:4,5).

La gran cena del Cordero

Jesús se encargó de que el momento decisivo de Dios no se perdiera para nosotros. Antes de morir, Jesús preparó una comida para sus seguidores para celebrar la vida. Él ahora nos invita a participar en esta comida. La Escritura registra con cuidado la invitación de Cristo en palabras simples:

El Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí”. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de mí” (De 1 Corintios 11:23-25; Mateo 26:26-28; Marcos 14:22-24; Lucas 22:19,20)

En esta cena, Jesús nos da personalmente su sacrificio que da vida. A diferencia del cordero sacrificial bajo el antiguo pacto de Dios con Israel, ahora tenemos a Jesús como el Cordero que quita los pecados del mundo (Juan 1:29). Lo que esto significa es el tema de este libro. Cuando nos preparamos para ir a la Santa Cena naturalmente hacemos preguntas: ¿Por

qué celebrar la muerte de Jesús con gozo y acción de gracias?
¿Por qué llamamos sacramento a su cena?

La clave del entendimiento

En este libro queremos responder esas preguntas, sentándonos a los pies de Jesús y escuchando a su Palabra. Aprendemos mejor escuchando, y también observando dos advertencias que da el apóstol Pablo. Primero, no tenemos que engancharnos en preguntas sin sentido sobre los caminos de Dios (Isaías 55:8). Estas solamente nos alejan de la verdad de Dios (Juan 14:6). Las preguntas ciertamente son parte del aprendizaje y necesitan explicaciones. Pero cuando el cuestionamiento degenera en reñir con los caminos de Dios, es como combatir fuego con fuego. La argumentación sin sentido solamente enciende más argumentos y echa más leña al fuego (1 Timoteo 1:3-7). Segundo, tenemos que ser cuidadosos en no charlar sobre la Santa Palabra de Dios de forma tan casual como lo harían los fabricantes de zapatos sobre el cuero. No podemos moldear a Dios a nuestro gusto. Los caminos de Dios no son nuestros caminos. Nosotros nos aferramos a la verdad de Dios como él escoge revelárnosla (Colosenses capítulos 1,2).

Por lo tanto nuestras preguntas tienen que mantenerse enfocadas. La clave para entender la Palabra de Dios es Jesucristo. Él vino a la tierra para mostrarnos la voluntad de su Padre. Tan simple como suena, Dios viene a nosotros en su Palabra; nosotros no tenemos que ir a él (Salmo 119). La vida con Dios es vida que proviene de Dios; no se origina con nosotros. Por nosotros mismos, sólo terminaríamos con dioses artificiales, dioses de nuestra propia creación (Romanos 1:22-25; Jeremías 10:3-15).

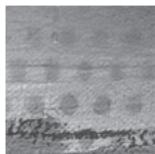
Contrario a nuestras ideas, el verdadero conocimiento y culto de Dios, no terminan en un ritual aburrido y sin vida. Los cristianos se reúnen en congregaciones para celebrar la

vida: nuestra vida con Dios y nuestra vida que proviene de Dios. Dios da, y nosotros recibimos. Dios actúa, y nosotros reaccionamos. Nosotros respondemos en gozo y acción de gracias debido a sus promesas que dan la vida. La Palabra de Dios es misericordiosa y buena (Salmo 100). El gran cisma entre épocas antiguas que ya pasaron y la vida del presente palpitante, no cambia la importancia de la invitación que Jesús nos hace, hoy o en cualquier tiempo. Dios está presente eternamente (Hebreos 13:8).

Para aprender sobre la Santa Cena nos sentamos en la mesa del banquete. Allá, totalmente a la vista, están los dones de Dios. Nosotros escuchamos sus palabras antes de probar y comer: palabras de promesa y gozo. En la gran cena del Cordero, Dios nos da sus dones como dádivas de un rey misericordioso a mendigos que no lo merecen. El magnífico regalo de Dios es su amor por nosotros en Cristo. Cada día que pasa nosotros le agradecemos este amor, sirviéndole y amándolo con corazones abiertos y con manos abiertas. La vida de Cristo de servicio superior nos motiva a imitarlo, a nuestro Señor, al servir a los demás.

En tu mesa bendecida, tú me das la bienvenida:
los misterios de tu gloria hoy celebro en tu memoria.
Con tu santo cuerpo y sangre
sacias hoy de mi alma el hambre.
Haz que en fe, amor, constancia,
frutos lleve en abundancia.

(Culto Cristiano [CC] 126:3)



1

La Santa Cena

“Mientras comían, tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo: ‘Tomad, comed; esto es mi cuerpo... Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre... derramada para perdón de los pecados’” (Mateo 26:26-28). Los cristianos viven de las palabras de Cristo (Mateo 4:4). Todos los días alrededor del globo, en idiomas diferentes, personas de todas las naciones se comunican a través de estas simples palabras. Cuando reciben la Santa Cena, comen y beben, en común. Esta cena festiva es, como se suponía que iba a ser, el pueblo de Dios compartiendo el don de Dios del perdón.

Sin embargo, generalmente la gente entiende la Santa Cena solamente de forma superficial. Cuando los paganos escucharon por primera vez las frases: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo. ... Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre”, ellos pensaron que estaban escuchando un extraño

ritual fanático. En respuesta, los líderes cristianos trataron de explicar la cena en términos más entendibles.

Pero explicar no es fácil. Cuando Dios se encuentra con los hombres, ocurre un misterio que está más allá de la comprensión. Dios se nos revela a él mismo de una forma extraña. Él nos da a conocer su voluntad oculta en la persona y obra de su Hijo, Jesucristo. Solamente por fe podemos entender lo que sobresalta nuestras mentes (1 Timoteo 3:16). La clave para entender la Santa Cena yace en escuchar y confiar en la Palabra de Dios y en sus promesas. Cuando Jesús dice: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo”, él quiere decir exactamente lo que dice. El Espíritu de Dios toma cautiva nuestra mente, y la Palabra de Dios cautiva nuestro entendimiento. Por lo tanto, lo mejor es que expliquemos la Santa Cena de la forma en que el Señor Jesús la instituyó.

¿Qué es la Santa Cena?

¿Qué es la Santa Cena? Buena pregunta. En vez de buscar dentro de nuestras cabezas para encontrar la respuesta, volvámonos a Jesús para encontrar la explicación. Escuchemos sus palabras y pidamos que su Espíritu ilumine nuestras mentes. La Biblia registra la Santa Cena en cuatro relatos principales. Tres evangelistas: Mateo, Marcos, y Lucas, describen la comida como sucedió. El apóstol Pablo, en contraste, resume el evento.

Los cuatro relatos resaltan las palabras de Jesús, pero cada escritor distingue detalles diferentes. Los tres evangelistas relatan los detalles del contexto original de la Pascua judía. Pablo pasa por alto el contexto de la Pascua, sin duda porque el mundo gentil al que él servía no se identificaba con los festivales judíos. El relato del apóstol Juan (no impreso aquí) es único. Éste se enfoca más en la conversación en la mesa y los detalles de la traición de Judas, que en las palabras de Jesús instituyendo el sacramento.

Tomados de manera individual, Mateo y Marcos, hacen relatos paralelos. Los registros de Lucas y Pablo, también son muy parecidos. No obstante, los cuatro escritores incluyen lo principal. Jesús toma el pan, lo bendice, y dice: “Esto es mi cuerpo”. Luego después de la cena, toma la copa y afirma: “Esta es mi sangre del nuevo pacto”. Solamente Lucas y Pablo, agregan el mandato específico de Jesús de volver a celebrar la cena desde ese momento en adelante.

Para comenzar este estudio es útil (y refrescante) leer en voz alta los relatos tal como se encuentran en las Santas Escrituras. Al leer los sucesos antiguos podemos ponernos en ese momento, imaginándonos los detalles como si estuviéramos allá, y comparando los relatos mientras leemos. Una opción más rápida puede ser leer solamente el registro de Lucas y luego compararlo con el de Pablo.

Mateo el evangelista (Mateo 26:17-30)

El primer día de la fiesta de los Panes sin levadura, se acercaron los discípulos a Jesús, diciéndole: “¿Dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua?”

Él dijo: “Id a la ciudad, a cierto hombre, y decidle: ‘El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa celebraré la Pascua con mis discípulos’”. Los discípulos hicieron como Jesús les mandó y prepararon la Pascua.

Cuando cayó la noche se sentó a la mesa con los doce. Y mientras comían, dijo: “De cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar”...

Mientras comían, tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió, y dio a sus discípulos, diciendo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo”.

Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: “Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados. Os digo que desde ahora no

beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.”

Después de haber cantado el himno, salieron al monte de los Olivos.

Marcos el evangelista (Marcos 14:12-26)

El primer día de la fiesta de los Panes sin levadura, cuando sacrificaban el cordero de la Pascua, sus discípulos le preguntaron: “¿Dónde quieres que vayamos a preparar para que comas la Pascua?”

Y envió a dos de sus discípulos diciéndoles: “Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, y donde entre decid al señor de la casa: ‘El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos?’ Entonces él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto. Haced allí los preparativos para nosotros.”

Fueron sus discípulos, entraron en la ciudad, hallaron lo que les había dicho y prepararon la Pascua.

Cuando llegó la noche, vino él con los doce. Y cuando se sentaron a la mesa, mientras comían, dijo Jesús: “De cierto os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar”...

Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y les dio, diciendo: “Tomad, esto es mi cuerpo”. Después tomó la copa y, habiendo dado gracias, les dio y bebieron de ella todos. Y les dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada. De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.”

Después de haber cantado el himno, salieron al Monte de los Olivos.

Lucas el evangelista (Lucas 22:7-39)

Llegó el día de los Panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar el cordero de la Pascua. Entonces Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: “Id, preparadnos la Pascua para que la comamos”.

Ellos le preguntaron: “¿Dónde quieres que la preparemos?”

Él les dijo: “Al entrar en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo hasta la casa donde entre y decid al padre de familia de esa casa: ‘El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos?’ Entonces él os mostrará un gran aposento alto, ya dispuesto; preparadla allí.”

Fueron, pues, y hallaron como les había dicho; y prepararon la Pascua.

Cuando era la hora se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. Y les dijo: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca!, porque os digo que no la comeré más hasta que se cumpla en el reino de Dios”.

Tomando la copa, dio gracias y dijo: “Tomad esto y repartidlo entre vosotros, porque os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta que el reino de Dios venga”.

También tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí”.

De igual manera, después de haber cenado, tomó la copa, diciendo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama. Pero la mano del que me entrega está conmigo en la mesa. A la verdad el Hijo del hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!”... Salió y se fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos lo siguieron.

Pablo el apóstol (1 Corintios 11:23-29)

Yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí”. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de mí”. Así pues, todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.

De manera que cualquiera que coma este pan o beba esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan y beba de la copa. El que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí.

El escenario original

Es muy importante que entendamos la transición de la Pascua a la Santa Cena. Jesús tiene un propósito por el que indica que la cena de la Pascua fue su última cena. Él está comiendo la Pascua con sus discípulos porque él sabe que va a ser condenado a muerte al día siguiente, el día que llamamos El Viernes Santo.

En algunos sistemas penales, la última cena de una persona ha sido llamada la comida del verdugo. Se come antes de que una persona es ajusticiada. Pero Jesús no considera esta cena de la misma manera. Para él, esta cena es el camino a la vida con Dios, tanto para él como para nosotros (Mateo 26:42). Es extremadamente importante que sus seguidores capten el significado de esta cena. En su cena final, Jesús torna la antigua cena de la Pascua en una nueva cena festiva aun más gloriosa. Él muestra por medio de sus palabras y acciones, que esta nueva comida está anclada en los antiguos caminos proféticos de Dios, incluso cómo el antiguo pacto es cumplido

en el nuevo pacto que Jesús ha venido a establecer.

Antes de que Jesús viniera, los creyentes del Antiguo Testamento habían observado los ritos de la Pascua por 14 siglos. Pero con la venida de Jesús, la Pascua había servido a los propósitos de Dios. El cordero de sacrificio preparado cada primavera, de acuerdo con la costumbre judía, iba a ser eclipsado por el sacrificio de Jesús en la cruz. En la Santa Cena, Jesús mismo es el Cordero. Y él le da significado a la cena pascual.

Es bueno saber lo que pasó en la Pascua judía para apreciar lo que Jesús está haciendo en la última cena. El festival de la Pascua sólo fue celebrado por la nación de Israel y está profundamente arraigado en su historia nacional. La Pascua muestra que la nación de Israel llevó la promesa del Salvador a todas las naciones del mundo (Génesis 12:1-3). El festival celebra dos cosas simultáneamente: El sufrimiento de Israel y también su libertad.

A lo largo de los años el pueblo israelita nunca ha perdido de vista ese día inolvidable: el día en que Dios liberó a los descendientes de Abraham de la esclavitud en Egipto (Éxodo 12:31-51). La Pascua es el día de la independencia del pueblo israelita. En toda casa israelita la gente recuerda cómo Dios liberó a sus ancestros del cautiverio y les dio la posibilidad de volver a la tierra prometida de Palestina. “¡Nuestra tierra es de Dios!” dicen con orgullo. Cada año las familias reviven los detalles del éxodo de Egipto. Y no sólo recuerdan lo que sucedió, sino que se regodean en la gloria de la libertad. Eso nos ayuda a entender la típica celebración de la Pascua judía para poder así apreciar lo que sucedió en la última Pascua de Jesús.

La Pascua

Entre el pueblo de Dios, la Pascua (pesach en hebreo, Éxodo 12:1-30) no era una celebración ordinaria. La ley dicta

sus actividades. La ley ceremonial del Antiguo Testamento ordenaba observarla de manera anual (Éxodo 12:14). La tradición judía posterior añadió muchos detalles.

La cena pascual nunca se comió sola, y tradicionalmente consistía en suficientes personas para poder consumir un cordero de un año de edad. Los comensales normalmente estaban sentados durante el tiempo de la cena. Más tarde la costumbre dictó que una persona se inclinara ante la cena pascual como signo de libertad. “Los esclavos comen de pie”, decía el dicho, “pero la gente se inclina para mostrar que han pasado de la esclavitud a la libertad”.

Todo lo que sucedió reflejaba la fe del pueblo en el Señor Dios de Israel. Los participantes comían los alimentos en un estado de pureza ritual. Esto significa que las personas que se habían bañado, no tenían que lavarse otra vez, excepto sus pies (Juan 13:10). Pero la participación en las festividades tenía limitaciones. Los extranjeros, a menos que estuvieran circuncidados, no podían unirse a la celebración (Éxodo 12:43,48). Sin circuncisión, ellos no tenían el signo de la promesa, ni el entendimiento.

En el momento de la comida, pusieron sobre la mesa pedazos de pan sin levadura (matzah) llamado el pan del éxodo. Cuando se le preguntaba a un padre: “¿Cuál es la razón del pan?”, él simplemente respondía: “Porque la masa de nuestros padres no tuvo tiempo para que la levadura hiciera su efecto cuando el Rey de reyes se les reveló y los redimió” (Éxodo 13:6-10). El pan sin levadura tenía un doble significado. Este indicaba la prisa de los israelitas al prepararse para huir (Éxodo 12:11). También recordaba los días del éxodo cuando los israelitas comían pan sin levadura. “Pan de aflicción” lo llamaban, recordando las dificultades que acompañaron su fuga a la libertad (Deuteronomio 16:3). De esta manera, la fiesta de los panes sin levadura daba un comienzo solemne al año sagrado judío (Deuteronomio 16:8).

La fiesta de los panes sin levadura, en primavera y de una semana de duración, comenzaba con la celebración de la Pascua (Levítico 23:4-8). Las casas en Israel recordaban el día en que el Señor misericordiosamente salvó a los primogénitos de la muerte en Egipto. La sangre del cordero esparcida en el marco de la puerta, un signo de que la casa era creyente en la Palabra de Dios, salvó a aquellos marcados para la muerte por la plaga que golpeó a Egipto. El eje de la celebración nacional de Israel, por lo tanto, era el sacrificio de un cordero, un cordero sin mancha (Éxodo 12:1-11). Las costumbres cambiaron con el tiempo, pero el cordero sacrificial siguió siendo un elemento esencial del servicio. Mientras el templo estuvo en Jerusalén, los corderos fueron sacrificados de manera obediente. Hoy en día, las familias judías no sacrifican corderos porque el templo ya no sigue en pie. Sin embargo, todavía ponen un hueso asado en un lugar destacado de la mesa de Pascua para representar el cordero pascual.

El ritual de la Pascua

¿Cómo celebraban la Pascua los israelitas en el tiempo de Jesús? No lo sabemos con exactitud. Los ritos de la Pascua probablemente consistían en siete elementos servidos en una comida agradable e informativa. Los fieles decoraban la mesa con el cordero asado y el pan sin levadura. Junto a esos elementos de comida había una copa de vino ritual que se llenaría ceremonialmente cuatro veces. El vino era costoso y normalmente se servía, rebajado con agua, solamente en comidas especiales. La mesa también tenía hierbas amargas como lechuga salvaje o endivia, dos platos que contienen vinagre y agua con sal, más una sabrosa mezcla roja de nueces e higos, manzanas y canela.

La ley judía dictaba cómo preparar el cordero pascual (paschal). Los corderos, seleccionados con anticipación, normalmente eran matados en los terrenos del templo en la

tarde, ¡algo para ver! Al toque de la trompeta, los oficiantes, en compañía de corderos, entraban por las puertas del patio del templo. Los sacerdotes y los levitas, estaban esperando en dos largas filas. La tarea de los levitas era matar los corderos y quemar la grasa, los riñones, el hígado, y la cola, de cada animal, en el altar, como sacrificio al Señor. Los sacerdotes, a su turno, almacenaban la sangre del cordero en vasijas de oro o plata y las pasaban al altar. Allí la sangre era derramada sobre el altar como expiación por el pecado. A los ojos de Dios, la sangre vital del animal cubría el pecado de la gente, igual que lo había hecho la sangre sobre el marco de la puerta en Egipto (Éxodo 12:7,12,13).

Entonces el oferente cargaba el cadáver del cordero, que estaba envuelto en la piel, hasta su hogar donde lo asaba (o lo cocinaba) sobre brasas al rojo vivo, teniendo especial cuidado en no romper ningún hueso (Éxodo 12:46). A la puesta del sol, el cordero asado era dispuesto sobre la mesa, y así comenzó la fiesta de la Pascua.

En la hora de la cena

Hasta hoy, en la cena pascual, las familias judías repasan oralmente la historia de la Pascua. La historia sagrada se desarrolla mientras avanza la comida. El tiempo de la cena se prolonga por horas, acompañado a veces por la danza gozosa y enérgica del padre. Después de compartir la primera copa (la copa de santificación), la cabeza de la casa explica, como es su deber, el significado de los elementos especiales de la comida y responde a cualquier pregunta que puedan tener los hijos (Éxodo 12:26,27). De acuerdo con la tradición, el padre, como maestro, conduce la Pascua de tal manera que despierte la curiosidad de sus hijos.

Cuando el padre cuenta la historia de la liberación de los israelitas de Egipto, él interpreta mientras habla (Deuteronomio 26:5-11). La interpretación del padre siempre

resalta el significado de tres cosas: el cordero de Pascua, el pan sin levadura, y las hierbas amargas. El padre dice algo como: “Pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios y libró nuestras casas (Éxodo 12:27). El pan sin levadura está aquí porque nuestros padres fueron liberados en prisa de Egipto. Las hierbas amargas están aquí porque los egipcios amargaron las vidas de nuestros padres en Egipto (Éxodo 1:14).”

Después de que cada persona ha partido un pedazo de pan de la hogaza redonda y plana, cada uno moja la pieza de pan (matzah) en la salsa y la come. Mientras tanto, una segunda pieza de pan tradicionalmente ya ha sido escondida en algún lugar en el hogar. Como un juego de esconder y buscar, más tarde encontrar esta pieza representa recibir nueva vida que antes estaba oculta a la vista. Después de beber la segunda copa (la copa de la liberación), la familia tradicionalmente canta del gran Hallel, un salmo de alabanza de los Salmos (113,114). Este himno alaba al Señor por su majestad y por su misericordia por los humildes.

Entonces los comensales disfrutan la cena, comiendo el cordero, las hierbas, el pan, y la salsa. Cuando beben la tercera copa ceremonial (la copa de la bendición), agradecen a Dios como el dador de todos los dones, especialmente de la liberación de la cautividad. Entonces la familia canta la última parte del gran Hallel de los Salmos (115-118) y termina la cena con acción de gracias. Beber la cuarta y última copa (la copa del reino) indica que la celebración ha terminado. En el cierre, todos repiten con gozo el estribillo del Salmo 136: “Porque para siempre es su misericordia”, alabando al Señor de Israel como su Creador y Redentor. La inolvidable fiesta ha terminado. Se acerca la medianoche.

Dos días después de la Pascua hay un arrebol de la celebración. Las familias recuerdan que el éxodo de Egipto finalmente llevó a la tierra prometida, tan rica en leche y miel,

y a una nueva vida de libertad. Para conmemorarlo, ellos presentaban los primeros frutos de los campos ante el Señor en gozosa acción de gracias (Levítico 23:9-14). Pero, lo mejor de todo es que recuerdan la promesa especial de Dios de que de esa tierra iba a venir el hijo prometido de Abraham. El hijo prometido y la tierra prometida, estaban unidos. Eran preludios de la gran bendición de Abraham, la venida del Mesías, el Salvador de naciones (Génesis 12:2,3): nuestro Señor Jesucristo.

La gran cena del Cordero

Jesús comió su última cena en obediencia a la ley pascual (Mateo 5:17). En la hora de la cena, él informó a sus discípulos: “De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios” (Marcos 14:25). Desde ese momento, el pueblo de Dios ya no tiene que celebrar la Pascua a la manera antigua. Lo que Jesús, el Hijo prometido, cumplió (y esto es clave), no lo destruyó. Él transformó la Pascua en una comida aun más gloriosa. ¡Lo antiguo ha pasado; lo nuevo ha llegado!

La nueva cena

¿Por qué Jesús cambió el festival antiguo? En nuestra experiencia, los cambios ocurren normalmente cuando las cosas se desarrollan en ciclos repetidos a través del tiempo. Las cosas que se convierten en cosas nuevas, comúnmente vuelven otra vez en formas diferentes. Sin embargo para Jesús el cambio era mucho más. Para Dios, el cambio de la Pascua a la Santa Cena, fue el cumplimiento final de la profecía anterior. El apóstol Pablo explica el cambio: “Por tanto, nadie os critique en asuntos de comida o de bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o sábados” (Colosenses 2:16,17). Cuando lo verdadero está presente, su sombra pierde su importancia.

Por lo tanto tres cosas distinguen y diferencian a la nueva Pascua. Primero, Jesús libera la cena de sus antiguas restricciones ceremoniales. La nueva cena tiene menos ingredientes. Solamente está el material terrenal (pan y vino) y el material celestial (el cuerpo y la sangre de Jesús). La Santa Cena ahora es una cena bajo el nuevo pacto de Dios (Lucas 22:20). Segundo, el eje de la nueva cena es el mismo Jesucristo. Él es el Cordero del sacrificio. Las funciones sacrificiales de los sacerdotes ya no existen porque Jesús es el Cordero de Dios y asume su lugar. El servicio que Jesús presta es muy superior al trabajo de los sacerdotes bajo el anterior pacto. La obra de Jesús no tiene que ser repetida una y otra vez. Su obra fue realizada una vez y para siempre (Hebreos 1:1-4; 7:26,27).

Finalmente, cuando Jesús instituye la Santa Cena, revela clara y abiertamente la nueva voluntad de Dios. Aquellos que coman y beban su comida de forma pública, anuncian la muerte del Señor hasta que él venga (1 Corintios 11:26). Jesús mismo afirmó eso al servir la copa pascual: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama” (Lucas 22:20). El nuevo pacto de Dios nos libera de manera única por medio de la santa y preciosa sangre de su Cordero Pascual escogido (Mateo 26:28).

“En mi sangre”

Los cuatro relatos de la Biblia resaltan la importancia crítica de la sangre en el nuevo pacto. La gente se pone aprensiva con razón ante la mención de sangre. El derramamiento de sangre significa la terminación de la vida. En tiempos de guerra, se derrama tanta sangre que la simple mención de la misma puede perturbar a la gente. Sin embargo, la sangre es una de las grandes realidades de la vida. La sangre es tan vital, para nuestra vida de fe, como lo es para nuestra vida corporal. En realidad la sangre no significa muerte, sino

vida. Hablamos de ella como sangre vital. La muerte resulta cuando se derrama la sangre. En el Antiguo Testamento, Dios enfatiza deliberadamente cuán preciosa es la sangre ante sus ojos: “Porque la vida de la carne en la sangre está” (Levítico 17:11).

Hoy en día tratamos de identificar científicamente el lugar en donde reside la vida en los cuerpos humanos. ¿Está en el cerebro? ¿Está en el corazón? No obstante, Dios dice que la vida reside en la sangre (Génesis 9:5). El uso de sangre le dio a los sacrificios del Antiguo Testamento su significado. Los sacrificios de sangre portaban un mensaje personal muy claro. Dios le dijo a su pueblo específicamente: “Yo os la he dado [la sangre] para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas, pues la misma sangre es la que hace expiación por la persona” (Levítico 17:11). A los ojos de Dios, la expiación es clave para el uso de la sangre. Este entendimiento nos ayuda a darnos cuenta de lo que Jesús quiere decir cuando expresa: “Bebed de ella todos. Esto es mi sangre.” Esas palabras crípticas también piden una pregunta: ¿Qué significa expiación?

Un sacrificio expiatorio

La palabra expiación tiene la idea de que hemos sido reconciliados con Dios. Gracias a él, la rota relación que antes tuvimos con Dios ha sido arreglada. Esa rota relación con Dios viene a la luz cada vez que pecamos conscientemente y con voluntad contra nuestro Hacedor quien nos ama y nos da la vida. Se puede trazar el origen de esa rota relación hasta nuestro antepasado original, Adán (Génesis capítulos 2,3). En consecuencia, el pecado heredado puede continuar separándonos de Dios para siempre y finalmente puede terminar en muerte eterna (Génesis 5:3; Romanos 5:12-14). Pero la expiación de Cristo sana la ruptura, nos reconcilia con Dios, y nos da la vida sin final.

Sin embargo la reconciliación con nuestro Hacedo no viene fácilmente. Cómo fuimos reconciliados con el santo Dios, sigue siendo la historia más magnífica de la historia. Es la historia de la obra de redención y reunión de Jesús. Pablo escribe con palabras elocuentes: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). El que derriba el muro que nos separa de Dios no es ninguno otro que el hijo de María, el Hijo de Dios (Mateo 1:20-25). Por un acto de aparente debilidad, Cristo murió para expiar nuestro pecado. Pero su sacrificio expiatorio rompió la barrera del pecado y removió el muro de separación que estaba en pie hacía mucho tiempo (Efesios 2:14-16). Este mensaje, proclamado en la adoración cristiana, se remonta a la vida litúrgica de los judíos. En ese tiempo, al igual que ahora, la expiación tiene que ver con un gran intercambio que tiene lugar entre Dios y nosotros. ¿Qué significa esto?

El gran intercambio de Dios es el centro del culto cristiano y el eje de la vida cristiana. El intercambio entre Dios y nosotros, es un campo magnético alrededor del cual gira la adoración cristiana. Muestra cómo los pecadores son convertidos en santos y las prostitutas son vueltas novias de Cristo (Ezequiel capítulos 16 y 23). Nos lleva a alabar a Dios por toda la creación y nos conmueve al amor y el servicio genuinos, en nuestras vidas diarias (Romanos 12:1,2).

Este intercambio, que da vida, entre Dios y nosotros, tiene lugar por un acto, un acto llamado por los teólogos imputación (Romanos 4:8). El acto de la imputación es fácil de visualizar, pero difícil de comprender. En las Escrituras la imputación visualmente muestra cómo las personas pecaminosas llegan a ser hechas puras, justas, y rectas, ante los ojos de Dios. Los israelitas del Antiguo Testamento entendían la imputación porque ellos la veían suceder gráficamente todos los días en su vida diaria de adoración.

Enfoque en la adoración

Dios estableció el patrón para la vida de adoración de Israel inmediatamente después del éxodo de la nación de Egipto (Éxodo capítulos 19-40). En un campamento en el desierto cerca del monte Sinaí, Dios formalmente estableció tres cosas que ligarían a su pueblo a él: la ley, el sacerdocio, y el tabernáculo. La ley mostró a los israelitas el camino de vida de Dios. Los sacerdotes administraban la ley: sus reglas, normas, y ceremonias, para mantener el camino de vida de Dios constantemente ante el pueblo. El tabernáculo era el lugar central de reunión para la adoración israelita. En sus terrenos, el gran intercambio de Dios tenía lugar todos los días.

La vida de adoración de los israelitas se enfocaba en el sacrificio del altar, ya que fue ahí donde Dios liberaba al pueblo de su culpa, y los declaraba puros y justos ante sus ojos (por ejemplo, Levítico 6:1-7). El intercambio tenía lugar cuando los sacerdotes hacían sacrificios de animales. El acto del sacrificio reforzaba la palabra de promesa dada una vez al patriarca hebreo Abraham. En una vivaz ceremonia, los sacerdotes representaban por adelantado la venida del Salvador prometido (el Mesías). El apoyo a la promesa de Dios de misericordia era una función especial de la ley del antiguo pacto de Dios.

Los sacrificios de animales eran una parte importante de la adoración porque mostraban el intercambio en acción. El ritual del sacrificio representaba la expiación. Éste hacía que la gente culpable supiera cómo Dios quita la culpa. Desde el punto de vista de Dios, la sangre animal sobre el altar servía como una cubierta para el pecado (Levítico 16:14-16). Por el lenguaje simbólico en los sacrificios de sangre, el rojo escarlata del pecado era limpiado y convertido en puro y blanco como la nieve (Isaías 1:18). El sacrificio expiatorio volvía a unir a Dios y su pueblo, en una forma muy particular.

Dios ponía la culpa del pueblo en el animal sustituto.

Desplazando la culpa

Originalmente, el término imputación vino de los tribunales civiles. Imputar significa acusar a alguien de hechos criminales en una corte. Se dejaba constancia de los hechos ilegales de una persona y se usaban contra él (Salmo 32:1,2; Romanos 4:8). Pero en el tribunal de la ley divina la escena es diferente. Dios acusa al pueblo de más que de fechorías cívicas. Él acusa a la gente del pecado: faltas contra él, ruptura de la ley real de amor, y rechazo de su camino de vida (Santiago 2:8). Cuando Dios dice: “Seréis, pues, santos, porque yo soy santo” (Levítico 11:45), él quiere decir cada una de las palabras. Ante los ojos de Dios la sentencia por romper su santa ley es clara e indisputable: “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). El culpable merece el veredicto.

Sin embargo, Dios no nos deja ni nos abandona. Dios ama lo que creó y actúa para quitar el pecado y la muerte de nuestra vida. Sin pedirlo, sin forzarlo, sin que lo hayamos ganado, solamente por su propia iniciativa, Dios misericordiosamente transfiere nuestra sentencia de muerte a un sustituto (Romanos 5:15). En el altar israelita, la persona culpable pone sus manos sobre un animal y, por instrucción de Dios, imputa sus pecados al sustituto. El animal, inocente de maldad, entonces llevó la carga de la culpa de la persona, y también las consecuencias del pecado (Romanos 6:23). Entonces fue muerto, su sangre vital fue derramada sobre el altar para salvar a un pecador de la sentencia de muerte. Dios suspendió la ejecución de la persona culpable por causa del sacrificio sustitutivo del animal y perdonó al culpable en un acto de puro amor. El acto de expiación, hecho por designio de Dios y de acuerdo con la Palabra de Dios, es vital para la vida ante Dios.

Por lo tanto la acción en el altar israelita no fue el acto de un sanguinario que ama la muerte. La expiación está anclada en la promesa de Dios. Ésta prefigura el gran intercambio por venir, provocado por la obra de Jesucristo. Por la promesa de Dios, el intercambio real finalmente tendrá lugar en un tabernáculo no hecho con manos (Hebreos 9:11,12). Por la muerte de Cristo en la cruz del Calvario y el derramamiento de su sangre, milagro de milagros, Dios desplazó nuestra culpa a su Hijo una vez y para toda la eternidad. Isaías predijo esta transferencia final en palabras simples: “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6).

“¿Demasiado fácil?”, podemos preguntar. Entonces considere esto. La acción de Dios significó que Jesucristo tomó la carga del pecado del mundo en su cuerpo y por su muerte quitó la culpa del mundo (1 Pedro 2:24). Como Cristo vino, los antiguos sacrificios de Pascua ya no se necesitan. En la nueva cena, la sangre de Cristo es nuestro verdadero sustituto y el sacrificio expiatorio por nuestros pecados. La muerte no es la meta de la voluntad de Dios, sino la vida. Dios resucitó a Jesús a la vida de nuevo para nuestra justificación, y por este acto nos da nueva vida (Romanos 4:22-25).

La diferencia principal, entre la adoración de los israelitas y la de los cristianos, está clara. En la adoración de los israelitas el sacrificio animal prefigura la venida de Cristo como el eje de la adoración cristiana. Tanto en la manera antigua de adoración como en la nueva, los creyentes confiamos en Dios porque su Palabra es “fiel y verdadera” (Apocalipsis 19:11). Ni los israelitas ni los cristianos, inventaron este rito de paso a Dios. Ambas formas de culto están ancladas en la promesa de Dios de salvación, como lo muestra claramente la historia anterior.

Estas buenas nuevas del amor de Dios para la humanidad estaban presentes y eran conocidas para todos desde el comienzo del tiempo. Dios nunca hizo un secreto del

intercambio entre él y su pueblo. Él hizo la promesa original a Adán, el padre de todos nosotros (Génesis 3:15). Más tarde él dio detalles específicos de su promesa a Abraham (Génesis 12:2,3), y aun más tarde confirmó la promesa estableciendo leyes sacrificiales a través de Moisés. Aun así, la sangre de corderos, toros, o cabras, simplemente servía como señal que apuntaba al verdadero sacrificio del Salvador (Hebreos capítulo 9).

La Palabra y la promesa de Dios, por lo tanto, hacen la verdadera adoración completamente distinta a los sacrificios paganos. Una rápida revisión de los cinco pasos en los sacrificios de los israelitas muestra la diferencia. En la ley mosaica, los antiguos sacrificios eran realizados por medio de instrumentos humanos, pero esencialmente seguían siendo la obra de Dios hecha por su mandato, de la siguiente manera:

Sacrificio bajo la ley de Israel (Levítico 1:1-9)

Paso 1: Consagración del animal. El pecador seleccionaba un animal sin mancha del rebaño y presentaba el animal al sacerdote para sacrificio. Esta acción tenía lugar por designio de Dios, y el animal era apartado (consagrado) para propósitos de Dios.

Paso 2: Imputación de los pecados. El que ofreció el sacrificio presionaba su mano firmemente sobre la cabeza del animal sacrificial e imputaba su pecado a él. Por esta acción el animal era oficialmente quitado de la posesión de la persona y dedicado a Dios. El animal era el vehículo designado por Dios para llevar la culpa del pecador. Era el propio sacrificio de Dios.

Paso 3: La muerte se enfrentaba con la vida. El sacerdote mataba al animal, y éste moría. Pero la victoria pertenecía a la vida porque, como Dios lo previo, la muerte del animal era el medio para obtener la sangre para la expiación.

Paso 4: La expiación por sangre. La sangre del animal muerto inmediatamente era recogida en un tazón y revuelta con el dedo del sacerdote para evitar la coagulación. La sangre es el signo de la vida. Y el derramamiento de sangre era usado como claramente fue designado por Dios cuando dijo: “La vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas, pues la misma sangre es la que hace expiación por la persona” (Levítico 17:11).

Con el paso 4 el intercambio estaba hecho. La sangre era rociada sobre el altar. De esta forma, la muerte del animal les daba a los creyentes una garantía divina de nueva vida. Por designio de Dios la sangre vital del animal era sustituida por la muerte que merecían los infractores. La sangre rociada sobre el altar en el tabernáculo cubría los pecados de la persona, de la misma manera que un trapo blanco esconde la mugre de la vista. La persona era liberada del pecado por el amor del sustituto y justificada en el tribunal de Dios, confiando en que el veredicto de Dios fuera verdad. Esta fe, de acuerdo con la confesión cristiana, nos es imputada por justicia (Romanos 3:21-26; 4:5).

Paso 5: Ida en paz. El quemar la sangre y la carne del animal, terminaba el sacrificio. El olor acre de las partes que se quemaban producía un aroma que era agradable al Señor. Esa expresión gráfica indica que Dios se deleita en los sacrificios nacidos de la fe, de la misma manera que Dios percibió “olor grato” del sacrificio de Noé después del diluvio (Génesis 8:21). De esta manera, el culto israelita terminaba dramáticamente. Los infractores culpables eran declarados libres. Los pecadores eran sentenciados, pero no a la muerte como merecían. Su sentencia era conmutada por vida, vida con Dios eternamente. Se los autorizaba para irse y volvían a su hogar en paz.

Gracias al sacrificio expiatorio de Dios por nosotros, los creyentes de todas las edades pueden vivir en verdadero amor y temor de Dios. Los israelitas escucharon un eco temprano de la absolución de la que ahora se habla en las iglesias cristianas: “Dios, nuestro Padre celestial, ha sido misericordioso con nosotros y nos ha dado a su único Hijo para ser el sacrificio expiatorio por nuestros pecados”. En acción de gracias, los creyentes judíos ofrecían sus hallel en cánticos de alabanza. Hoy en día los cristianos ofrecen aleluyas de acción de gracias. Los creyentes del Nuevo Testamento se unen a los santos del pasado en agradecimiento y alabanza a Dios por su inmerecida gracia y misericordia indescriptible.

La cena del Cordero

¿Cómo encaja el ritual del Antiguo Testamento con el culto cristiano hoy en día? ¿Jesús no nos liberó de la ley judía? ¿La carta a los Hebreos no explica que Jesús hizo de una vez por todas lo que los sacerdotes israelitas tenían que hacer todos los días (Hebreos 7:27; 9:12)? Las respuestas son simples. Ciertamente Jesús lo hizo. Cristo es el “fin [cumplimiento] de la ley” para que pueda haber justicia para toda persona creyente (Romanos 10:4). En la iglesia primitiva, los fieles hacían las mismas preguntas que nosotros hacemos. Lamentablemente, algunos respondieron de una manera horrible. Ellos echaron a la caneca todo el Antiguo Testamento por obsoleto. Para ellos el sanguinario Dios del Antiguo Testamento estaba pasado de moda; estaban en favor del Dios de amor del Nuevo Testamento. Pero estaban equivocados.

Jesús no desechó el Antiguo culto ni la Pascua, por obsoletas. Y Dios no cambia (Santiago 1:17). Él llena lo viejo con un nuevo significado. El nuevo es el mismo Jesús. Los cristianos ya no se alimentan con corderos de Pascua, hierbas

amargas, ni copas de vino. Hoy en día festejamos en Jesús. No obstante, hay una diferencia grande. En la nueva cena, Jesús es tanto el regalo como el dador. Él es el sacerdote y la víctima. Él es el anfitrión y el Cordero, de sacrificio. A diferencia de la antigua comida de Pascua, la gran cena del Cordero es una Pascua celestial. Y nosotros estamos invitados.

La palabra visible

Con el fin de que nuestra adoración no termine siendo abstracta espiritualmente, nuestro Señor Jesucristo estableció una forma distinta para que el pueblo de Dios reciba su amor. Hoy en día llamamos al camino de Dios “medio de gracia”, un camino en que Dios nos muestra y nos da su amor único. Si el pensamiento de festejar en Jesús en la Santa Cena nos suena extraño, tenemos que volver a visitar los terrenos del tabernáculo. Ahí la visión de los sacrificios de sangre nos sacudirá fuera de nuestro mundo de sueño y nos llevará al mundo de Dios. Es el mundo real de pecado y salvación: nuestro pecado y la salvación de Dios.

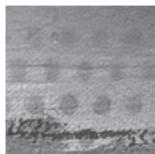
Después de volver a visitar el monte Sinaí en el desierto tenemos que ir inmediatamente al monte Calvario en Jerusalén. Ahí aprendemos la conexión escondida entre estas dos montañas. En ambas montañas Dios prometió cubrir la culpa con sangre. Pero en el Calvario Dios obró con la sangre vital de Jesús. Y Jesús es una persona, no un animal. Él es Dios en la carne (Juan 1:14; 1 Juan 4:2); la Palabra de Dios hecha visible (Colosenses 1:15); el Señor Dios que vino al mundo de parte de Dios el Padre (Juan 1:18). La vista de Jesús muriendo en la cruz, nos lleva al mundo real del amor de Dios por nosotros (Juan 3:16).

La muerte de Jesús en la cruz no fue un asunto de representación de un drama como un acto de un superhombre. El amor le costó a Dios la vida de su Hijo. Nosotros somos

redimidos por la “propia sangre [de Dios]” nos recuerda Pablo (Hechos 20:28). El mismo Cristo Jesús por quien toda la vida fue creada, también es el “sacrificio expiatorio” por los pecados del mundo (Juan 1:1-3; 1 Juan 2:1,2). Hay una integridad y una totalidad en Cristo y en su obra, que es superior a nuestra forma de pensamiento (Romanos 8:33-36). Ahora la adoración a Dios se centra en él, debido a todo lo que él ha hecho para llevarnos otra vez a la vida, la vida nueva en la presencia de Dios, la vida que dura para siempre (Colosenses 3:3; 1 Corintios 3:23). En su cena, Jesús lleva a los infractores por la mano y los lleva directamente al lugar santo de Dios, al lugar donde nunca ha ido ningún ser humano (Hebreos 9:6-11).

En su lugar santo aprendemos a conocer a Dios como él quiere que lo conozcamos. Aquí en su banquete celestial nos encontramos cara a cara con el mismo Dios. El santo e invisible Dios, está presente en la cena tan personalmente como lo estaba en el culto en el tabernáculo de Israel. Sin embargo, sigue existiendo una diferencia significativa. En su cena, Dios nos revela su amor escondiéndolo bajo la sangre de Jesús. El Espíritu de Dios nos da el privilegio de echar un vistazo bajo la cubierta terrenal (1 Corintios 2:10-16). Como comentó un cristiano: “En la Santa Cena, Dios viene a nosotros en su forma más escondida, encubierto, por así decirlo, para que podamos aproximarnos al santo Dios sin miedo”.

¡No tengan miedo, sólo fe! Por fe entendemos que en la Santa Cena estamos comiendo y bebiendo de Jesús como el “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). En su Santa Cena estamos adorando al Salvador del mundo en quien Dios cargó “el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6). La Palabra de Jesús y la obra de Jesús, dan significado al hecho de que comamos y bebamos en la gran cena del Cordero.



2

¿Por qué los cristianos acudimos a la Santa Cena?

Cuando Jesús instituyó la Santa Cena, él dio razones convincentes para su continuación. En la última Pascua él estableció el precedente para cenas futuras afirmando de forma explícita: “Haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de mí” (1 Corintios 11:25).

Razón 1: Jesús nos invita

Nosotros asistimos a la Santa Cena, primero que todo, simplemente porque Jesús nos invita a “hacer esto”. Si el rey más grande, que alguna vez caminó por esta tierra, invitara a los mendigos a una cena gratis, los mendigos serían tontos si se negaran. En su cena, Jesús nos invita a recibir infinitamente más que comida para el estómago. Él ofrece un regalo especial: una garantía de vida con Dios. Nosotros tomamos alimento diariamente porque necesitamos la comida para conservar la vida. Sin embargo, la vida es más que comida

para el cuerpo (Juan 6:32-40). Como persona integral, cada uno de nosotros también necesita comida espiritual para conservar la vida ante Dios. Lo que activa y energiza la vida de aquí a la eternidad viene de Dios. ¿Qué significa esto?

La vida bajo el pecado

Dios nos creó originalmente para que fuéramos sus compañeros de vida. Él nos hizo “a su imagen” o “a su semejanza” (Génesis 1:26; Efesios 4:24). Como su creación especial, nosotros poseíamos su imagen, es decir, que éramos justos y santos como él, y podíamos mirarlo cara a cara sin malas conciencias. Pero nosotros perdimos la imagen de Dios (Colosenses 3:9,10; Efesios 4:22-24). Cuando nuestro padre terrenal original, Adán, desafió los caminos de Dios y pecó contra él, él se separó a él mismo, a su familia, y a todas sus descendientes de Dios. Nacidos de la esperma de Adán de acuerdo con el curso de la naturaleza, nosotros seguimos los caminos de Adán y sufrimos su muerte. Los descendientes de Adán llevan el sello de la imagen de Adán, no la de Dios. Como Adán, todos sus descendientes terminan su vida sobre la tierra en la tumba (Génesis 5:1-5).

Desde el momento de la separación de Adán, nuestros pecados más grandes, tal como los suyos, son el orgullo y el egoísmo (Santiago 4:6). Continuamente confundimos el Espíritu de Dios y nuestros espíritus. No seguimos los dictados de Dios, sino los de nuestros propios espíritus. Este intercambio fatal debe ser deshecho para que podamos ser hechos aceptables a Dios. Esto hace el uso de las palabras espiritual y espiritualidad, difícil y engañoso (1 Juan 4:1,2; 1 Corintios 2:11-16). La trágica pérdida del Espíritu de Dios hace que nuestra vida espiritual sea totalmente ligada a la tierra (Romanos 8:1-17).

En consecuencia, no tenemos verdadera reverencia por Dios desde el momento de la concepción en el vientre de

¿POR QUÉ LOS CRISTIANOS ACUDIMOS A LA SANTA CENA?37

nuestras madres (Génesis 5:1-5; Romanos 5:12-21). Llevamos vidas egoístas y adoramos a Dios complaciéndonos en rutinas espirituales que son autogeneradas. Con seguridad, aún tenemos un sentido de Dios, quien es invisible a nuestros ojos, pero que está poderosamente presente en su creación. Sin embargo, ya no conocemos el amor de Dios. Nuestro sentido del Todopoderoso solamente nos lleva a aplacarlo haciendo obras de nuestra propia fabricación (Romanos 1:18-32).

Como resultado, desde la caída de Adán, solamente existen dos religiones en el mundo. Una es la religión de las obras; la otra es la religión de la gracia (Romanos 11:6). La religión de las obras procede de nuestros propios espíritus interiores. La religión de la gracia es un don revelado por el Espíritu de Dios (1 Corintios 2:10). Lo que todas las religiones del mundo tienen en común, excepto la verdadera cristiandad, es que son religiones basadas en obras autogeneradas.

Las religiones de obras requieren de nuestros propios esfuerzos espirituales para complacer a Dios. Característicamente, estas obras están ligadas a la ley y producen actitudes ligadas a la ley. Las religiones de obras, en el mejor de los casos, simplemente siguen la regla de oro: ofrecer recompensas por hacer “el bien” o adjudicar castigo por hacer “el mal” (Romanos 3:9-20). Los seguidores de las religiones de obras inevitablemente responden a la conciencia como su autoridad final (Romanos 2:14,15). Y terminan realizando actos de disciplina propia para estar bien con Dios (Colosenses 2:20-23). De esta manera, la gente por naturaleza se justifica a ella misma y a sus acciones, sin importar cuán inusuales parezcan sus actos. Trágicamente, Satanás utiliza este enfoque en las obras para desviarnos de confiar en Dios (Proverbios 3:5). Las religiones de obras encarnan la justicia por obras y nos ponen en una lucha que termina en una separación completa, final, y eterna, de Dios nuestro Hacedor (Romanos 8:5-8).

Sin embargo, Dios sigue siendo Dios. Nuestro Creador quiere que nosotros seamos sus queridos hijos. De acuerdo con su buen agrado, su voluntad es que seamos santos, porque, como él dice: “Santo soy yo, Jehová, vuestro Dios” (Levítico 19:2). Él desea que lo amemos con todo el corazón, de forma constante y consistente (Deuteronomio 6:5; 13:3). No servirá un amor a medias ni parcial. Con Dios es todo o nada (Santiago 2:10). Eso es lo que hace que Dios sea Dios. Incapaces de seguir los caminos de Dios por naturaleza, llegamos a un callejón sin salida. Necesitamos verdadero alimento espiritual para energizar nuestra vida. Y Dios lo proporciona.

La vida bajo Cristo

El camino de vida de Dios es la religión de la gracia (Efesios 2:5). La religión de la gracia muestra el amor de Dios por nosotros, revelando que Dios actúa hacia nosotros en amor. De la siguiente clara manera, un maestro resumió que el amor de Dios es único: “El amor de Dios no encuentra su objeto, sino que lo crea. El amor humano comienza con el objeto.” En una primera lectura, nosotros encontramos difícil de captar la clase especial de amor de Dios, ya que nos confronta con el misterio del amor de Dios en Cristo.

Ciertamente nosotros podemos entender que el amor humano comienza con un objeto. Nosotros amamos por atracción. Amamos algo porque nos atrae, complace nuestros sentidos, y satisface nuestras necesidades. En nuestra experiencia, van juntos la atracción y el deseo. Sin embargo, el amor de Dios es totalmente diferente. Su amor no se pone en marcha por la atracción externa, ya que el Dios todopoderoso creó lo que él ama y, por lo tanto, ama todo lo que creó (Génesis 1:31). Lo que Dios desea encuentra su fuente solamente en el corazón de Dios, no en el objeto de su afecto. Él nos ama simplemente porque nos ama (1 Juan 4:10).

¿POR QUÉ LOS CRISTIANOS ACUDIMOS A LA SANTA CENA?39

Dios ama a los pecadores no porque sean hermosos. Por el contrario, ellos son hermosos porque Dios los ama. La Biblia llama agape a ese amor puro.

Dios demuestra el amor agape dándonos dones. Primero que todo, él nos da el don de la vida, es decir, su amor creativo. Luego a causa del pecado, nos da el don de su Hijo, para que extienda nuestra vida hasta la eternidad en su presencia, es decir, su amor redentor (Juan 3:16). Y finalmente le da a los pecadores el don de su Espíritu para renovar la vida con él ahora y para sostenerla para siempre, es decir, su amor santificador (2 Corintios 3:6). Hablando bíblicamente, el amor de Dios por el mundo pecador se conoce como gracia (Efesios 2:8). Fue la gracia la que movió a Jesús a convertirse en nuestro ayudador en nuestros tiempos de necesidad, a eliminar nuestra culpa ante Dios, a amar a los que carecían de atractivo, y a hacernos herederos de vida eterna. Ese amor sin egoísmo hace el don de la gracia de Dios aun más increíble.

En la Santa Cena Jesús escoge darnos su increíble don de la gracia. Él nos invita a la mesa y ofrece a todos los comensales una promesa que no se ha solicitado: “Esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados” (Mateo 26:28). Aquellos que rechacen la invitación de Cristo o que rechacen el don de Dios de la gracia, lo hacen en incredulidad para su perdición.

Razón 2: Para recibir una herencia del Señor

¿Específicamente, qué pierde la gente al no asistir a la Santa Cena? Pierden sus beneficios. Pierden la herencia especial que Jesús nos da (Juan 3:17,18; Gálatas 4:4-6). Cada vez que vamos a la cena, públicamente escuchamos la voluntad de Dios leída en voz alta. Es su legado de amor dado a nosotros, para que lo tengamos ahora y por siempre. En la mesa, Jesús anunció su legado divino en términos simples y explícitos. Él dijo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi

sangre... que por muchos es derramada para perdón de los pecados” (Lucas 22:20; Mateo 26:28).

¿Qué quiere decir Jesús con el nuevo pacto? Jesús pretendía que el nuevo pacto fuera una expresión personal de la voluntad de Dios que volviera obsoleto el anterior pacto de Dios con los israelitas. El antiguo pacto, establecido en el Sinaí con sus mandamientos, reglas y normas, fue hecho a un lado porque fue cumplido. Como un nuevo cántico, el nuevo pacto celebra las buenas nuevas del perdón incondicional de los pecados. No fue ejecutado por Moisés, un mediador humano, sino por Dios en persona en el tiempo escogido de él (Jeremías 31:31-34; Hebreos 9:15). Jesús usó el término nuevo pacto solamente una vez, en el momento en que instituyó la Santa Cena. Él expresamente llamó la cena un “nuevo pacto en mi sangre”. Los cuatro escritores bíblicos que registraron este tema incluyen una afirmación similar de la nueva voluntad (Lucas 22:20; 1 Corintios 11:25; Mateo 26:28; Marcos 14:24).

El antiguo pacto

¿Por qué Jesús se refirió a la Santa Cena como al nuevo pacto? Él quería poner el nuevo pacto en contraste con el antiguo pacto. El nuevo y el antiguo, difieren primordialmente en el tiempo de Dios y sustancialmente en las personas involucradas (Gálatas 4:4-6; Efesios 1:9,10). Históricamente, el antiguo pacto se enfocaba en las antiguas promesas de Dios a la humanidad y los juramentos a los israelitas hechos a los humanos y por medio de los humanos (Hechos capítulo 7; Hebreos 6:13-18). En cambio el nuevo pacto se centra en Jesús como Hijo de Dios y el Mesías prometido (Hebreos 9:15).

Pactos previos se habían hecho con personas selectas en anticipación del tiempo del Salvador prometido. En contraste, el nuevo pacto garantiza el perdón y la reconciliación con

¿POR QUÉ LOS CRISTIANOS ACUDIMOS A LA SANTA CENA?41

Dios, no al prometer el Salvador / Redentor, sino al dar este Redentor mismo. Esta vez Dios ha actuado en la persona de su Hijo. Promesas previas han dado paso a los nuevos tratos de Dios con nosotros en Cristo, quien revela completamente la voluntad de Dios para nosotros. Las profecías previas habían sido simples farolas en un mundo oscuro (Isaías 60:1-3). Ahora las profecías y las promesas dan el paso a Cristo, la Luz del mundo (Juan 8:12). Él es Dios de Dios, Luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios (Juan 1:6-9,18). Nada tiene que ser añadido a la nueva voluntad de Dios. Hacerlo sería como prender un fósforo para ver el sol. Esta vez la obra de redención de Dios está completa, gratuita, y hecha con finalidad, de una vez por todas, como las palabras agonizantes de Jesús en la cruz claramente nos dicen: “¡Consumado es!” (Juan 19:30).

En la cena, el nuevo pacto de Dios está listo para su aplicación terrenal final. A través de este nuevo pacto, Dios expía el pecado y obtiene perdón de los pecados por medio de su Hijo (Hebreos 9:15). Igual que el nuevo pacto de Dios yace oculto en el antiguo, el antiguo pacto es revelado en el nuevo. Dios da a conocer claramente su voluntad en Jesucristo. Además, él establece su nuevo pacto en forma de un testamento que acentúa su divina obra perfeccionada en su Hijo.

La sociedad siempre ha valorado altamente el patrimonio de una persona y la voluntad testamentaria. Todos los días la gente hace testamentos. Al involucrar un abogado para que prepare el testamento, la gente pretende pasar un legado a sus herederos escogidos. Dios ha hecho lo mismo. Inicialmente, él hizo conocer su voluntad básica a Adán y Eva. Él afirmó que recuperaría la custodia de la humanidad al enviar al hijo de una mujer con nacimiento especial para detener el reinado del malvado (Génesis 3:15). Más tarde, Dios reveló detalles específicos de su testamento. Él estableció un pacto con un

nómada de Mesopotamia llamado Abram, prometiendo convertir a los descendientes de él en una gran nación en la tierra prometida. De ese pueblo y de ese lugar, iba a venir el Salvador de las naciones (Génesis 12:2,3). Pero igual que un testamento humano, el testamento de Dios era simplemente un pagaré en anticipación de la muerte. No sería finalmente ejecutado hasta que el dueño del testamento muriera (Gálatas 4:4; Hebreos 9:16-22).

La historia del testamento de Dios no termina con Abraham. Después de que la tribu de Abraham se convirtiera en una nación y reclamara la tierra prometida, Dios pasó a la acción. Él agregó disposiciones, disposiciones que solamente puede hacer un testador (Gálatas 3:15-20). Dios hizo un arreglo especial entre él y su pueblo, bajo la forma de la ley, la cual fue dada a través de Moisés como intermediario.

No obstante, la ley de Moisés no canceló la voluntad anterior de Dios. El pacto que Dios hizo con Abraham siguió en vigor hasta que vino el descendiente prometido (Hebreos 10:1-10). Sin embargo, la adición de la ley mosaica puso condiciones especiales sobre Israel una vez que se convirtió en nación. El acuerdo legal entre Dios y su pueblo, los israelitas, era necesario (Gálatas capítulos 3 y 4). Dios había diferenciado a Israel de otras naciones del mundo antiguo (Éxodo 19:6; Isaías 43:10; 44:1-3). Y la ley de Dios detallaba cómo el pueblo de Dios iba a vivir en la presencia de Dios. La ley mosaica puso al descubierto los caminos caprichosos de Israel y estableció límites para preservar a la nación de apartarse de Dios.

Entonces, la ley de Moisés sirvió para un propósito doble (Gálatas 3:19-25). Como un cerco, la Ley mantuvo al pueblo dentro de los límites y separado de otras naciones. Como un tutor, la Ley entrenaba a los hijos de Dios en la forma de vida de Dios. Los sacrificios diarios y rituales ceremoniales, como la Pascua, hacían que los individuos conocieran los caminos

¿POR QUÉ LOS CRISTIANOS ACUDIMOS A LA SANTA CENA?43

de amor, misericordia, y gracia, de Dios. Como niños bajo la supervisión de los padres hasta la madurez, los israelitas vivían bajo la disciplina de la ley. Los herederos de Abraham estaban sujetos a obedecer el pacto de Dios y vivir bajo sus normas y juicios (Deuteronomio 4:1).

El nuevo pacto

Sin embargo en el momento correcto Dios envió a Jesús para cumplir la voluntad original de Dios (Gálatas 3:23-25). El Hijo del Hombre, como Jesús prefería llamarse a él mismo, hizo lo que ningún ser humano era capaz de hacer (Hebreos 4:15; 5:7-10). Él obedeció las exigencias de la ley libremente, cumplió cada precepto perfectamente, y estableció el nuevo pacto completamente. Él cumplió la voluntad de Dios incluso hasta el punto del derramamiento de sangre en una cruz. Ahora era el momento para que Jesús distribuyera la herencia de Dios. En la Pascua, él extendió la copa de bendición llena de vino y declaró a los herederos: “Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados”. Ese momento fue sobrecogedor. ¡Nunca sería olvidado en futuras celebraciones y servicios cristianos!

¿Qué hace tan especial la expresión de la voluntad de Jesús en la Pascua? En términos humanos, un testamento es una promesa que una persona prepara anticipando su muerte. Normalmente el testamento de una persona está compuesto por tres partes: redactar el testamento legal formal, establecer el legado, y nombrar los beneficiarios. Los abogados siguen este simple procedimiento: (1) El testador redacta un testamento y lo hace compulsar o notariar para hacerlo auténtico. (2) El documento describe y designa el legado, es decir, la herencia que será distribuida. (3) El testamento nombra específicamente a los herederos o beneficiarios.

En su última voluntad y testamento, el día anterior a su muerte, Jesús siguió ese mismo patrón. Él mismo era el testador quien escribió su testamento en anticipación a su muerte, afirmando: “Esto es mi cuerpo que por vosotros es dado... mi sangre... que es derramada por vosotros”. Entonces él designó el legado que sus herederos van a recibir, el perdón de los pecados. Y finalmente, él nombró a sus herederos o beneficiarios: “Por vosotros y por muchos”.

Ahora entendemos cuán significativa y personal es la Santa Cena. Tenemos el honor de ser los herederos designados. Como beneficiarios, recibimos el máximo don, que es la vida con Dios, como herencia. El antiguo pacto de Dios ahora ha terminado; fue cumplido y es obsoleto. Además, Jesús firmó el nuevo pacto con su propia sangre la cual validó el testamento de una vez por todas sin usar sacrificios animales como firma de la muerte (Hebreos 9:17-22; 10:8-10). Esta cena proclama el nuevo testamento, firmado, sellado, y ejecutado, en la sangre de Jesús.

Hoy en día en las congregaciones cristianas podemos escuchar el testamento de Dios leído en voz alta públicamente. Cada vez que vamos a la mesa del Señor, Dios rompe el sello de su testamento eterno (Apocalipsis 5:6-10). Y bajo la forma de pan y vino, nuestro Señor nos da su cuerpo y su sangre, una garantía de que somos los beneficiarios de Dios y herederos de salvación (Romanos 3:25; Hebreos 9:15).

Razón 3: Para entrar en la presencia de Dios

Recibir un legado por medio de una comida puede parecernos inusual. Las herencias normalmente nos llegan por medio de documentos legales. Sin embargo, Dios garantiza nuestra herencia en una forma más personal. Él nos invita a cenar. Es como si él estuviera diciendo sin una pizca de frivolidad: “¡Coman, beban, y estén alegres! Esta ocasión solemne es gozosa al mismo tiempo.” Al asistir al banquete de

Jesús, sin miedo podemos recibir nuestra herencia y entrar en la presencia de Dios. ¿Cómo puede ser esto?

La presencia de Dios

Tenemos que recordar que la presencia de Jesús sobre la tierra no terminó con la muerte, como pasa con nosotros. Es verdad que Jesús comió la última cena en anticipación a su muerte. Pero cuando murió, la muerte dio paso a la vida. Jesús resucitó de la muerte (1 Corintios capítulo 15). Vivo él dejó la tierra, solamente para volver a su Padre celestial (Hechos 1:9-11). No obstante, al partir, el Señor Jesús no nos dejó sin su presencia. Él promete estar con nosotros siempre hasta que el mundo llegue a su final. Hoy el Hijo de María está presente en todas partes, y él llena el cielo y la tierra con su presencia (Mateo 28:20).

Pero la presencia de Dios en la Santa Cena sirve para un propósito específico. Jesús escogió venir a nosotros bajo la forma de pan y vino, para asegurarnos el perdón de Dios. Su presencia en la mesa del Señor es una presencia en cuerpo y sangre (a esto lo llamamos su presencia sacramental). Él dijo: “Esta es mi sangre” y “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre”. Por fe nos aferramos a las palabras de Cristo como un misterio de la gracia de Dios.

Un misterio

La Biblia llama a la revelación de Dios en Cristo un misterio. Esta palabra aparece frecuentemente en el Nuevo Testamento con referencia a Cristo (Efesios 3:4; Colosenses 4:3; 1 Timoteo 3:16). En todos los casos, el misterio se enfoca en la obra de salvación de Cristo y nos ayuda a entender la presencia de Cristo en su Santa Cena. Los cristianos están acostumbrados a llamar sacramento a este misterio. Desde que la Biblia latina utilizó el término sacramentum para “misterio”, los cristianos, particularmente en el mundo

occidente, han llamado sacramento a la Santa Cena.

En la Biblia, el apóstol Pablo identifica a Jesús mismo como el misterio (Colosenses 2:2,3). Él es el misterio enviado por Dios, no en el sentido de algún mito o verdad mística representada por ciertos objetos, como dioses de las religiones místicas. Jesús es el misterio porque él es verdaderamente Dios cubierto en carne. Lejos de simplemente representar a Dios, Jesús es Dios en carne, la deidad encarnada (Juan 1:1-14).

El misterio de Dios en acción sobre la tierra se desarrolla en la vida de Jesús, como registran los evangelios. En un himno dedicado a Cristo, Pablo muestra cómo su obra sobre la tierra se desarrolla en nuestra vida. “Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad” afirma Pablo como un hecho. Y luego explica el misterio de la obra de Jesús en orden por medio de frases que abarcan todo: “Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria” (1 Timoteo 3:16).

Sabiamente Dios escogió revelarse a él mismo de una manera desconocida para el mundo (1 Corintios 2:7-10). Si sólo los incrédulos y las autoridades de su tiempo, hubieran reconocido a Jesús por quien era, nunca habrían derramado su sangre. Pero la revelación de Dios de él mismo va más allá de la experiencia humana. En nuestro mundo científico, algo revelado ya no está escondido. Una mariposa sale del secreto de su capullo para desplegar su belleza. Ésta emerge de su envoltura para revelar un resplandor que no se veía antes.

Sin embargo, cuando Dios se revela a él mismo, él invierte el orden. Dios se esconde. Él cubre su gloria y majestad, y se esconde en carne y sangre. En Belén y en la cruz del Calvario, vemos al Hijo de Dios solamente como el Hijo del Hombre, tan humano como somos nosotros, tan débil y tan sujeto a la muerte. Solamente por fe podemos ver que este hombre es

Dios de incógnito, Dios cubierto en carne, Dios y hombre en una unión indescriptible, indivisible y eterna (Mateo 16:16,17; Hebreos 11:1). Solamente la fe capta el misterio de Dios en Cristo y llega a conocer el secreto de la obra de Dios sobre la tierra.

El significado de un sacramento

Ahora conocemos una razón básica por la cual Jesús instituyó el sacramento. Él quiere fortalecer nuestra fe en Dios. Su Espíritu nos capacita para buscar debajo de la cubierta de carne y ver el gran misterio de Dios desplegándose allí: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19). Ahora por fe entendemos el impacto completo de las palabras del profeta: “Verdaderamente tú eres Dios que te ocultas, Dios de Israel, que salva” (Isaías 45:15).

Sin embargo, para nuestro total asombro, Dios se esconde no sólo una vez, sino con mucha frecuencia. Como Creador, él ya está oculto en su creación (Romanos 1:20). Luego como Redentor, Dios entró a su propia creación y se escondió allí por una razón. Dios se unió a la raza humana, tomó forma humana, ocultó su presencia terrenal, y murió en una cruz, para salvar al mundo de sí mismo (2 Corintios 5:19). Las nuevas de salvación son el precioso evangelio de la gloria y la gracia de Dios.

Luego de su partida de la tierra, el Salvador una vez más reveló su amor por nosotros escondiéndose nuevamente de nuestra vista. Se ha dicho con razón: “En la Santa Cena, Jesucristo viene a nosotros en su forma más escondida”. Escondido de la vista, pero revelado en su Palabra, el Salvador viene a nosotros y anuncia tranquila y claramente en palabras simples y explícitas: “Esto es mi cuerpo... mi sangre”. Jesús está presente en la comida, escondido bajo la forma de pan y vino, para revelarnos la herencia que recibimos por su muerte en la cruz.

Podemos albergar la esperanza de que Dios vendrá a nosotros directamente y descubierto. Moisés una vez pidió ver a Dios cara a cara, pero Dios lo rechazó y explicó por qué. Él es santo; nosotros no lo somos. Si Dios viniera a nosotros en verdadera gloria, moriríamos. “Ningún hombre podrá verme y seguir viviendo”, explica Dios a todos los que esperan alcanzar a ver algo de su majestad (Éxodo 33:18-20). En cambio, Dios viene a nuestra presencia. Él viene en humildad, cubre su santidad, oculta su gloria, y nos deja ver sus espaldas, por así decirlo. Allí aprendemos a conocer a Dios como misericordioso y compasivo. Pero solamente podemos ver sus espaldas cuando pasa en nuestra historia, nuestro tiempo, en nuestro espacio, en nuestro lugar (Éxodo 33:22; 34:6).

Ver a Cristo en la cruz es la manera de Dios de tratar con nosotros. En la cruz, Cristo llevó a cabo su legado de amor para ser nuestro Rey / Salvador / Redentor. Cuando el Señor que ascendió y dejó la tierra, dejó atrás el legado de Dios de la misma manera que vino, es decir, escondido en un misterio. Él envolvió su legado de amor en su Santa Cena. Ese fue su forma de hacer que entráramos en la presencia de Dios para vivir ante el santo Dios en santidad. El Hijo de María promete tratar con nosotros viniendo a nosotros en persona. Dice de forma simple y sincera: “Tomad y comed. Esto es mi cuerpo... que es... por muchos para el perdón de los pecados”. Por medio del sacramento, Jesús nos da su cuerpo y sangre, y por medio de estos, nos asegura su presencia perdurable.

Razón 4: Para celebrar la vida con Dios

La celebración de nuestra vida con Dios y de Dios, es la razón básica por la que los cristianos se reúnen para la adoración. La iglesia cristiana es una iglesia litúrgica porque en su liturgia la congregación cristiana adora a Dios quien nos hace conocer su presencia en su Palabra eterna (Éxodo 20:24). Aunque inaccesible en majestad y poder, Dios se acerca a

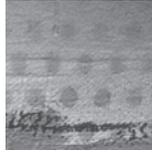
¿POR QUÉ LOS CRISTIANOS ACUDIMOS A LA SANTA CENA?49

nosotros en Palabra y sacramento. A cambio, nosotros podemos acercarnos a él con ofrendas de alabanza y acción de gracias por todo lo que nos da (Salmo 141:2).

Jesús designa la Santa Cena como un lugar de encuentro para entrar en su presencia. El mandato de congregarse dice simplemente: “Haced esto en memoria de mí”. En el lugar de encuentro, como en un lugar para un banquete festivo, él nos ofrece su cuerpo y sangre, para conmemorar el acto de amor que cambió al mundo para siempre. Cristo no solamente rompió la barrera del pecado que se interpone entre Dios y nosotros, y nos perdona, sino, lo más importante, por su sacrificio expiatorio, él nos da su justicia como regalo (Romanos 3:21-25).

Los cristianos se alegran en el perdón de Dios con agradecimiento y lo proclaman fervientemente. Sin embargo, desdichadamente, algunos olvidan una parte esencial del mensaje. Además de quitar nuestros pecados, Dios también nos da como regalo la justicia de Cristo. Este intercambio, el don de la justicia de Cristo a cambio de nuestro pecado, hace completa nuestra vida en la presencia de Dios (Romanos 3:21-24). Dios no sólo perdona nuestro pecado y luego nos deja andar solos, sino que nos da el don de su justicia para santificar nuestras vidas y acciones diarias (Romanos 5:15-17). Como una carga eléctrica a una batería descargada, la justicia de Cristo nos energiza para hacer las obras de Dios en la vida (Romanos 1:16,17; Efesios 2:10). Sin el don misericordioso de Dios, el mensaje del nuevo pacto se trunca y el santo evangelio de Dios es falsificado.

Nosotros vamos a la mesa del Señor para recibir este don de Dios, que nuestra fe sea fortalecida, y celebrar nuestra vida con Dios. La presencia de Dios en su Santa Cena como Salvador y Redentor, nos renueva. Nos mueve a adorar a Dios en gozosa acción de gracias. ¡Verdaderamente somos pecadores en las manos del Dios misericordioso!



3

¿Cómo celebramos la Santa Cena?

Jesús instituyó la Santa Cena en un contexto litúrgico (de adoración). La cena tenía lugar durante los ritos de la Pascua. La adoración de Dios nunca es amorfa, y las formas de adoración reflejan el contexto del cual provienen. Incluso la adoración que supuestamente no tiene estructura, está ligada a formas, a menudo, superficiales y autogeneradas, como es el culto de ídolos paganos.

El culto en el Nuevo Testamento

El antiguo pueblo de Israel adoraba a Dios de acuerdo a los ritos que Dios estableció en la Torá. Los sacerdotes seguían las leyes ceremoniales registradas en Levítico, el práctico rollo que el clero de Israel usaba como directriz. La festiva ceremonia de la Pascua invariablemente incluía la sangre de cordero y el pan sin levadura. Estos dos elementos llevaban el

mensaje de salvación de Dios. Ambos recordaban la liberación de Dios y la libertad prometida. Dios cuidadosamente estableció cada elemento del culto del Antiguo Testamento para recordar a la gente constantemente que la vida depende de él, el Señor y Hacedor de todo (Génesis 2:7; Deuteronomio 30:20). En el rito de la Pascua, el pan de liberación y la sangre de expiación, pronostican la redención final a través del Salvador venidero (ver capítulo 1).

Al cambiar la Pascua a la adoración del Nuevo Testamento, Jesús siguió la estructura israelita de adoración, pero liberó la adoración de antiguas restricciones. El culto de Dios siguió estando estructurado. Pero las nuevas formas reflejaban el nuevo pacto. El culto ya no se centraba en signos del Salvador que vendría, sino en el mismo Salvador. El anterior pan de liberación es ahora el cuerpo de Jesús y la sangre de expiación es la sangre de Jesús.

En la transición, Jesús instruyó específicamente a sus seguidores sobre cómo celebrar la Santa Cena al modo de la Pascua (Lucas 22:14-20). De acuerdo con los cuatro relatos bíblicos, solamente dos tipos de material componen la nueva comida: el material terrenal (pan y vino) y el material celestial (cuerpo y sangre de Jesús). Estos están unidos sacramentalmente para componer la Santa Cena. Es la nueva manera de Dios de traernos su gracia en el contexto de la adoración.

Palabras para la adoración

Las palabras usadas en la Santa Cena son claras y directas y deben ser entendidas en su sentido simple y literal, exactamente como fueron instituidas. Las palabras de mandato de Jesús: “Haced esto en memoria de mí”, significan más que un recordatorio o una simple recolección de algo que sucedió una vez en un día que ahora conocemos como el Jueves Santo. Su propósito es que hagamos lo que Jesús

instruyó y recibamos lo que Jesús estaba dando.

El mandato: “Haced esto en memoria de mí”, incluye precisamente lo que debemos hacer para recordar la muerte de Jesús. Nosotros debemos tomar pan y vino como dijo Jesús: “Tomad y comed; esto es mi cuerpo... Bebed de ella todos. Esta es mi sangre del nuevo pacto.” El cuerpo y la sangre de Jesús, hacen que la cena conmemorativa de pan y vino, sea un don celestial, uniendo los elementos terrenales y celestiales, como Dios desea. La Santa Cena es verdaderamente memorable porque no recibimos simplemente pan y vino, sino también el cuerpo y la sangre del Cordero, quien murió por los pecados del mundo. ¿Cómo puede ser esto?

Cuando comemos el pan y bebemos de la copa, Jesús ciertamente está pidiéndonos que tomemos el pan y el vino, con nuestras bocas. No obstante, lo que la boca recibe es más que simple pan y vino. Jesús específicamente indica que recibimos su cuerpo y su sangre. Pablo explica que esta unión de pan / vino y cuerpo / sangre, es un misterio. Él les dice a los cristianos de Corinto: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?” (1 Corintios 10:16).

Al explicar el misterio, Pablo no argumenta que el pan mismo se convierte en el cuerpo de Jesús. El pan sigue siendo pan, totalmente y bien diferenciado en sí mismo. El cuerpo de Jesús asimismo sigue siendo el cuerpo del Señor que ascendió, totalmente y bien diferenciado en sí mismo. Sin embargo, en la Santa Cena, el pan está tan unido con el cuerpo de Jesús que lo recibimos de una forma que es tan misteriosa como la encarnación de Jesús. ¿Qué significa esto?

Cuando Jesús nos informa: “Esto es mi cuerpo”, él está usando una forma particular de hablar donde dos cosas están unidas sin eliminar el sentido simple de las palabras. Por ejemplo, podemos decir acerca de un hierro al rojo vivo “Esto

está caliente”. Evidentemente esto se refiere al hierro que tiene todas las cualidades del hierro. El hierro en sí mismo está diferenciado del calor. El calor, asimismo tiene sus propias cualidades bien diferenciadas. Pero en un pedazo de hierro al rojo vivo, el hierro y el calor, están unidos como uno. Conjuntamente comparten sus cualidades diferenciadas, como muy bien sabemos cuando le decimos a un niño que no toque una estufa caliente.

De una manera que está mucho más allá de la habilidad humana para ilustrar o comprender, Jesús revela lo que pasa en la Santa Cena con su particular manera de hablar. Al decir: “Tomad y comed; Esto es mi cuerpo”, Jesús quiere decir que su verdadero cuerpo humano está presente donde quiera que se celebre la Santa Cena. Los cuerpos humanos por naturaleza están limitados en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, Jesús es más que un ser humano; él es Dios. En él “habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad”, como testifica Pablo (Colosenses 2:9).

Cuando Jesús presenta su cuerpo en la Santa Cena, él lo hace como una persona. Nosotros adoramos a un solo Señor Jesucristo y no a dos: uno divino y el otro humano (1 Juan 4:2,3). Las buenas nuevas son que Dios se convirtió en ser humano, en uno de nosotros. Dios abiertamente reveló su misterio glorioso en el nacimiento de Jesús de una virgen, en la muerte de Jesús en la cruz, y en la resurrección de Jesús de una tumba. Dios habló claramente sobre la encarnación de su Hijo en el bautismo y transfiguración de Jesús. En ambos, Dios reclamó y proclamó: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17; 17:5). Si el mundo hubiera reconocido la sabiduría secreta de Dios en Cristo, sus gobernantes nunca lo hubieran crucificado (1 Corintios 2:6-10).

Ahora el cuerpo del crucificado, resucitado, y ascendido, Señor, nos es dado en la Santa Cena (1 Corintios 15:44-49).

Cuando Jesús dice: “Esto es mi cuerpo”, él nos asegura que está presente corporalmente bajo la forma de pan y vino. Él está ahí para nosotros. Él quiere darnos nuestra herencia. La verdadera presencia de nuestro Señor sigue siendo un misterio para nuestras mentes, y los misterios de Dios son captados solamente por fe. La fe es como una mano dada por Dios que se agarra bien a los grandes misterios de la vida revelados por Dios, como la creación del mundo; la revelación de Dios de sí mismo como Padre, Hijo, y Espíritu Santo; y la encarnación de Jesús (1 Corintios 4:1; 2:6-10; Hebreos 11:3).

Sin estos divinos misterios revelados en la Palabra de Dios, no necesitaríamos la fe (Romanos 10:17; 10:8-12). Sin ellos, podríamos entender y comprender a Dios en nuestros propios términos. Entonces Dios realmente no sería más grande que nuestras mentes, y nosotros seríamos dios. Entonces nuestros sistemas de creencias serían producto de nuestro propio invento y Dios sería una simple extensión de nuestros deseos más profundos (Génesis 3:4). Sin embargo, así también estaríamos engañándonos a nosotros mismos, y la decepción más grande del mundo se cumpliría en nuestra vida. Todo esto podría suceder porque Satanás separó a la humanidad de Dios, en su deseo de querer ser “como Dios” (Génesis 3:5).

Sin embargo, nosotros no podemos poner a Dios en una caja. Los cristianos no se inventaron la fe cristiana. El Creador no nos llamó a expiar nuestras infracciones haciendo el sacrificio máximo de nuestros propios hijos (Miqueas 6:7). Nosotros no le pedimos a Dios que sacrificara a su Hijo para expiar nuestros pecados. Dios escogió revelarnos su amor en una forma que está más allá de nuestra imaginación. Él envió a su Hijo para que asumiera nuestra carne y sangre, y por su muerte que fuera reconciliado con nosotros (Juan 3:16; 2 Corintios 5:19). Si quitamos a Cristo de nuestra fe, no quedará nada sino solamente nuestros esfuerzos para ser buenos y semejantes a Dios.

No obstante, el fuerte amor de Dios por nosotros libremente lo conmovió a dar a su propio Hijo para morir para expiar los pecados que su Hijo nunca cometió (2 Corintios 5:21). Dios no escatimó ni a su propio Hijo. En un acto de increíble bondad, él entregó a su Hijo por todos nosotros (Romanos 8:32). Los cristianos sistemáticamente han proclamado estas buenas nuevas desde el comienzo del tiempo en su adoración de Dios (Génesis 3:15,20; 4:26). En el culto del Antiguo Testamento, un cordero consagrado servía a los propósitos de Dios. Pero en el culto del Nuevo Testamento, el Cordero de sacrificio es Jesús. Y la Santa Cena es la gran cena del Cordero. Jesús explícitamente indica que él mismo puso su cuerpo y sangre, en la mesa, para darnos el perdón de Dios ganado en la cruz.

Por lo tanto sería confuso entender las palabras de Jesús: “Esto es mi cuerpo”, de manera figurada. Esa manera de entender significaría que el pan era simplemente un signo o símbolo de su cuerpo. En ocasiones, Jesús sí habla de él mismo de manera figurada. Cuando dice: “Yo soy la luz”, “la puerta”, y “la vid”, él no está hablando literalmente (Juan 9:5; 10:9; 15:5). Jesús no es una puerta hecha de piedra o madera. La ilustración de la puerta simplemente ayuda a los ojos de nuestras mentes a verlo como “el Camino” para entrar a la casa de Dios (Hechos 9:2). La figura retórica yace en las palabras descriptivas como puerta, luz, y vid. Estas palabras vívidas son ilustraciones que nos ayudan a imaginarnos algo vivazmente en nuestras mentes. La figura retórica yace en la ilustración, no en la palabra que liga al sujeto con la imagen.

Sin embargo, el cuerpo de Jesús es un cuerpo verdadero, no una imagen, ni una ilustración, ni un producto de nuestra fe. Cuando Jesús dice: “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado”, él no está hablando en lenguaje figurativo sobre un cuerpo espiritual y figurado. Él se está refiriendo a su cuerpo verdadero, el cuerpo que colgó en una cruz y que ahora viene

a nosotros en forma sacramental. Sus palabras hacen esto claro y por fe entendemos lo que desafía nuestros ojos.

Actos de adoración

Tan importantes como lo son las palabras con las cuales Jesús está dando su cena, deben ser las acciones. Nosotros celebramos la Santa Cena de manera correcta y apropiada, al poner en práctica las palabras de Jesús. Vamos a la mesa, recibimos el alimento para el alma en nuestras bocas, y comemos y bebemos en el banquete en actitud de adoración. Como huéspedes invitados, participamos de la cena celestial de Dios para ser edificados, fortalecidos en fe, y ligados con el amor de Dios.

Formalmente, la cena está integrada por actos básicos llevados a cabo como parte de la acción completa de la adoración. Primero, la comida se prepara de acuerdo con la instrucción de Jesús (consagración), luego la comida del banquete se sirve (distribución), y luego participamos de ella (recepción). Cuando participamos, somos fortalecidos en la fe, y los beneficios de la obra de Cristo se vuelven nuestros. Más allá de estos actos formales, la cena se acaba (Mateo 26:30). El alimento celestial de Dios sirve a su propósito eterno tan ricamente como el pan conserva la vida diaria.

Es importante llevar a cabo todos los actos de la Santa Cena como Cristo ordenó. De otra forma, la cena no sirve para los propósitos de Dios como sacramento. Simplemente consagrar el pan y el vino, sin comer y beber, no cumple el diseño de Cristo. El Señor Jesús pretendía que el pan bendecido fuera distribuido, recibido, y comido, no almacenado ni que se lo llevaran consigo en el culto. Una buena pauta para seguir es que nada tiene el carácter de un sacramento fuera del uso que pretendía Cristo.

Consagración

La adoración de Dios en el Nuevo Testamento en su cena, empieza con las tres diferentes acciones que tienen lugar al mismo tiempo: (1) disponer el pan y el vino para los propósitos de Dios (separación), (2) poner la bendición de Dios sobre este alimento designándolo para uso en la Santa Cena (bendición), (3) proclamar públicamente que la comida del banquete es el cuerpo y la sangre de Cristo (unión sacramental) (1 Corintios 11:23-25). Juntas, estas acciones componen la consagración. Por estos actos los adoradores saben que están recibiendo el alimento de Dios para el fortalecimiento de la fe.

Como en la Pascua, Dios está actuando. Y la acción tiene lugar por designio de Dios. Nosotros recibimos el propio sacrificio de Dios. Su sacrificio, culminado en el Calvario, viene a nosotros bajo una forma nombrada por Dios de pan y vino. El alimento y la bebida terrenal, son reservados para los propósitos de Dios. Por lo tanto el sacramento es esencialmente la obra de Dios. Se hace por medio de manos humanas, las cuales son instrumentos de Dios. En este, Jesús nos trae la expiación, el perdón, y la reconciliación, prometidos previamente en los ritos de la Pascua. Pero ahora la sangre sagrada de Jesús elimina la necesidad de usar sangre animal para cubrir los pecados de los fieles (Hebreos 7:26-28).

Pablo resalta el hecho de la consagración cuando escribe sobre “la copa de bendición que nosotros bendecimos” (1 Corintios 10:16). La “copa de bendición” se remonta a la tercera copa ofrecida durante la Pascua, la cual fue llamada la copa de bendición en escritos judíos posteriores. Los comensales recibían esta copa para dar gracias a Dios como el Dador de dones, especialmente el don de la nueva vida de los israelitas, libre de la esclavitud. Las familias adoraban juntas cantando el gran Hallel de los Salmos.

En la Santa Cena, Jesús da una nueva forma a la cena pascual. El orden exacto que Jesús usó cuando cambió de las antiguas formas a las formas nuevas no está claro en el relato bíblico. Los relatos bíblicos no indican palabras específicas que Jesús usó en la bendición. No obstante, las Escrituras sí indican claramente por qué Jesús consagró la nueva cena. La anterior copa de bendición es ahora “el nuevo pacto en mi sangre” (Lucas 22:20). El pueblo de Dios ahora puede agradecer a Dios porque la copa que bebemos es la “comuni3n de la sangre de Cristo” y el pan que comemos es la “comuni3n del cuerpo de Cristo” (1 Corintios 10:16). Ante nosotros en la mesa est3 el misterio del amor de Dios en las formas visibles de pan y vino, un testigo de su gracia.

Un acto indispensable para la consagraci3n es la proclamaci3n p3blica de lo que est3 sucediendo. Todos los relatos bíblicos muestran que Cristo aparta su comida en palabra y acci3n. 3l “tom3 pan... la copa” (acto de separaci3n), y “habiendo dado gracias” (palabra de bendici3n), “lo parti3 y dijo” (acto y palabra de proclamaci3n p3blica) (1 Corintios 11:23-25). Las palabras que Jes3s usa: “Esto es mi cuerpo... mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdon de los pecados”, muestran la importancia de proclamar p3blicamente la Palabra de Dios en la consagraci3n. La Palabra de Dios, cuando se agrega al elemento terrenal, lo convierte en sacramento, de acuerdo con la definici3n usada en la iglesia cristiana primitiva (Agust3n en el tracto 80, citado unos 1100 a3os m3s tarde en el Catecismo Mayor de Lutero, Sacramento del Altar, p3rrafo 10).

Cualquier orden que sigamos, no debemos dejar por fuera las palabras de instituci3n de Jes3s. Cuando el Salvador dice: “Haced esto”, hay perentoriedad en su mandato. Las noticias son tan importantes que necesitan ser divulgadas p3blicamente, como avances de los titulares de las noticias

que llegan a las pantallas de televisión. Las buenas nuevas, afirma Pablo, son las siguientes: “Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1 Corintios 11:26). Las palabras de institución tienen la intención de expresar este mensaje de la muerte Cristo y su significado a la audiencia.

Pero las palabras de consagración tienen un propósito más allá de la proclamación. Estas vuelven personales las buenas noticias. Las palabras están dirigidas a nuestros corazones. Están dirigidas a “vosotros” como dice Jesús (Lucas 22:19,20). Las palabras animan a los participantes a venir a la mesa del banquete, confiando en que sus pecados son perdonados por el amor de Jesús. Éstas le aseguran a todo creyente que la Santa Cena es lo que Jesús dice que es y que da lo que Jesús promete. El sacramento es un regalo del anfitrión del banquete. Este nos asegura que su muerte borra la culpa ante Dios. Extiende el perdón de Dios a los corazones abatidos. Podemos ir en paz.

Distribución

Los dones solos sin el dador están desnudos, observó un poeta. Dar regalos involucra al que los da y es un acto íntimo de compartir. Cuando los israelitas de la antigüedad celebraban la Pascua, las familias compartían los dones del alimento especial de Dios. Comerlo recordaba que Dios liberó a sus antepasados de Egipto. Recuerdos amargos se juntaban con actos de acción de gracias, llenos de gozo. Cada parte de la comida conmemorativa de los israelitas resaltaba el cuidado constante del Señor Dios por su pueblo y las promesas proféticas que les hizo. El festival era un tiempo íntimo de la familia con Dios, una celebración de comunidad, que nunca se debía olvidar.

En la Santa Cena, los cristianos también comparten íntimamente la comida de Dios. Bajo la forma de comida

terrenal recibimos el cuerpo y la sangre del único Hijo de Dios. Cada parte de la comida resalta el cuidado constante del Señor por nuestros cuerpos y vidas. Cada parte apunta a la muerte de Jesús para hacernos puros y santos ante los ojos de Dios (Hechos 20:28; 1 Juan 1:7) y a la crucifixión de Jesús para hacernos libres de la muerte y la maldad. La distribución del pan y el vino, le lleva estos beneficios a la familia de creyentes de una forma personal. Cuando comemos juntos en la mesa del Señor, estamos juntos en la presencia de Dios. El banquete es un momento íntimo de una congregación cristiana con Dios, una celebración de comunión, que nunca se debe olvidar (1 Corintios 11:26).

La distribución de los dones de Dios tiene lugar en consecuencia. Jesús primero distribuyó el pan, luego el vino de una copa. En la Pascua, Dios educó a los israelitas en fe usando pan sin levadura. Sin levadura, el pan es puro y se prepara rápido. Comerlo significaba la prisa y la dificultad del éxodo de los israelitas (Éxodo 12:17-20). Este pan mantenía las promesas de Dios ante los ojos de cada comensal, al igual que lo hacía el tradicional uso de la copa llena con vino rebajado.

Sin embargo, la nueva comida de Jesús, liberada de las restricciones del Antiguo Testamento, no se enfoca en los ingredientes del pan y la copa (Mateo 26:29; Marcos 14:25). Usar pan es esencial, bien sea con levadura o sin ella, horneado en hogazas u ostias, hecho de avena, cebada, trigo, maíz, arroz, o centeno, siempre que se use pan simple horneado de harina y agua (Mateo 26:26). Lo mismo se aplica a la copa. No es esencial si se usa vino blanco o rojo, vino rebajado, o el jugo de uvas sin fermentar, siempre que bebamos del “fruto de la vid” (Mateo 26:29; Marcos 14:25; Lucas 22:18). Las iglesias cristianas hoy en día siguen libre y casi uniformemente la práctica antigua de usar pan sin levadura y vino, primordialmente debido a su significado

histórico y para honrar el ejemplo de Jesús.

Incluso las costumbres de distribución no están establecidas. Insistir en partir el pan por el hecho de que Jesús partió una hogaza en la primera cena va más allá de la institución de Jesús (Lucas 22:19). Las costumbres como reclinarse ante la comida, lavarse los pies antes de comer, partir el pan de la hogaza en vez de tajarlo, o levantar las manos para orar eran populares prácticas muy significativas en el tiempo de Jesús (Lucas 22:14; Juan 13:2-5; 1 Timoteo 2:8). Pero no son esenciales para celebrar la Santa Cena.

Solamente las acciones formales de la consagración, distribución, y recepción, se necesitan para cumplir el mandato y propósito de la comida de Jesús. Todo lo demás se hace en libertad cristiana. En lo que tiene que ver con costumbres, los cristianos buscan actuar en amor, promoviendo la adoración significativa en forma y belleza (Filipenses 4:8) y buscando la unidad en culto sin insistir en la uniformidad en toda costumbre o ceremonia (1 Corintios 10:23-31). La insistencia en una sola manera de proceder en lo que toca a la libertad cristiana, elimina la libertad. Semejante acción puede llamar a un testimonio de aquellos que quitan la libertad cristiana convirtiendo la costumbre en una nueva ley ceremonial (Colosenses 2:16,17).

Esta libertad también se aplica a las palabras que se dicen en el momento de la distribución. Al servir el pan y el vino, podemos repetir palabras usadas anteriormente en la consagración por varias razones. Repetir las palabras de Jesús le da la seguridad a los que vienen a la comida, la seguridad personal del precioso don que están recibiendo. Al mismo tiempo, repetir las palabras da un testimonio público de la fe cristiana en términos claros e inequívocos. Pero las palabras que se dicen en la distribución pueden variar.

Sin embargo, hay que tener cuidado porque la fórmula verbal que se usa para la distribución puede enmascarar un

falso entendimiento de la cena. Usar las palabras “[Jesús] dijo: ‘Esto es mi cuerpo’” se ve bien en la superficie y puede ser entendido de forma correcta. Pero las palabras pueden ser engañosas especialmente cuando algunos insisten en esta redacción para ocultar sus ideas. En la fórmula “Jesús dijo”, las palabras de distribución pueden tener un efecto ambiguo similar a las palabras que dijo Jesús al gobernador romano antes de su crucifixión.

Cuando Pilato le preguntó a Jesús si él era un rey, Jesús respondió sinceramente: “Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad” (Juan 18:37). Los adversarios judíos negaron que Jesús fuera rey. Sin embargo, ellos estaban dispuestos a tener en cuenta la reclamación de Jesús de ser rey por una razón. El registro legal diría de forma ambigua: “Jesús dijo: ‘Soy rey’”, como si esta fuera simplemente el reclamo de Jesús pero no fuera verdad realmente (Juan 19:21). Ante esta redacción equívoca, más tarde los cristianos volvieron a redactar la afirmación de Jesús para reflejar su significado y para dar un testimonio claro de su fe en él como Rey. Enfática e inequívocamente ellos afirmaron, Jesús es realmente y verdaderamente el Rey, y él ha venido a salvar al mundo del pecado (Juan 1:49; 12:13; 19:35; 1 Timoteo 1:17; 6:13-16).

De manera similar, los cristianos hoy en día pueden distribuir el pan con palabras como: “Toma y come. Esto es el verdadero cuerpo de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, dado en muerte por tus pecados.” Ese testimonio verbal redactado con libertad no deja dudas de qué están recibiendo los huéspedes en la mesa y por qué. Las palabras fieles al mandato de Jesús proclaman públicamente y abiertamente lo que Jesús pretendía que la gente conociera. En su Sacramento, el misterio de Cristo está en acción. Todos los que participan en la gran cena del Cordero deben saber qué están recibiendo el cuerpo y la sangre del “Cordero de Dios, que quita el

pecado del mundo” (Juan 1:29). Los cristianos están celebrando su vida con Dios.

Recepción

En el acto de recibir la Santa Cena, los cristianos de forma parecida siguen las instrucciones de Cristo. Cuando Jesús dice: “Tomad, comed” o “Bebed de ella”, él está haciendo más que una invitación a la mesa. Él también está expidiendo una orden misericordiosa. Él no quiere que ningún asistente se vaya sin recibir tanto el pan como el vino. Recibir solamente el pan no es la intención de la institución de Jesús, ni debemos cambiar su amoroso mandato. Dar solamente pan a los huéspedes (cuerpo) sin la copa se queda corto de la orden de Jesús, especialmente porque Jesús atribuye universalidad a la copa. Él dice: “Bebed de ella todos” (Mateo 26:27).

No está claro cómo recibieron la sagrada comida los seguidores de Jesús en la primera cena (Mateo 26:26,27). No sabemos si Jesús partió el pan consagrado para cada huésped individualmente o si lo distribuyó de otra forma, o si Jesús llevó la copa a los labios de cada persona o si se rotó la copa. El hecho de que Jesús distribuyera el pan y el vino con las palabras de su nuevo pacto es esencial para la fe. Una sola palabra de la boca del Hijo de Dios es una poderosa promesa del amor de Dios por sus criaturas (Hebreos 1:1). Jesús habla para que podamos ser creyentes para “que creyendo, [tengamos] vida en su nombre” (Juan 20:31).

Ser creyentes a Dios es el objetivo final de la adoración, porque la fe confía en lo que Dios dice. Por fe, exigimos que Dios cumpla su Palabra y promesas, como lo hizo Jacob cuando luchó con Dios y ganó (Génesis 32:28). Sin fe, perdemos la gracia, la misericordia, y el amor, de Dios por nosotros. Sin fe, Dios pierde su gloria y majestad en nuestra vida. No hay adoración más grande de Dios que atribuir majestad y gloria, divinidad y verdad, sabiduría y honor, al

Cordero que fue inmolado por nosotros (Apocalipsis 5:12,13). A Jesús le importa. Él es el que busca, y nosotros somos los buscados (Lucas 19:10). Las palabras de su boca son vivas, verdaderas, y poderosas, y pueden lograr lo que él quiera (Hebreos 4:12; Isaías 55:11).

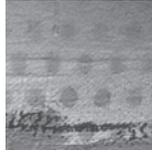
Precisamente debido a que la Santa Cena es la Palabra de Dios para nosotros, recibimos el pan y el vino, en temor y reverencia. Vamos a la presencia de Dios con el mismo respeto que tenemos cuando se predica su Palabra. Pero hay una diferencia. En la cena recibimos las bendiciones de Dios bajo signos visibles. Nuestra fe no hace a Dios presente. Solamente la misericordiosa Palabra de Dios y su promesa hace de la cena lo que es. Sin embargo, por medio de la recepción de su santo sacramento, por fe nos aseguramos las bendiciones de Dios ganadas en la cruz.

El sacrificio de Cristo, recibido sacramentalmente, nos mueve a dar alabanza y acción de gracias a Dios y a glorificar su nombre. Bendecimos su santo nombre porque él nos bendice a nosotros. En vista de las misericordias de Dios, su Espíritu nos lleva a ofrecerle nuestra vida sin reservas en servicio agradable a Dios. Pablo llama a esta clase de ofrenda “vuestro verdadero culto” (Romanos 12:1). De esta forma nuestro culto llega al final del ciclo. “Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Y el amor verdadero significa que con acción de gracias “que andemos según sus mandamientos” (2 Juan 6).

Actuar en acción de gracias es un objetivo de la Santa Cena. Es por eso que los cristianos a menudo se refieren a la Santa Cena como la Eucaristía. Cuando Jesús tomó la copa, él le dio gracias e invocó a Dios para que bendijera la copa. En el idioma griego, la palabra para dar gracias es eucaristía (en Lucas 22:19; 1 Corintios 11:24). Muchos cristianos designan la Santa Cena como la Eucaristía, queriendo decir “acción de gracias”.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, rodeamos la Santa Cena con acción de gracias. Al comienzo de la cena, los cristianos invocan la bendición de Dios sobre ésta. Levantamos nuestros corazones y ofrecemos al Dios de toda la creación gracias por sus actos poderosos, especialmente por la salvación ofrecida libremente a nosotros en Cristo (Salmo 145). ¡El Santo Dios está presente en su cena! La bendición de la salvación viene a nosotros bajo la forma de los frutos del campo, pan y vino, que son consagrados para nuestro beneficio. Los dones que recibimos en la mesa de Dios son dones especiales de amor: el cuerpo y la sangre de nuestro Señor y Salvador, Jesús el Cristo. Después de recibir sus dones que conservan la vida, nosotros correspondemos. Terminamos la comida ofreciéndole nuestro agradecimiento por su salvación (1 Juan 4:19).

Dar alabanza es nuestra manera de agradecer a Dios por su legado de amor. Él ha llenado nuestras manos y corazones, con buenos regalos, y se ha unido a nosotros en comunión íntima (1 Corintios 10:17). Nos vamos en paz. Como Simón, el vidente de antaño, nuestros ojos han visto la salvación de Dios preparada en presencia de todos los pueblos, visible y tangible (Lucas 2:29-32). La gran cena del Cordero ha terminado. Somos despedidos con la bendición de Dios.



4

¿Cómo le sirve a la iglesia la Santa Cena?

En la primera cena (aunque la última de Jesús), nuestro Señor indicó más que el porqué y cómo los cristianos deben celebrar la nueva comida. Él también ordenó su continuación (Lucas 22:19). Después de ascender al cielo, Jesús dejó dispuesta su cena santa para ayudar a la iglesia sobre la tierra en dos formas específicas. La cena tiene el objetivo de servir como signo externo y visible de la gracia de Dios a la iglesia de Cristo. Podemos decir que ésta marca que la iglesia está presente para que todos la vean. Al mismo tiempo, la Santa Cena también pone gráficamente el sello de Dios sobre los creyentes y de esta manera sella su amor por nosotros en términos inequívocos (1 Corintios 11:26).

Marcando la iglesia

Como signo visible, la Santa Cena marca externamente las asambleas cristianas. Este signo es una insignia que identifica a los cristianos en un mundo incrédulo (1 Corintios 10:18-21). Otros signos, como la oración y la persecución, pueden también indicar la presencia de la iglesia en un lugar dado. Sin embargo, los signos inequívocos y más distintivos de la presencia de Dios en la iglesia, aparte de la predicación, son la Santa Cena y el Bautismo. Ambos son visibles a los ojos debido al uso de agua y pan y vino. Y ambos portan el mensaje cristiano distintivo. Al igual que la predicación, éstos sirven para proclamar el evangelio del amor de Dios por nosotros (1 Corintios 11:26).

Cuando los paganos observaban a los cristianos primitivos en el culto, se preguntaban qué estaba pasando en las asambleas. Sus ojos veían solamente que se distribuía el pan y el vino con una promesa: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo... Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre... que por muchos es derramada para perdón de los pecados”. Al escuchar esas palabras, ellos batallaron para entender. No obstante, estos signos externos llevaron a los incrédulos a reconocer a la iglesia cristiana por aquello que Cristo quería que fuera: Creyentes usando los elementos terrenales en su adoración a Dios.

El significado de la iglesia

Desde los comienzos de la iglesia cristiana, los creyentes se reunían en congregaciones para escuchar el evangelio cristiano y para comer la cena (Hechos 2:42). La relación íntima entre el sacramento y la congregación resalta el significado de la palabra iglesia. Originalmente, la gente nunca usó la expresión iglesia con referencia a un edificio. Como adherentes de una religión ilegal, los cristianos primitivos no tenían estructuras permanentes para el culto,

como las conocemos hoy en día. Sin embargo, los primeros cristianos no carecían de lugares de reunión. Ellos hablaban de la iglesia como una asamblea marcada por la presencia de Cristo en su Palabra donde quiera que los creyentes se reunieran (Hechos 2:41; 11:22,26).

El llamado a reunirse para adorar en la presencia del Señor dio nuevo significado a la palabra cotidiana griega *ecclesia* (en castellano *eclesiástico*). En la sociedad griega *ecclesia* significaba una reunión de personas convocadas por el pregonero. Pero entre los cristianos la palabra llegó a tener el significado de una asamblea cristiana llamada a adorar a Dios. Donde quiera que se reunían los cristianos, bien fuera al aire libre, en una casa, o en una cueva, la asamblea de creyentes era una iglesia, e iglesia no significaba nada más que una asamblea de creyentes (Gálatas 1:2).

Los creyentes llamados por Dios simplemente se congregaban alrededor de la Palabra de Dios (Mateo 18:20; 28:18-20). En el lugar de reunión, ellos predicaban, bautizaban, comían la Santa Cena, y ofrecían a Dios oraciones, alabanza y gratitud por lo que recibían. En reverencia a Dios, ellos adoraban, se cuidaban el uno del otro y compartían lo que tenían (Hechos 2:41-47). Su iglesia era una comunidad cristiana, una comunidad de santos, llamada así porque la gente tenía en común la Santa Comunión, como sugiere la palabra misma. En años posteriores los líderes de la congregación unieron a la gente y al Sacramento en uno. Cuando distribuían el pan y el vino, el líder anunciaba a la asamblea: “¡Cosas santas para gente santa!”

Servir pan y vino a la asamblea llegó a marcar visiblemente a la iglesia cristiana y a identificar a los cristianos de forma única. Desde la primera cena, los elementos visibles y las palabras de distribución marcan la adoración cristiana como distinta de otras ceremonias semejantes (1 Corintios 11:14-33). Tanto las religiones cristianas como las no cristianas a

menudo involucran alimentos ceremoniales. Pero la similitud termina ahí. El no distinguir los signos cristianos de las ceremonias no cristianas resulta en confusión. Eso pasaba en Corinto en el tiempo de Pablo.

Algunos cristianos corintios no entendían que el comer alimentos ceremoniales paganos era diferente de la Santa Cena cristiana. Como resultado ellos llevaron a la congregación a dividirse comiendo libremente tanto comida de ídolos como la Santa Cena (1 Corintios 8:1-13). La comida en sí no era el problema. Dios nos da el alimento para que lo comamos, y podemos comerlo libremente. Incluso la comida dedicada a los ídolos y que se vende en los mercados abiertos no hace incomible la comida por una simple razón: Los ídolos no existen realmente. Ellos son dioses inventados, productos de la imaginación de la gente, imágenes visuales creadas a partir de las fuerzas de la naturaleza (1 Corintios 10:25,26; 8:4; Romanos 1:22,23). Los cristianos que entienden la verdadera libertad cristiana pueden, por lo tanto, comer comida del mercado sin ofensa y con una consciencia clara, incluso comida marcada con un sello religioso (1 Corintios 8:7,8; Hechos 10:9-15).

Sin embargo, las circunstancias varían. La situación cambia y se vuelve descaradamente injurioso para la fe cuando los cristianos se reúnan con los no cristianos en sus ritos religiosos (1 Corintios 10:27-29). En esos casos la comida ceremonial se convierte en un elemento crítico. La participación en el rito religioso de otro da un sello de aprobación a esa religión y entorpece un claro testimonio del Dios verdadero y vivo. ¿Por qué esto es así? Si nos unimos en comunión con aquellos que niegan la obra salvadora de Jesús, negamos la fe que su cena busca construir. Esa comunión religiosa, juntarse y codearse con otras personas en una ceremonia pública, no es una práctica inocente. El verdadero culto sigue siendo culto a Dios en verdad (Juan 8:31). Y la

participación en los ritos religiosos de otros pueblos plantea preguntas con respecto a qué dios estamos honrando (Juan 5:22,23). Al unirnos en culto nos identificamos con esa religión. ¿Cómo se hace esto?

Satanás sigue usando sus viejos trucos. Él usa la intimidad del culto para engañarnos, imitando los caminos de Dios. Bajo la apariencia de ceremonia religiosa, el malvado hace lo que hizo con la comida dedicada en el huerto del Edén (Génesis 3:5). Él desafía a Dios. Él nos distrae de seguir la Palabra de Dios y sus promesas. Sutilmente, Satanás neutraliza nuestra lealtad a Cristo el Salvador y simultáneamente lleva a los incrédulos a pensar que el cristianismo es solamente otra religión en el mercado. Dios usa la Santa Cena, por lo tanto, para marcar los límites de la comunión cristiana. La participación en el banquete cristiano traza una línea entre la verdadera fe cristiana y todas las religiones falsas (1 Corintios 10:23-31).

El apóstol Pablo identifica esta función de la Santa Cena cuando escribe con inequívoca claridad: “Antes digo que aquello que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican y no a Dios... No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios” (1 Corintios 10:20,21). La consecuencia de unirse en culto con religiones no cristianas y falsas ceremonias es enorme. En efecto, tal acción democrática borra efectivamente la línea de límite entre la idolatría y el culto al verdadero Dios. Desafía el primer requisito de Dios en el culto: “No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20:3). Específicamente, eso hace burla de la confesión cristiana sobre la cual está basada la Santa Cena. El apóstol Pablo dice que esta es la verdadera creencia cristiana (credo): “Para nosotros, sin embargo, solo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para quien nosotros existimos; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual

han sido creadas todas las cosas y por quien nosotros también existimos” (1 Corintios 8:6).

Subvertir la fe de la iglesia en Dios con una falsa comunicación finalmente corroe el testimonio cristiano. Eso obra para destruir a la verdadera iglesia, si eso fuera posible (1 Reyes 19:14-18). La iglesia cristiana, por definición, está escondida para el ojo natural (Lucas 17:20). La iglesia verdadera es la asamblea de todos los creyentes, alrededor del mundo, quienes guardan en sus corazones la fe en el Dios trino. Se ha dicho bien que la línea de división entre la iglesia y la no iglesia es la fe (Efesios 2:8,9; Romanos 11:6). Y la fe mora en el corazón (Romanos 10:10). Ni organizaciones, ni geografía, ni raza, ni jerarquía, ni país, ni tribu definen a la iglesia o hacen a una persona miembro de ella. Solamente la fe establece los límites de la iglesia, igual que solamente la fe nos hace justos ante Dios (Romanos 1:17; 4:1-3).

Marcas de la iglesia

¿Cómo, entonces, podemos encontrar la iglesia si solamente Dios puede ver nuestros corazones (1 Samuel 16:7; 2 Corintios 5:12)? ¿Acaso el hecho que la iglesia está escondida hace que sea una cosa irreal o etérea que flota en el aire pero que no se encuentra en ninguna parte? ¡Claro que no! Gracias a Dios, la iglesia puede ser conocida sobre la tierra. Podemos conocer la iglesia por sus signos externos. La iglesia se hace visible por sus señales. Se encuentra donde quiera que los creyentes se reúnen alrededor del evangelio y los sacramentos.

La verdadera iglesia está donde se pueda escuchar la Palabra de Dios predicada de forma pura y recibir los sacramentos según el uso que Dios ordenó para ellos (Mateo 28:18-20; 1 Corintios 11:24,25). Es por eso que las reuniones sociales y el comportamiento social no son marcas claras ni identificables de la iglesia. Ese entendimiento simplemente

sociológico de la iglesia es ajeno a la fe y a la comunión de la iglesia de Cristo y confunde a la gente. Todas las religiones del mundo tienen señales externas, y los que las practican pueden aparentemente tomarle la delantera a los cristianos cuando se miden por el comportamiento disciplinado observable (Romanos 2:14,15).

Pero la iglesia no vive de la moral, ni del conocimiento ni del cumplimiento, de la ley de Dios (Romanos 2:12,13). Ni tampoco vive de la religión, ni de elevadas experiencias de lo divino, ni de una conciencia de los misterios de Dios (Romanos 11:33-36). Vive solamente del perdón de los pecados (Juan 17:3; Filipenses 3:8-11). El perdón de los pecados y la justicia de Cristo son la base de la iglesia, su enfoque y su principal mensaje (Hechos 4:10-12). Y Cristo ofrece estos dones divinos gratuitamente en su cena.

Esto significa que la fe cristiana no está construida sobre la fe, ni tampoco sobre una vida cristiana de fe. En su infinita sabiduría, Dios desea que la vida de un cristiano brote de la fe cristiana, igual que el fruto de un árbol viene del árbol (Gálatas 5:22-26). En el orden de Dios, la Palabra de Dios va primero, sigue la fe, luego viene el amor y las buenas obras como frutos de la fe. La Palabra de Dios y los sacramentos claramente marcan la presencia de la iglesia. Y el pueblo de Dios con gratitud recibe sus misericordiosos signos cuando quiera que se reúna alrededor de su Palabra y sacramentos para adorarlo en verdadera acción de gracias (eucaristía).

A pesar de los signos externos, la verdadera iglesia sigue estando escondida entre una multitud de gente. Los creyentes viven entre falsos cristianos. En las asambleas cristianas, los hipócritas se disfrazan fácilmente, como mala hierba que crece en el campo de trigo (Mateo 13:24-30). Sin embargo, la presencia de incrédulos no hace que la iglesia desaparezca. Ni tampoco la fe de un creyente crea la iglesia, ni hace a Dios presente, ni hace que los sacramentos sean lo que son.

Solamente la Palabra de Dios y los sacramentos establecen la iglesia cristiana. Estas marcas siguen siendo poderosas independientemente de la fe de los creyentes o de la hipocresía de los incrédulos porque su poder es de Dios (Isaías 55:11; Romanos 1:16). Solamente Dios construye su iglesia y le da una identidad completa. Y él lo hace a través de medios establecidos por Cristo y anclados en su Palabra.

Sencillamente, el único signo infalible de la iglesia es el santo evangelio del Señor Jesucristo (2 Timoteo 1:8-10). Donde Cristo está presente, se encuentra la iglesia. Una marca especial de la presencia misericordiosa de Cristo es su cuerpo y su sangre dados a nosotros para comer y beber. Él nos manda: “Haced esto en memoria de mí”.

Sellando la voluntad misericordiosa de Dios

Sin embargo, la Santa Cena sirve para un propósito aun más específico dentro de la congregación cristiana. Para los creyentes, el cuerpo y la sangre del Señor son un sello visible del perdón de Dios bajo una forma específica. En la mesa del Señor, los miembros del cuerpo de Cristo se unen con su cabeza (Efesios 4:15; 1 Corintios 10:16,17). El sello de perdón garantiza la unidad de Cristo con su iglesia y fortalece el vínculo de fe en Dios.

La función principal de la Santa Cena, por lo tanto, es servir a los creyentes. Dios usa su cena para fortalecer nuestra fe en él. Bajo la forma de pan y vino, Dios actúa para sellar su misericordiosa voluntad hacia nosotros. Él sella su nuevo pacto con la humanidad con la sangre de su Hijo (Hebreos 9:11-14). De forma semejante a la función de una transacción legal, Dios firma, sella y entrega su divina voluntad. Es garantizada y notariada con la propia sangre de Dios y por lo tanto afecta la vida de todo el mundo (Hebreos 9:16-18).

Antes de la venida de Cristo Jesús, Dios había sellado su pacto con Abraham con un signo externo distintivo, el signo

de la circuncisión (Génesis capítulo 17; Éxodo 4:25; Romanos 2:28,29; 4:11). Más tarde, por mandato divino, él garantizó su pacto con Moisés por medio de sacrificios de sangre (Hebreos 9:19-23). En el rito del nuevo pacto, el sello sacramental es la sangre del propio Hijo de Dios (Hechos 20:28; Romanos 3:25; 5:9; Efesios 1:7). Tanto el bautismo como la Santa Cena ponen un sello sacramental sobre nosotros. No obstante, cada sacramento tiene su uso distinto para construir la iglesia de Dios.

La voluntad de Dios confirmada

Jesús ordenó el bautismo únicamente como un sacramento de iniciación a la iglesia del Nuevo Testamento (Mateo 28:19). Por el bautismo somos matriculados en la iglesia para convertirnos en seguidores de Jesús. Dios el Padre, pone nuestro nombre en el certificado de membresía de la iglesia, por así decirlo, Dios el Hijo lo sella con su sangre, y Dios el Espíritu Santo lo entrega con el don de la fe dadora de vida (Mateo 28:19). De una forma real y expresiva, el bautismo es nuestra primera muerte y nuestra primera resurrección (Juan 5:24; Apocalipsis 20:5). Por el bautismo morimos con Cristo al pecado y resucitamos con Cristo a la nueva vida (Romanos 6:2-7). Esto hace que el bautismo cristiano sea un suceso que ocurre una sola vez y para toda la vida y que no tiene que repetirse, al igual que la muerte y la resurrección de Cristo fueron sucesos irrepitibles y únicos (Romanos 6:8-10).

La Santa Cena, en contraste, ha sido llamada el sacramento de la confirmación. Este sacramento constante y repetidamente confirma la fe en Cristo que obra el bautismo (1 Corintios 11:26). A este respecto, el renacimiento espiritual es similar al nacimiento natural (Juan 3:5-8). Nacimos en este mundo solamente una vez. Sin embargo, continuamente necesitamos tomar alimento para conservar la vida. De manera similar, renacemos solamente una vez, pero

constantemente necesitamos participar del alimento celestial de Dios para mantener la nueva vida en Cristo.

Como cristianos bautizados, podemos estar delante de Dios como santos, completamente reconciliados y listos para el servicio (1 Pedro 2:9; Efesios 2:10). Por medio de la fe en Jesús somos totalmente justos ante sus ojos (Romanos 3:22). Diariamente vivimos en nuestro bautismo de manera rica. No obstante, seguimos siendo pecadores y débiles en nuestro andar diario por la vida. Nuestra sangre pecaminosa se aferra a nosotros hasta nuestros últimos días y no nos dejará (Romanos 7:14-20). Como una barba afeitada, el pecado sigue creciendo debajo de la superficie. Todavía no hemos muerto a nuestra carne pecaminosa, ni nos hemos deshecho de pruebas y tentaciones diarias.

En la pesada lucha diaria entre nuestra carne pecaminosa y la fe dada por Dios, constantemente necesitamos la ayuda y guía de Dios. Los actos y las actitudes pecaminosos nos hacen desdichados, y las dudas acosan nuestras mentes. Pero Dios es nuestro refugio (Romanos 7:14-25; Salmo 46:1). En un momento como este, Dios usa el santo evangelio para darnos certeza, esperanza y consuelo (Romanos 8:31-39; Mateo 16:18,19; 18:18; Juan 20:21,22). En un momento como este, Cristo fortalece nuestra fe poniendo ante nosotros un sacramento que visiblemente nos lleva a la cruz. “Tomad, comed, y bebed”, dice él con una simplicidad literal que no pide ninguna pregunta. “Esto es mi cuerpo y mi sangre, dados y derramados por ustedes para el perdón de los pecados.”

A través de Cristo recibimos aliento, invocando a Dios repetidamente y con arrepentimiento y pidiendo su misericordia. En este dilema nos parece tonto preguntar “¿Qué haría Jesús?” Tomados en los brazos de Dios, preguntamos por fe: “¿Qué ha hecho Jesús por nosotros?” (2 Corintios 12:9; Hebreos 4:2). La respuesta yace en la Palabra de Dios y su promesa. Mediante ella, Dios primero nos lleva

a nuestro bautismo, donde él puso su nombre sobre nosotros, nos adoptó mediante su Hijo, y nos da vida nueva por su Espíritu (Éxodo 20:24; Isaías 43:1; Mateo 28:19). Y por medio de su Palabra entonces nos lleva a su Santa Cena, donde él nos reasegura su presencia perdurable.

El bautismo nos da la señal tangible del nuevo pacto del lavamiento de Dios. El agua del bautismo nos limpia, no lavando la suciedad del cuerpo, sino la mugre y la impiedad que nos separa de Dios. Además, el bautismo también ahoga nuestros seres pecaminosos por arrepentimiento diario (Tito 3:5-7). Dios una vez salvó a Noé de ahogarse en el agua por las aguas que alzaron su arca (Génesis capítulos 7,8). Entonces el bautismo de agua es como un arca sobre el agua que Dios preparó para salvarnos de la muerte. Navegamos sobre este barco a través de las aguas turbulentas de la vida a nuestro refugio celestial.

En el viaje a través de la vida, la Palabra de Dios y la promesa nos mantienen a flote. Es por eso que nosotros designamos el lugar de reunión de la iglesia como la nave, la palabra latina para “barco”. El bautismo es nuestro barco en el mar de la vida. Este nos mantiene seguros prometiendo darnos una buena conciencia ante Dios a través de nuestro resucitado Salvador y Señor (1 Pedro 3:21). Este barco sigue estando en condiciones de navegar en todo tiempo, incluso si saltamos del barco para llevar una vida impía y en la incredulidad. Si por gracia de Dios volvemos a la fe, tomamos nuestro sitio a bordo nuevamente sin tener que ser bautizados otra vez. La gracia y las promesas de Dios son constantes en medio de las tormentas de la vida (2 Timoteo 2:13).

En contraste, la Santa Cena nos da la misma garantía tangible por la comida ceremonial, no por el agua. Como en el bautismo, los elementos visibles de la Santa Cena no son mágicos. El elemento del agua en sí misma no salva, sino que lo que salva es la Palabra de Dios que está en el agua y con el

agua, y la fe que confía en la Palabra de Dios. De manera parecida, en su cena, la comida de Dios no es una poción mágica que nos devuelve a la vida, como pasa en los cuentos de hadas.

La cena sacramental no es ni mágica ni mítica. Pero en el sentido más alto, es un misterio. Alimentarnos con la comida de Cristo nos devuelve al huerto del Edén. Su comida nos lleva de nuevo a una vida de puro deleite (Edén, en hebreo) con Dios. Igual que el fruto dedicado en el árbol de la vida en el huerto, la Santa Cena trae gozo y deleite. Pero no es el fruto en sí, sino la Palabra de Dios y su promesa que hacen la comida preciosa para comer (Génesis 2:8, 9, 15-17).

En ese entonces, como ahora, la comida sacramental siguió siendo el misterio de Dios, especialmente diseñado para ejercitar nuestra fe en Dios. Pero ahora estamos recibiendo sus deleites ocultos bajo los elementos terrenales del pan y el vino. La función principal de la Santa Cena, por lo tanto, es ser nuestro nuevo árbol de la vida. El fruto de la muerte de Jesús es la promesa que los que participan en su comida sacramental tienen vida eterna. Los hambrientos comen de este árbol de la vida y viven justos y completos ante Dios por los méritos de Jesús. Estas buenas nuevas nos fortalecen y nos mantienen en la verdadera fe hasta la vida eterna.

El misterio de Dios revelado

El misterio divino revela el amor eterno de Dios en una forma muy distinto a los misterios del universo creado (Job 38:4-41). La diferencia crítica entre los misterios no resueltos de la vida y el misterio divino de la salvación de Dios se encuentra en la persona de Jesús el Cristo. La sabiduría humana prueba científicamente los misterios de la tierra todavía desconocidos. Dios, por contraste, hace lo contrario. Sabiamente, él hace conocer el misterio de su amor salvador en la cruz (1 Corintios 1:22-25). La cruz hace el misterio

redentor de Dios más que un simple signo de algo sagrado y escondido a nuestros ojos. El Viernes Santo, Dios abiertamente reveló su secreto sagrado a la humanidad en la persona de Jesucristo.

Pablo usa cuidadosamente palabras medidas y empáticas para explicar el misterio de la cruz: “Pero hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la cual ninguno de los poderosos de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Antes bien, como está escrito: ‘Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman’. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu” (1 Corintios 2:7-10). ¿Qué quiere decir Pablo cuando habla de que Dios reveló un secreto?

La respuesta yace en la forma en que Dios se revela a sí mismo para que podamos presentarnos ante él (Números 6:24-26). Su divina revelación a los mortales toca el secreto de su gloria y majestad. En su sabiduría superior, Dios escogió revelarse a sí mismo de una forma desconocida para el mundo, de una manera que está más allá de la experiencia humana, en un misterio que exige fe (1 Corintios 2:10-16). En la propia manera de Dios, la fe no es un salto en la oscuridad sino un don divino que se aferra a un objeto (Hebreos 11:1). Ese objeto es Cristo, revelado en su Palabra, escondido en su cena.

En la experiencia humana, algo revelado ya no está oculto. Una mariposa, como ya hemos observado, revela su belleza para mostrar una hermosa selección de colores al salir de su escondite en una crisálida. Pero cuando Dios revela su gloria que cambia vidas, él invierte el orden. Dios se revela a sí mismo por medio de esconderse. Dios en sí ya está escondido de nosotros en su majestad. Nosotros solamente lo sentimos al observar la naturaleza y el universo majestuoso que nos rodea

(Romanos 1:19,20).

Sin embargo, ahora el Dios escondido se esconde otra vez (Isaías 45:15). En un escondite doble, Dios se oculta una vez más, esta vez en lo que podemos ver y observar con ojos humanos. Dios se esconde al ocultarse a sí mismo en la carne mortal (Mateo 17:1-8). Nuestros ojos ven a Jesús en la cruz, un ser humano como nosotros. Podemos observar a un humano sufriendo una muerte agonizante. En su crucifixión no hay exhibición deslumbrante de belleza para atraernos, no hay efecto mariposa (Isaías 53:2-12). ¡Todo lo contrario!

Sin embargo, el que muere es nuestro Dios. Él ha encubierto su majestad como Dios. Él muere como un convicto, cargando las heridas de los culpables de la manera que nosotros los seres humanos considera justicia legal. Él revela su gloria en la culpa y su fortaleza en la debilidad de la muerte por crucifixión. La cruz no es gloriosa. Es nuestra silla eléctrica, un instrumento de tortura, y produce una muerte atroz (Lucas 23:32-37). Solamente por fe podemos ver lo que está pasando debajo de la cubierta de la humanidad de Jesús. El vestido de culpa que Jesús viste es nuestro. Solamente por fe podemos entender el intercambio dichoso que está teniendo lugar en ese día de infamia en Jerusalén. Es un momento para recordar por una razón muy íntima.

La promesa de amor de Dios

En la paradoja de la vida, el Rey de reyes y el Señor de señores baja del cielo y nos recoge de las calles de este mundo, a nosotros pobres pequeñas prostitutas que somos. Su voluntad es casarse con nosotros que hemos estado codiciando otros dioses y no tenemos nada para ofrecerse sino nuestros estilos de vida pecaminosos y egoístas (Oseas 1:2; Éxodo 20:3). Y él pone en nuestros dedos el anillo de bodas de la fe. El novio celestial toma nuestros pecados como su dote (Isaías 53:6). A cambio él le da a sus indignas novias todo

lo que es de él: vida con Dios, paz, gozo, y salvación. Él perdona nuestros caprichos, pone a un lado su furia, y gratuitamente declara una vez más su amor por nosotros (Oseas 14:1-4; Cantares 4:1; Isaías 44:2).

Ahora en la gloriosa unión de novia y novio, él se convierte en nuestro pecado y nosotros somos su justicia. El crucificado cubre la suciedad de su novia con un vestido de boda blanco y puro de su confección (Apocalipsis 6:11; Isaías 61:10). La muerte del novio elimina el agujijón del pecado y su resurrección a la vida derriba la barrera de la muerte por una razón simple. Ese poderoso dúo de pecado y muerte ha evitado que disfrutemos de la vida (1 Corintios 15:54-57). La justicia de Cristo reemplaza la santidad perdida hace mucho en el paraíso. Cristo Jesús hace de su novia la posesión más preciada de Dios una vez más (Isaías 53:6-10; Génesis 1:27, 28; Apocalipsis 19:6-9). Pues el crucificado es nuestro Dios. Él es Dios y hombre en una unión indivisible y eterna. Solamente la fe entiende el misterio de la obra de Dios sobre la tierra y recibe sus beneficios.

La comida santa es la forma de Dios de prometer su amor por nosotros gratuita y abiertamente. Pero la Santa Cena del Señor sigue siendo un misterio de Dios. La manera en que el cuerpo y la sangre de Jesús pueden estar unidos sacramentalmente con frutos del campo desafía la explicación humana. Cómo el mismo Jesús se vuelve uno con nosotros sigue siendo una unión tan mística como la de esposo y esposa que se convierten en una sola carne (Génesis 2:24; 1 Corintios 10:16,17). Sin embargo, el Señor del banquete quiere que sepamos esto con respecto a su promesa de amor: El pan y el vino son mucho más que un signo de la presencia de Jesús. El Señor nos da su cuerpo, igual que, en un paralelo terrenal, un novio le da su cuerpo a su novia. Jesús está ahí para nosotros en la manera que él dice: “Esto es mi cuerpo... mi sangre”. La pequeña palabra esto tiene la clave del misterio.

A través de la pequeña palabra esto, el Espíritu de Dios nos lleva detrás del velo para ver lo que realmente está sucediendo (Juan 15:26; 1 Corintios 2:10-16). Él nos lleva a comprender el misterio del amor de Dios. Él revela lo que está escondido para nuestros ojos cuando abrimos nuestras bocas para recibir. Allí, escondidos bajo la forma de pan y vino, están el verdadero cuerpo y sangre del resucitado Señor (1 Juan 1:7). La gran cena del Cordero es una promesa poderosa y un sello misericordioso de la voluntad de Dios para quienes no lo merecen. “Haced esto” es el “Sí acepto” sagrado de Dios, como si fuera dicho en los votos matrimoniales.

Cuidado en el uso de la cena

Cuando los años pasaron, la iglesia cristiana comenzó más y más a investigar el misterio sacramental y su uso en la iglesia. Bajo la presión de los cuestionamientos de la gente, los clérigos y los eruditos frecuentemente discutieron la naturaleza de la presencia de Jesús en su cena. Las discusiones se pusieron acaloradas, altamente sofisticadas y filosóficas. Las respuestas fueron agotadas en el tablero de ajedrez de la razón. Muchos aportes contenían granos de verdad. Pero el debate a menudo resultó en intentos tendenciosos para resolver el misterio irresoluble de la presencia de Cristo. Y, tristemente, la argumentación finalmente dividió la iglesia de Cristo y dificultó el servicio de la cena a la iglesia (Juan 17:17-21; 1 Corintios 1:10-13).

El debate se centró particularmente en la simple frase de Jesús: “Esto es mi cuerpo”. Los eruditos diseccionaron, explicaron e interpretaron cada una de las palabras de Jesús. Ellos usaron la gramática, la lógica y la historia para resolver los problemas de interpretación. Sin embargo, entre más profundamente los líderes de la iglesia intentaron explorar el misterio, más confusos se volvieron los asuntos, y la gente.

Algunos, en ese momento al igual que ahora, limitan el

significado de cuerpo y sangre. Ellos resaltan correctamente el primer uso del Sacramento, como un signo externo de la presencia de Dios sobre la tierra. Al mismo tiempo, virtualmente niegan la presencia corporal de Jesús en la cena y su servicio como un sello de perdón. El uso del pan y el vino entonces llega a significar solamente la presencia espiritual de Jesús, una marca externa del cuerpo ausente de Cristo. Como resultado, la cena se convierte en una comida simplemente conmemorativa de Jesús, quien está presente en su cena espiritualmente pero no está ahí corporalmente.

Otros, en ese momento al igual que ahora, enfatizan correctamente el segundo uso del Sacramento. Ellos consideran que la presencia de Jesús es el sello primordial y la garantía del amor de perdón de Dios por nosotros. Y sostienen con vigor que Jesús está presente en cuerpo, porque en la Cena del Señor, él sella su gracia para con nosotros personalmente y nos une a él mismo en un solo cuerpo (1 Corintios 10:16,17). Cuando Jesús dice: “Esto es mi cuerpo”, él quiere decir que está presente corporalmente. Todos los que participan del pan bendito y beben de la copa consagrada reciben lo que Jesús promete en su Palabra. Después de todo, la comida sacramental es obrada por Dios. Él prepara la Santa Cena como un anfitrión alista una comida para los invitados. Las manos y la voz humanas enmascaran lo que Dios obra a través de su Palabra (Isaías 55:11).

Esta explicación hace dos cosas. Evita la reclamación de que Jesús está presente solamente en mi fe, haciendo el banquete simplemente una ingestión espiritual por mi parte. Aun más directamente, enfáticamente reconoce la presencia corporal del Señor Jesucristo en el Sacramento.

Ocultando el misterio: Presencia real por cambio en la sustancia

Desarrollos posteriores nublaron expresiones y

preocupaciones cristianas válidas. En la iglesia occidental, centrada en Roma, las autoridades dieron respuestas estructuradas y sofisticadas a la presencia corporal de Jesús en la Santa Cena. Ellos señalaron cómo el sacrificio de Jesús el Viernes Santo difiere de manera única del acto de la iglesia en un altar terrenal. En consecuencia, los clérigos separaron el sacrificio corporal, realizado una sola vez, de Cristo en el Calvario de la aparición continua de Cristo en la Santa Cena. Se dijo que la forma del sacrificio difería significativamente. En la cruz, observaban, Cristo fue sacrificado en su cuerpo como era en ese tiempo. Pero en la cena, él se sacrifica en su cuerpo tal como es ahora. ¿Qué significa esta distinción?

Según ellos, en la crucifixión, Jesús tenía un cuerpo físico como el instrumento del sacrificio. Su sacrificio en el Calvario fue sangriento. Pero ahora Jesús tiene un cuerpo espiritual a través del cual actúa y hace el sacrificio. Este cuerpo es la iglesia, de la cual es la cabeza (Efesios 1:22). Como actual cuerpo de Cristo, la iglesia hace sacrificios en el altar, pero con esa diferencia. Ahora el sacrificio en el altar de la iglesia no es sangriento. No tiene lugar ningún derramamiento de sangre física. La iglesia simplemente continúa el sacrificio de Cristo de una vez por acción repetida. La comida sacramental ofrece una repetición no sangrienta del sacrificio sangriento de Cristo en el Calvario.

De esta manera los clérigos de la iglesia occidental buscaron aclarar dos preguntas recurrentes: ¿Cómo está presente corporalmente el cuerpo de Jesús en la cena? Y ¿cómo tiene lugar el misterio de la presencia corporal de Jesús? En respuesta ellos se centraron en la acción sacerdotal en el altar igual que sucedió bajo el pacto sacerdotal de Israel en el Antiguo Testamento. Ahora la iglesia trae una ofrenda de pan y vino al altar y a través de su clero ofrece estos frutos del campo en acción de gracias a Dios. En la consagración sacerdotal, el pan y el vino son reservados y son convertidos

en el cuerpo y la sangre de Cristo. El pan, aparentemente todavía pan, actúa para alojar el cuerpo de Cristo. Los ojos no pueden observar un cambio, y aquellos que comen todavía saborean el pan. Pero el cambio de pan al cuerpo de Cristo y de vino a la sangre de Cristo tiene lugar de manera sobrenatural en el reino celestial de un universo de dos pisos.

Detrás de esta extensa explicación varias cosas están claras. Hay un cambio en el enfoque de la cena del cuerpo de Cristo (en el Sacramento) al cuerpo de Cristo (la iglesia), de la obra de Cristo en la cruz a la acción sacerdotal de la iglesia en el altar. Como el cuerpo de Cristo, la iglesia continúa en el altar la obra que Cristo hizo una vez en la cruz. Como el cuerpo de Cristo ahora, la iglesia realiza un sacrificio propiciatorio para satisfacer, endulzar, y apaciguar la ira de Dios sobre el pecado. Al hacer esto, se dice que las ofrendas de pan y vino pierden su sustancia natural. Lo que era pan es ahora el cuerpo de Cristo y el vino es su sangre. Se dice que este cambio de sustancia (transubstanciación) tiene lugar de acuerdo con un entendimiento especial de lo que es real.

Si la explicación nos confunde, tenemos que hacer la pregunta: ¿Qué es real? Esta pregunta está en el centro del debate sobre la presencia real de Cristo en la Santa Cena. Es la pregunta que mueve al apóstol Pablo a escribir: “Todo esto es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Colosenses 2:17).

Entendiendo lo que es real

Las preguntas con respecto a la realidad son comunes en la vida diaria hasta nuestros días. Éstas surgen cada vez que se nos escapa un “¡Habla en serio!” o un “¿De verdad?” Al buscar la respuesta a esta pregunta básica de la vida, una escuela en la iglesia occidental argumenta que nuestro mundo, tal como lo experimentamos, realmente no es real. Esta escuela cree que vivimos en la tierra como si fueran tierras de

penumbras. Nuestro mundo solamente parece real, de la misma manera que sombras sobre una pared lucen reales pero solamente reflejan los objetos. Se dice que las cosas en la tierra, incluyendo cosas como el pan y el vino y el cuerpo y la sangre, son como sombras. Los elementos terrenales entonces son solamente un fenómeno de sombras. Estas solamente reflejan a Dios, el Hacedor de la tierra. Todo en la tierra adquiere su realidad de Dios, igual que las sombras reflejan lo que está detrás de ellas.

Esta forma de razonamiento influenció a los clérigos occidentales en su explicación del misterio de la Santa Cena. Entonces, para que el pan se convierta en el cuerpo de Cristo, el cambio obviamente no tiene lugar en las tierras de las tinieblas aquí abajo. En nuestro mundo, el pan (a propósito) sigue siendo pan. Nosotros lo vemos; lo saboreamos. Se dice que el verdadero cambio de pan al cuerpo de Cristo tiene lugar con Dios arriba, más allá de nuestro mundo natural, en la historia de lo alto de un universo de dos pisos. Por designio de Dios, lo que parece ser pan, en realidad se convierte en el cuerpo de Jesús.

¿Cómo es posible esto? La escuela realista dice que Dios puede hacer esas cosas porque solamente él es real. Dios una vez se identificó a Moisés con el nombre persona “Yo soy” (Éxodo 3:11-14). Este nombre majestuoso de Dios es el nombre del ser todo poderoso. De manera reverente, los israelitas se referían a Dios como “ÉL ES”, en la forma en que los súbditos se refieren a su rey. Dicho en hebreo, ellos lo llamaban Yahweh o Jehová (Éxodo 34:6,7). Este todopoderoso Jehová no solamente posee poder, sino que usa enérgicamente su poder para ayudarnos en nuestras necesidades.

En la cena, por lo tanto, termina la explicación. Dios ejerce su poder desde arriba cambiando el pan por el cuerpo de Jesús y el vino por la sangre de Jesús repetidamente. Y de forma

significativa él produce este cambio actuando por medio de su cuerpo como es ahora, es decir, a través de la iglesia, es decir, que la iglesia está haciendo el sacrificio. Por medio de su clero, la iglesia forma el puente sacrificial para producir la presencia real de Cristo en la Santa Cena.

Ocultando el misterio: Presencia real espiritualmente

Los adversarios de la escuela realista dicen no a esta manera de pensar. Argumentan que este enfoque de la Santa Cena es demasiado sofisticado. Este serpentea por entre la verdad de Dios. Explica el misterio pero deja muy poco lugar, si es que deja alguno, para la fe de la persona. La cena se convierte en un acto eclesial formal que se convierte en sacrificio y obra de nuestra parte. Dios anteriormente despreció los sacrificios de los israelitas cuando se llevaban a cabo simplemente haciendo la obra superficialmente (Latín: *ex opere operato*) (Amós 5:21-25).

Parece que el Santo Sacramento se ha convertido en un acto hecho de forma meritoria por la iglesia institucional en vez de ser hecho misericordiosamente por la Palabra y promesa de Dios. Por encima de todo, continúa la pregunta: ¿Por qué el sacrificio de Dios es hecho una y otra vez, si fue finalizado y perfeccionado de una vez por todas en el pasado (Hebreos 7:26,27)? Al tratar de ser objetiva, la escuela realista ha ido demasiado lejos. Ésta convierte el cuerpo de Cristo en algo para que la gente se incline ante él como un ídolo, lo cargue en procesiones, y lo almacene en un tabernáculo. El sacrificio expiatorio y único de Cristo se ha perdido en el uso y el poder eclesial. Los críticos atribuyen el problema simplemente a una visión defectuosa de la realidad, y buscan explicar la presencia real de Cristo de una forma totalmente diferente.

De acuerdo con la escuela científica, realmente la verdad es todo lo contrario. La realidad no yace más allá de los límites de nuestro mundo natural sino en la naturaleza en sí misma.

La tierra es real. Este mundo es real. Las cosas son reales. Nosotros nombramos, identificamos y clasificamos las cosas científicamente en nuestro universo. Como el Adán de antaño, le damos nombres a los animales, aves, criaturas del agua, flores y fauna, y a los planetas y a las estrellas que podemos ver, tocar y disfrutar (Génesis 2:19,20). Realmente vivimos en el mundo real, no en la tierra de las tinieblas. Ciertamente, Dios también es real. Él es el gran “YO SOY”. Pero conocerlo es creer en él (Hebreos 11:1-3). En el universo de dos pisos, la brecha entre el mundo real de abajo y el mundo divino de arriba se cierra por la fe de una persona.

¿Cómo entonces, de acuerdo con esta escuela, recibimos el cuerpo de Cristo en su cena? Se dice que Jesús respondió la pregunta en la última Pascua de la forma más simple posible. Él nos pidió que comiéramos la nueva cena en memoria de él. Cuando escuchamos las palabras de Jesús: “Esto es mi cuerpo”, y comemos pan simple, nuestra fe llega al cielo arriba y allí, no en el pan, recibimos a nuestro Señor. En otras palabras, la nuestra es una comida de fe. El pan realmente no cambia. Sigue siendo nada más que un simple pedazo de pan y actúa simplemente como un signo digno de atención para marcar la presencia de Jesús. En realidad, por lo tanto, recibimos el cuerpo de Jesús espiritualmente por fe, no oralmente en nuestras bocas. La fe resuelve el misterio de la Santa Cena dejando el cuerpo de Jesús en el cielo arriba, donde él vive y gobierna.

Se dice que pensar de otra forma da lugar a una pregunta básica: Si Jesús ascendió al cielo y está sentado a la mano derecha de Dios ¿no debe estar ubicado en el cielo? ¿Cómo puede su cuerpo estar presente en dos lugares al mismo tiempo? Un cuerpo tiene límites y limitaciones. Los cuerpos ocupan espacio, y están confinados a éste. Esa es una verdad científica. Un cuerpo no puede estar arriba en el cielo y abajo en la tierra al mismo tiempo. Es antinatural e ilógico incluso

imaginar que Jesús está presente realmente en forma corporal en todas partes en todo el mundo. La Biblia lo dice. Se dice que el relato bíblico afirma que Jesús está localmente sentado a la mano derecha del todopoderoso Dios (Mateo 26:64; Marcos 16:19; Lucas 20:42; Salmo 110:1).

Si eso es así, entonces ¿qué pasa en su cena? Al escuchar esta orden de comer: “Haced esto”, simplemente debemos obedecerla. Nosotros comemos pan en memoria bendita de la muerte de Jesús porque nuestro Salvador nos pidió hacerlo. Y cuando comemos, nuestra fe llega arriba al cielo y allá, no en el pan, participamos del cuerpo de Jesús espiritualmente. Ciertamente podemos hablar sobre que Jesús está presente realmente. Sin embargo, al hacerlo queremos decir que él está presente sólo espiritualmente. El pan y el vino no son nada más que representaciones terrenales gráficas del cuerpo y la sangre ausentes de Cristo. Ver el pan y el vino y escuchar sus palabras vivamente trae a la mente la asombrosa obra de Cristo por nosotros en la cruz. Pero la comida que comemos en la mesa del Señor es realmente sólo una marca externa de un suceso espiritual interno: nada más, nada menos.

Presencia real sacramentalmente

Las explicaciones parciales de la presencia del Señor en su cena intentan sinceramente responder las preguntas de la gente. Éstas cautivan las mentes de las personas con visiones complejas de la realidad, o desmotivan a la gente de la religión a causa de su sofistería. Escuchando, podemos estar indecisos entre ambos caminos o ser abrumados por ellas como les pasó a los cristianos primitivos en Colosas (Colosenses 2:8-20). Frustradas, muchas personas tiran la toalla y simplemente aceptan explicaciones de la autoridad eclesial. Ellos admiten francamente: “Yo creo cualquier cosa que cree la iglesia”.

Pero de esa forma, las palabras de Jesús no logran el

propósito e intención de Dios. Las interpretaciones que apuntan al corazón nunca deben perder de vista el panorama general de las palabras de amor de Dios ni eludir las visiones de Dios de su propia presencia (Mateo 28:20). Dios advierte que la mayoría de las veces los caminos errantes se apartan de la verdad al convertirse en verdades parciales (Deuteronomio 5:32). Y las verdades a medias de manera tendenciosa dificultan ver la verdad. Somos devueltos a la verdad de Dios solamente cuando volvemos al Edén, escuchamos la Palabra de Dios, y por la gracia de Dios andamos en el camino de la fe.

Ya en el Edén el engañador, armado con la Palabra de Dios, se encargó de pervertir a la gente con verdades a medias. Muy inteligentemente él desafió las palabras de Dios con respecto a la comida dedicada. Una pregunta aparentemente inocente: “¿Conque Dios os ha dicho: ‘No comáis de ningún árbol del huerto’?” arrojó duda sobre la Palabra de Dios. Astutamente impidió ver claramente y tergiversó las intenciones de Dios (Génesis 3:1-4). Las interpretaciones autogeneradas nunca confían en la Palabra de Dios y, por lo tanto, no dejan que la Palabra de Dios sea su propio intérprete. Como los filósofos, esos intérpretes despellejan los misterios de Dios. Ellos separan nuestro mundo del mundo de Dios con distinciones sutiles. Entonces el misterio de la obra de Dios sigue escondido y oculto para nosotros (Isaías 45:15). Tan pronto como tratamos de penetrar en los caminos de Dios por nuestro propio pensamiento o acción, la obra de Dios sobre la tierra permanece velada y desconocida (1 Corintios 2:10-13; Hechos 17:23).

Al fin y al cabo, no podemos comprender a Dios, el gran “Yo soy”. No tenemos poder para poner a Dios en una caja, mucho menos para ir a su presencia misericordiosa por nosotros mismos (1 Corintios 1:26-31). Dios no tiene forma, es infinito en su ser y no conoce límites humanos. Entonces

las mentes terrenales limitadas nunca podrán captar cómo Dios puede estar presente bajo la forma de pan. Preguntar cómo en este caso es como investigar el misterio de la encarnación de Cristo. Enfrentados con una pregunta que no tiene solución, ¿cómo puede Dios estar confinado al vientre de la virgen María?, no podemos responder. Estamos perdidos si tratamos de explicar naturalmente o filosóficamente cómo el infinito Dios pudo asumir la carne finita.

Pero el Espíritu de Dios hace clara y simple la respuesta para todos los que confían en su Palabra. Dios resuelve el misterio de su presencia tomando la iniciativa. En amor, él envió a su Hijo a nuestro mundo. Jesús el Mesías vino del Padre (Juan 3:16; 1:18). La fe siempre tiene un objeto al que aferrarse. Jesús es el objeto de nuestra fe. En él podemos ver al Creador de todas las cosas visiblemente y escuchar su Palabra audiblemente (Marcos 9:7). El Hijo del Hombre actúa en nuestras calles y nos habla sobre el reino de Dios (Juan 1:1-3,14; 10:30; Hechos 1:3).

Misterio de misterios, Dios mismo entró a su creación, asumió la forma humana, y personalmente se unió con nosotros de una forma milagrosa (Juan 15:1-8). En su persona, Jesús, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, unió el cielo y la tierra. El Dios infinito apareció en nuestra tierra finita, el Dios real en nuestro mundo real. Jesús es la respuesta de Dios a todas las preguntas sobre el amor de Dios y su presencia misericordiosa (Juan 14:8-14). Solamente él cierra la brecha entre la tierra y el cielo. Solamente él abre de nuevo la puerta a la vida que una vez fue cerrada de un portazo cuando Satanás cuestionó la Palabra de Dios y nosotros le creímos en vez de creerle a Dios (Juan 1:51; Génesis 2:9; 3:22). Sólo podemos adorar al niño que está en el regazo de María (Lucas 2:33-35).

Ahora no se necesita más especulación, ni más debates vanos sobre la realidad y el fenómeno de las sombras, ningún

universo de dos pisos, ningunas brechas que la gente pecaminosa tenga que cerrar. Jesús personifica todo lo que es real arriba en el cielo y abajo en la tierra (Colosenses 2:17). A la pregunta de todas las épocas: ¿Por qué Dios se convirtió en hombre?, Dios da una respuesta simple pero dinámica (Juan 3:16; Romanos 1:16). El Hijo único y unigénito de Dios vino a la tierra para quitar el velo del pecado que nos ciega a la presencia de Dios (Juan 1:18). Dios entró a su mundo, al que él creó, para redimirnos de la cautividad de la maldad (Efesios 1:7; Mateo 6:13; Salmo 68:18). Dios murió para que nunca muriéramos otra vez y que no viviéramos apartados de la fuente de vida para siempre (Hebreos 10:19-22). Jesús es la Palabra de Dios para nosotros y por nosotros. Él es la Palabra en la Palabra que está registrada en las Santas Escrituras y nos ha hablado en el santo evangelio (Juan 1:1,16-18).

El misterio de la verdadera presencia de Dios en su Santa Cena, por lo tanto, yace en Cristo. No se necesita ningún otro constructor de puentes. El único que unió el cielo y la tierra en su persona nos da el gozo de comer en la gran cena del Cordero (Colosenses 2:9,10). Conocer a Jesús es conocer a Dios (Juan 10:30; 14:11). Conocer a Dios es amarlo (1 Juan 4:19). Amar a Dios es entrar en su presencia sin miedo (Salmo 24:3-5). Estar ante Dios es cantar fuertemente la canción nupcial de la iglesia sobre la tierra, una canción que resuena en el cielo: “¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!” (Apocalipsis 7:10). “Santo es su nombre” (Lucas 1:49; Isaías 6:3). En la Santa Cena, el novio lleva a su novia a la presencia de Dios mismo con gratitud (Apocalipsis 21:9,10; 5:13,14). En la gran cena del Cordero estamos ante él con gozo.

La presencia de Cristo en la tierra

Jesús nuestro Redentor, por lo tanto, nunca pierde su humanidad, bien esté arriba en el cielo o abajo en la tierra.

Solamente para nuestro perjuicio dividimos a Cristo en dos y pensamos en un Cristo divino y en un Cristo humano. Solamente para nuestra confusión separamos físicamente el mundo de la naturaleza del mundo espiritual, como lo hacen los filósofos. Jesús une el cielo y la tierra en su persona por una razón simple y particular. Él reclama la supremacía sobre todas las cosas en el cielo y en la tierra y reconcilia los dos ante Dios (Colosenses 1:18). Este es el santo evangelio en pocas palabras.

Para nosotros, Pablo expresa la gloriosa afirmación de misión y visión de Dios en palabras simples y alentadoras. Él proclama todo el consejo de Dios y despliega el misterio de Dios en acción en la tierra de la forma más personal y universal (Colosenses 1:15-23). La afirmación de la misión de Dios se centra en Cristo. Él es la cabeza de todas las cosas. Cualquiera que usurpe el papel de Cristo como la cabeza de la iglesia por derecho divino desafía la supremacía de Jesús como el Redentor y reconciliador del mundo (2 Tesalonicenses 2:3,4). El apóstol se toma el trabajo de explicar la importancia de la obra de Cristo para todos los que confían en palabras vacías y engañosas y no en la Palabra de Dios. Y él a propósito pone el misterio de la obra de Cristo en perspectiva histórica (Colosenses 2:8).

En una descripción sin paralelos de la magnífica visión de Dios para el mundo, Pablo revela cómo Jesús une el cielo y la tierra en su persona, primero que todo, para los buenos propósitos de Dios. Él pone especial énfasis en las cosas de la creación como una forma de describir nuestro mundo. De esta manera llegamos a temer, amar y confiar en Dios sobre todas las cosas, en el Creador que está por sobre su creación:

Porque en [Cristo] fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él (Colosenses 1:16,17).

Pero la visión magnífica de Dios continúa de forma única. La creación de Dios simultáneamente se cruza con la iglesia de Dios. Jesús también es cabeza de la iglesia. Y él une a la iglesia en su persona, llamando a la iglesia su cuerpo, para glorificar los fines misericordiosos de Dios. De esta forma la buena voluntad de Dios y su voluntad misericordiosa se unen para mostrar su amor por nosotros. En el centro de todo está la sangre de Jesús, derramada en la cruz:

[Cristo] es también la cabeza del cuerpo que es la iglesia, y es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia, porque al Padre agradó que en él habitara toda la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz (Colosenses 1:18-20).

¡La verdad ha salido a la luz! En Cristo Jesús las preguntas con respecto a lo que es real son respondidas con la claridad del cristal. Jesús revela al verdadero Dios en nuestro mundo real (Juan 14:9-11). Como la “imagen del Dios invisible”, el hijo de María es el primogénito sobre toda la creación (Colosenses 1:15). Él es una persona, no dos. Su humanidad comparte la obra de su ser divino. Si el divino Cristo por su naturaleza como Dios está en todas partes, él siempre está ahí como el crucificado manchado de sangre.

La propia sangre de Dios nos redime, como señala el apóstol con palabras medidas (Hechos 20:28). Dios quiere que sepamos que él tiene sangre, pero solamente porque Dios se convirtió en hombre, solamente porque el Hijo de Dios asumió una forma de siervo, solamente porque él es realmente tan humano como nosotros, solamente porque la sangre da origen a la vida ante los ojos de Dios, como demostró cada cordero pascual (Levítico 17:11; Romanos 3:25). De esta verdad todas las Escrituras dan testimonio, de la promesa

original escuchada por Adán y Abraham hasta la Pascua y la Santa Cena (Hechos 20:28).

Presencia de Cristo en la Santa Cena

El misterio de Dios continúa a través del tiempo hasta la eternidad. El crucificado que caminó por la tierra también resucitó, dejó la tierra y ascendió al cielo (Juan 7:33,34). El Hijo exaltado no desechó su humanidad cuando entró al cielo (Apocalipsis 5:6-10). El Cordero que fue sacrificado todavía vive como el Cordero que fue inmolado por nosotros. Exaltado en lo alto, Jesús vive y gobierna a la diestra de Dios en una posición de juicio (Salmo 110:1; Mateo 26:64; Hebreos 1:3). El ascendido Señor lleva a cabo el reinado de su Padre en ambos lugares: cielo y tierra (1 Corintios 15:25-28). Él prometió que nunca nos dejaría sobre la tierra sin su presencia (Mateo 28:20; Juan 14:18). Y él personalmente viene a nosotros los terrícolas como quiere (1 Corintios 15:25-27), su presencia escondida tanto en cuidado providencial como en perdón misericordioso.

Dondequiera que se ponga la mesa del Señor, por lo tanto, está nuestro Señor. Su naturaleza humana comparte completamente la obra de su ser divino (Salmo 139:7-10; Jeremías 23:24). Su comida es nuestra para que la disfrutemos. El mensaje que Dios nos da es: “Esto es mi cuerpo... por muchos para el perdón de los pecados”. Es el mensaje del amor de Dios por nosotros en Cristo, proclamado abiertamente al mundo y sellado personalmente con su presencia en su cena bajo la forma ordenada de pan y vino. Allí, por invitación, él íntimamente nos lleva a su lado (Juan 1:18). Allí, en su presencia, Dios revela el secreto sagrado revelado en la cruz, el misterio de cómo Jesús reconcilia a Dios y al mundo.

La presencia real de Cristo crucificado

Como el verdadero Dios santo y justo, él no pasa por alto nuestros pecados. No podemos ser reconciliados sólo porque “estamos arrepentidos” por mofarnos de Dios llevando vidas egoístas y sin santidad. La reconciliación no viene simplemente porque Dios cambie de idea o porque nosotros cambiemos nuestras actitudes (Malaquías 3:6; Santiago 1:16-18; Efesios 2:3-5). El abismo entre Dios y nosotros es demasiado profundo para que la reconciliación sea un simple acto de “darse un beso y hacer las paces” como pasa entre los humanos (Salmo 130).

La reconciliación entre Dios y la humanidad solamente viene por medio de un tercero quien, como es el caso, interviene y asume nuestra causa. La reconciliación sigue siendo un acto del amor de Dios, un acto del único que envió a su Hijo para que fuera nuestro intermediario (Job 19:25). El Hijo de Dios actúa para deshacer el divorcio fatídico que separa al Dios de arriba y a los pecadores de abajo. Somos reconciliados con Dios solamente por medio de Cristo. Solamente en la muerte redentora de Cristo somos perdonados y empieza nuestra vida con una actitud nueva hacia Dios, hacia el mundo, hacia nuestro prójimo, y hacia toda la creación (2 Corintios 5:19).

El único que une el cielo con la tierra ha actuado con una misión claramente enfocada. En resumen, la afirmación de la misión de Dios es la siguiente: Dios “ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él. Pero es necesario que permanezcáis fundados y firmes en la fe, sin moveros de la esperanza del evangelio” (Colosenses 1:22,23). El Sacramento del Altar afirma nuestra fe y promete la fidelidad de Dios hacia nosotros. Trae a Cristo a nosotros por el compromiso especial del Señor. “Tomad y comed”, dice Jesús mientras nos extiende el pan reservado en acción de

gracias por la bondad amorosa de Dios. “Esto es mi cuerpo... por muchos para el perdón de los pecados”.

A la luz de la acción de Dios, imaginar que el Señor del cielo extiende su cuerpo físicamente a cualquier lugar de la tierra claramente es un equívoco. Cuando comemos la Santa Cena, los cristianos no somos caníbales, como algunos argumentan equivocadamente. Nuestro resucitado Señor está presente corporalmente porque él es una persona con una naturaleza humana y una naturaleza divina que están unidas inseparablemente. Después de que Jesús resucitó de la muerte, él no se despojó súbitamente de su cuerpo como la mariposa desecha su capullo. Su cuerpo glorificado ahora comparte completa y continuamente su majestad como Dios. Debido a que Dios por su naturaleza está en todas partes, el Cordero que fue inmolado por nosotros está en todas partes. Dondequiera que el ascendido Señor quiera estar, él rompe los límites del tiempo y el espacio. Si Dios quiere estar presente corporalmente bajo la forma de pan, así será. El cuerpo resucitado de Jesús está ahí para nosotros.

¿Cómo comunicó esto Jesús? Jesús expresó su santa voluntad para nosotros en su última cena antes de la muerte. En la celebración de la Pascua, él anticipó su presencia continua después de la muerte. En este importante festival, él le dio gracias a Dios, extendió una copa, y ofreció a sus seguidores un nuevo pacto garantizado por Palabra y obra: “Esto es mi sangre del nuevo pacto”, dijo, “que por muchos es derramada para perdón de pecados” (Mateo 26:28). Allí en la mesa, el Señor de toda la creación deseó estar presente con nosotros desde ese tiempo en adelante, oculto en los elementos del pan y el vino. Y ahora él hace conocer su voluntad en la comida que vemos y comemos. “Esto es mi cuerpo... mi sangre”, dice él en palabras directas de promesa. Y su Palabra es verdad (Juan 8:31,32; 14:6).

A la larga, la lección del pueblo de Cristo es simplemente

esta: Por el bien de la enseñanza podemos distinguir la naturaleza divina de nuestro Salvador de su naturaleza humana como lo hacen las Escrituras (Marcos 1:11; 2:28). Jesús es Hijo de Dios e Hijo del Hombre. Pero no osemos dividir a Cristo en dos y hacer dos Cristos, uno divino y uno humano, como si los dos simplemente tuvieran el nombre en común. Ese enfoque científico deshace el misterio del amor de Dios en Cristo.

Igualmente dañino para la obra de Cristo es mezclar las naturalezas divina y humana de Jesús en una sola sin distinguir la una de la otra. Los cristianos primitivos expresamente reconocieron que los seres humanos tienen características limitadas pero que Dios tiene ilimitadas. Si mezclamos las dos en Jesús, entonces la divinidad ilimitada de Jesús sofocaría las limitaciones de su humanidad. Entonces la vida terrenal de Jesús significaría que Dios estaba simplemente representando un papel, y la muerte de Jesús por nuestros pecados se convertiría en un acto de un superhombre, con las consecuencias negativas para la fe y la vida.

Entonces, como resultado, la pasión de Jesús ya no sería la obra de una persona completamente humana que llevó nuestras debilidades aún no teniendo pecado. La cruz de Jesús ya no sería el acto sacrificial real del Siervo Sufriente. Como consecuencia, nuestra redención estaría en juego. Todo esto a pesar del claro testimonio de Cristo del profeta: “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en sufrimiento... Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡pero nosotros lo tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios! Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados... y por sus llagas fuimos nosotros curados” (Isaías 53:3-5).

Al fin y al cabo, es la carne humana de Jesús lo que es el escollo para la fe. Que este ser humano sea Dios hace que la

fe naufrague (Juan 6:57,58,66). Que este hombre sea Dios era una blasfemia descarada para las autoridades judías y todavía sigue siendo intolerable para nuestros sentidos humanos y nuestras sensibilidades humanas (Lucas 22:66-71). Mirar a este ser humano de quien se burlan en la cruz, que es objeto de culpa y debilidad, y decir: “Esta persona es nuestro Dios”, es un problema insalvable por una razón básica: por naturaleza todos somos anticristos (1 Juan 4:1-3). Solamente la persona que “confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios” (1 Juan 4:2).

¿Cómo, entonces, Jesús quiere que entendamos su presencia tanto en el cielo como en la tierra? La iglesia de los apóstoles respondió con un himno histórico a Cristo. Este himno centrado en Cristo muestra cómo Dios emprendió la acción para moldearnos a su manera de pensamiento (Filipenses 2:5). La canción describe la obra de Cristo en dos etapas. La primera etapa resalta la vida de Cristo sobre la tierra. La segunda etapa celebra el reinado de Cristo en el cielo. La primera estrofa canta sobre Cristo, nuestro Redentor, en humillación. La segunda aclama a Jesús, nuestro Señor, en exaltación. Esta gloriosa letanía describe el lapso de la misión de Cristo desde la eternidad hasta la eternidad (Filipenses 2:6-11). Incluso sin una melodía para seguir, podemos cantar la biografía del Señor Jesús en nuestros corazones con una lectura lenta y cuidadosa de las siguientes palabras descriptivas:

Él, siendo en forma de Dios,
 no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,
 sino que se despojó a sí mismo,
 tomó la forma de siervo
 y se hizo semejante a los hombres.
 Mas aún, hallándose en la condición de hombre,
 se humilló a sí mismo,
 haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas
y le dio un nombre que es sobre todo nombre,
para que en el nombre de Jesús [su nombre humano] se doble toda
rodilla
de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra;
y toda lengua confiese que
Jesucristo es el Señor,
para gloria de Dios Padre.

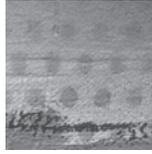
Así se revela el misterio de nuestro Salvador y Señor, Jesús el Cristo. Sobre la tierra el Señor se despojó de su divinidad, escondió su divinidad bajo la forma de un siervo y asumió nuestra carne y sangre. Él se identificó con nuestra situación difícil, fue tentado realmente como lo somos nosotros, y realmente murió como nosotros. Las muestras ocasionales de su poder divino sobre la tierra en milagros y epifanías no tenían la intención de causar estupefacción. Estas mostraban su autoridad sobre la vida, indicaban que él nos cuida y probaban su amor Salvador por toda la humanidad (Marcos 2:10-12). Nosotros cantamos el misterio del amor de Dios aunque no podemos entenderlo. Creemos en Cristo, pero no podemos comprenderlo.

El legado de amor de Cristo

Después de su victoria en la batalla por la vida, el Cordero de Dios quiso dejar su legado de amor bajo la forma de un sacramento sagrado. Él no dio explicaciones largas sobre cómo su cuerpo y sangre sirven a la iglesia. Él solamente nos dio una respuesta personal. Él nos ofreció una comunión de pan y vino junto con su cuerpo y sangre para unirnos con él mismo, la cabeza con el cuerpo, y para fortalecer nuestra fe en él (1 Corintios 10:15,16). La iglesia, por lo tanto, usa la Santa Cena correctamente para el propósito de confirmar y fortalecer la fe.

La vida de Jesús sobre la tierra es testimonio suficiente de la verdad de este don celestial. Debido a que Jesús es quien es, nosotros vamos con valentía a celebrar la gran cena del Cordero. En la mesa, recibimos a Cristo exactamente como promete nuestro anfitrión: “Tomad, comed. Esto es mi cuerpo... por muchos para el perdón de los pecados”. El pan, visible para el ojo y real para el gusto, es una marca para que todos vean la iglesia de Cristo. Más que un signo, el cuerpo de Cristo sella nuestro perdón ante Dios.

No importa cuándo o dónde vayamos a la presencia de Dios y recibamos la gracia en su cena, podemos irnos en paz, libres de culpa, perdonados y libres para servir. Nosotros vivimos cada momento de nuestra vida terrenal en íntima unión con el único que nos libera, y como una novia indigna se regocija en su amoroso novio (Efesios 5:22-32). En acción de gracias ahora estamos en libertad de servir a Dios con cánticos de adoración y alabanza. Perdonados, estamos dispuestos a entregarnos completamente a otros con toda una nueva actitud en la vida (Gálatas 5:1-6). Tal fe nos energiza (Santiago 2:14-17). Nuestros hechos serviciales de amor y caridad en la iglesia y en la sociedad le dan alabanza y honor a Dios por su maravilloso don (Efesios 2:8-10; Mateo 5:16).



5

Celebrando la Santa Cena

El Señor Jesús a propósito organizó una cena festiva que extendería el tiempo y espacio pasado hasta la eternidad. Cada vez que comemos la gran cena del Cordero, él enfoca nuestras vidas en el magnífico objetivo de Dios, el de “reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra” (Efesios 1:10). La unidad que tienen los cristianos a través del tiempo y la eternidad se encuentra solamente en Cristo y en su cena. Comer en la mesa del Señor aquí es un anticipo de la cena celestial que disfrutaremos allá, donde los santos ya están reunidos ante la presencia de Dios (Lucas 22:29,30; Isaías 25:6; Hebreos 12:1,2). Volver al Edén ahora para comer del árbol de la vida simplemente precede la entrada al paraíso para celebrar la vida con Dios eternamente (Apocalipsis 7:15-17; 2:7; 22:14,19).

En anticipación de la gloria futura, Cristo se presentó a sí mismo en una mesa festiva con pan y vino. Para un momento como este, Cristo viene a nosotros bajo la cubierta de este

alimento terrenal. Él intencionalmente se dignó a venir de manera humilde, el Dios escondido en forma escondida. Él anticipa el día en que el velo se quite de su rostro radiante y la venda deje de bloquear nuestra visión de él (Isaías 25:7,8; Mateo 17:2; 1 Corintios 13:12). Ese día toda la creación verá al Señor cara a cara como un Rey misericordioso y juez justo (Filipenses 2:9-11; Mateo 25:31-46). Una de las bendiciones que espera al pueblo de Dios, de acuerdo con el Apocalipsis, viene en términos de banquete: “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero” (Apocalipsis 19:9).

Las convocatorias misericordiosas de Dios

Como una medida de la misión de Dios, Jesús extendió una invitación mundial a toda tribu y pueblo. Él comisionó y sigue comisionando a sus seguidores a divulgar la Palabra de vida a todas las naciones, a reunir a los creyentes por el bautismo y a nutrir la fe por medio de la instrucción (Mateo 28:16-20; Juan 3:16). La invitación simplemente dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28; Éxodo 33:14; Deuteronomio 12:10). El descanso de Cristo es único sobre la tierra. Vivir con Cristo significa morir al pecado y apartar nuestra vieja manera de vivir. Él promete una forma de vida libre del pecado, en paz en espíritu y en unidad con Dios. Esta promesa es para todos a quienes llama el Señor Dios (Hechos 2:36-41).

Con entendible cautela, por lo tanto, Jesús advierte a la gente que no tome a la ligera su invitación (Marcos 2:15-17). El hecho de que él nos quiera alcanzar es pura y simplemente un asunto de gracia (Mateo 22:1-14). Rechazar a Jesús como el pan vivo del cielo que sostiene la vida es rechazar al mismo Dios (Juan 6:25-66; 8:42-47). Sin embargo, a pesar de la advertencia, la gente orgullosa considera la promesa de Jesús como tontería y su Palabra necedad (1 Corintios 1:20-25).

Ellos continúan regodeándose en una forma de vivir caprichosa como cerdos o hacen ostentación de su propia bondad ante Dios como pavos reales (Gálatas 5:19-21; Lucas 18:9-14). Al final, para su pena, ambos eluden la invitación abierta del Salvador a venir a él por descanso (Lucas 19:7-9; 1 Corintios 11:27-29).

Una invitación especial

Las advertencias contra rechazar el misericordioso llamado de Dios se vuelven doblemente vigorosas para aquellos que celebran la Santa Cena (Hebreos 3:7-11). En la gran cena del Cordero, nuestro Señor hace su invitación específica y especial. La mesa es puesta solamente para los creyentes. El Señor reserva este misterio divino para los fieles y cierra la mesa de la Comunión a los impíos e incrédulos porque en su cena Jesús ofrece comida, no para revitalizar la fuerza del cuerpo sino para energizar y fortalecer la fe. Él arregla la mesa del banquete para los que abierta o privadamente confiesan su pecado y van a él en necesidad del favor y el perdón de Dios (Lucas 5:5-8; Isaías 6:1-5). Es precisamente por eso que Jesús cita a los mendigos a una comida digna de un rey y considera su humildad e indignidad.

Muchos cristianos pueden malinterpretar la invitación a la Santa Cena en este relato. Dudamos en ir a la mesa del Señor porque sentimos que no somos lo suficientemente buenos para asistir. En una confusión egocéntrica, nosotros medimos nuestra dignidad con respecto a otros “buenos” cristianos. Sin embargo, Jesús no mide las cualidades para asistir por carácter o comparación. Con base en esto nadie sería suficientemente bueno para ir a la presencia del santo Dios, ni mucho menos para cenar con él (Salmo 24:4). El profeta de Dios notablemente nos recuerda que “todos nosotros somos como cosa impura, todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (Isaías 64:6).

A la pregunta de quien entonces es digno de ir a la Santa Cena, la respuesta es simple. Solamente Cristo es nuestra dignidad (Apocalipsis 5:12-14). Solamente Cristo hace a los abatidos aptos para estar en la presencia de Dios. Solamente él llena los corazones vacíos con su presencia perdurable y envía fuera a los orgullosos (Lucas 1:46-55). No tenemos que ganar nuestro lugar en la fila del banquete. Jesús no exige que nos merezcamos su comida. Como víctimas de desastres naturales, víctimas del mal van a Dios tal como son, sin preocupación sobre su propia imagen o su propia dignidad. En la mesa somos pecadores en las manos de un Dios misericordioso que conoce nuestras necesidades.

La necesidad del descanso en Dios es evidente por nuestra mala conducta diaria (Hebreos 3:12-15). Las infracciones obvias no son la menor de las miserias que turban las conciencias y afectan nuestro andar diario a través de la vida (Gálatas 5:19-21). La desobediencia, el asesinato, la inmoralidad sexual, el robo, la mentira, el engaño, el desprecio a otros, el odio, el fraude y la codicia ¡quién puede medirlos todos!, son actos con los que se trata en los tribunales civiles al igual que en la corte de la justicia de Dios (la Ley Éxodo 20:12-17). La libertad humana y los derechos humanos no nos dan licencia de vivir como queramos ni de actuar ignorando a Dios y a nuestro prójimo. Esos caminos inmorales son manifiestos en las noticias diarias en los medios. Persistir en un estilo de vida libertino nos excluye de la vida con Dios y nos priva de un asiento en la mesa de la fiesta.

Sin embargo, los pecados sutiles también llegan al cielo. No simplemente lo que hacemos, sino lo que no hacemos por otros nos condena ante Dios (Mateo 25:41-46). Los jueces humanos condenan a las personas por ser infractores de la ley, no por ser pecadores. Pero Dios es un juez divino que condena a la gente por el pecado. En la corte de Dios, la ley real de

amor exige una perfección que no tenemos por naturaleza (Santiago 1:19-2:17). Por esta razón los moralistas y los legalistas constantemente hacen el intento vano de guardar la ley de amor a la perfección (Santiago 2:10-12; Romanos 7:23-25; Gálatas 2:17-21).

La raíz del problema es que nuestros seres pecaminosos carecen del verdadero temor y fe en Dios desde el nacimiento (Salmo 51:5; Romanos 3:10-18). Por lo tanto, en el primer lugar de la lista de actos y actitudes pecaminosas está nuestra despreocupación por el mismo Dios (Éxodo 20:3-11). El caso de Dios contra nosotros es sólido como una roca, y nosotros merecemos una vida lejos de él para siempre en castigo eterno (Mateo 25:41-46). Como abiertamente confesó a Dios un experimentado cristiano: “¡Tú nos has creado para ti mismo, y nuestros corazones no pueden ser calmados hasta que encuentren descanso en ti!”

Desde las profundidades de la desesperación, por lo tanto, buscamos a Dios para que nos ayude (Salmo 130:1-4; 51:1-4; Romanos 7:22-25; 8:26,27). Dios oye nuestro clamor y confirma su promesa de una nueva vida en Cristo (Génesis 1:27,28; 2:7; 3:15). El Espíritu de Dios renueva nuestras actitudes hacia Dios y cambia nuestras vidas en la forma más extraña. Él constante e inflexiblemente usa su ley divina para matar nuestros seres pecaminosos con el fin de darnos vida en Cristo a través de su evangelio (Romanos 7:9-12; 8:1-4). La muerte es necesaria para la vida, como demuestra la muerte de Jesús en nuestro lugar. El cambio de cautividad de la ley del pecado a la nueva forma de vida en Dios no es un logro nuestro (Romanos capítulos 6-8). El Espíritu de Dios obra un cambio en nuestros corazones por medio de su Palabra santa y poderosa (Hechos 2:36-39). Sin Cristo, el arrepentimiento lleva solamente a la desesperanza (Mateo 27:3-5; 2 Corintios 7:10). Con Cristo, es la puerta estrecha a la vida con Dios (Mateo 7:14; Hechos 2:36-39).

Las llaves de la puerta del festival

El camino hacia Dios no está pavimentado con simple dolor por las fechorías ni incluso con terrores de conciencia. El remordimiento autoinducido es, en el mejor de los casos, parcial o fragmentado. Como dolor por las fechorías presentes, no puede cubrir todas las bases ni ir a la raíz del problema. Pero el verdadero arrepentimiento es una pena piadosa por el pecado y fe en la misericordia de Dios (Lucas 24:47; Isaías 30:15; 2 Corintios 7:10). Debido a que el verdadero arrepentimiento tiene sus raíces y está basado en Cristo y su obra redentora, éste cubre nuestra vida entera y es tan cierto como la muerte de Cristo por los pecados del mundo. En el dolor pío no tenemos que recordar todos y cada uno de los pecados, sopesando, distinguiendo y diferenciando uno del otro. Esto vuelve la confesión una tortura. Es suficiente confesar que somos totalmente pecadores desde el nacimiento y admitir que pecamos contra Dios en pensamientos, palabras y obras como se refleja en la ley de Dios (Salmo 51:1-5). De esta forma confesamos todos los pecados sin omitir ni olvidar ni uno solo (Salmo 19:12).

De esta forma, la pena por el pecado y la fe en Dios abarcan nuestras vidas enteras de forma constante y sistemática, bien estemos despertándonos o yéndonos a dormir, y continúa hasta que morimos. De esta manera tenemos toda una nueva perspectiva ante Dios, hacia la vida, hacia el mundo y hacia nuestro prójimo. Como resultado ya no vivimos solamente para nosotros sino en Cristo y para nuestro prójimo (Colosenses 3:1-3,12-14). Vivimos en Cristo por fe y para nuestro prójimo por amor. Solamente Dios obra esta nueva forma de vida en nuestras vidas a través de su Palabra y sacramento.

En términos simples, Dios viene a nuestro rescate. Su fortaleza se hace perfecta en nuestra debilidad (2 Corintios 12:9,10). El todopoderoso Dios nos invita a su presencia y nos

llama al arrepentimiento (Hechos 2:38,39; Génesis 17:1,2; Juan 15:26). El arrepentimiento (meta-noia) básicamente está centrado en Dios. Dios busca producir un cambio muy importante en nosotros, un cambio en la dirección de nuestra vida, un cambio en el estilo de vida, un cambio (meta) de pensamiento y actitud (nous), una nueva vida de fe. Dios es el hacedor activo y nosotros somos los receptores indignos de su Palabra y obra.

A través de su ley Dios constantemente nos concientiza de nuestros defectos pecaminosos (Romanos 3:23). Por medio de su evangelio, él sistemáticamente crea toda una nueva perspectiva y fortalece nuestra fe en él (Romanos 8:1-11; 1 Corintios 2:12-16). Por esta razón Dios usa la Santa Cena como un poderoso medio visual y terrenal para fortalecer el vínculo de la fe. El Señor de la cena a propósito convoca a los abatidos a comer pan y vino de su mesa. Él quiere llenar a los hambrientos con dones, darnos el consuelo de su presencia, y bendecirnos con su perdón y descanso.

La invitación a la Santa Cena, por lo tanto, incluye a todos los que confían en Jesús cuando dice: “Esto es mi cuerpo... por muchos por el perdón de los pecados”. Con manos extendidas, bocas abiertas, y corazones arrepentidos, los que celebran el banquete reciben la Palabra de Vida como una herencia de Dios. En su nombre, Jesús nos absuelve de toda nuestra culpa y a través de su sangre nos libera de la esclavitud del pecado, de la ley y de la muerte (Romanos capítulos 6-8). Solamente la misericordia y la compasión de Dios hacen que nuestros corazones se llenen de gozo y evitan que tomemos a la ligera la invitación del Señor y su comida. Pero la advertencia contra la hipocresía en la mesa sigue vigente por una buena razón. Dios nos da una tarjeta de advertencia para que no pequemos contra el cuerpo y sangre del Señor en ignorancia o la comamos con indiferencia desenfadada, ya que así el hecho de tomar parte de esta

comida no sería para nuestro gozo sino para nuestro juicio (1 Corintios 11:27-29).

Incluso antes de su ascensión, Jesús tomó medidas para proteger la puerta de la fiesta tan seguramente como salvaguardó la puerta al paraíso en el Edén (Lucas 13:23-30; 13:34; Génesis 3:21-24). Anticipando su muerte, Jesús le dio a sus seguidores llaves para el reino de los cielos y puso en sus manos el pasaporte al paraíso (Mateo 16:19; Juan 20:23). Él le pide a sus seguidores que hagan conocer esta simple verdad: La puerta a la vida con Dios está abierta para el penitente y el abatido, pero está cerrada para los que lo desprecian y dudan.

Esta acción clave tiene la intención especialmente de consolar a los pecadores ansiosos pero, al mismo tiempo, hace una advertencia de no persistir en el pecado ni en la incredulidad. Cerrar la puerta del banquete a personas manifiestamente impenitentes no es el acto carente de amor que parece ser. Cerrar la puerta con seguro es tanto una llamada crítica al arrepentimiento como lo es dejar abierta la puerta (Mateo 18:15-20; Hebreos 3:12-15). Cerrar la puerta para celebrar la comunión con Dios es un recordatorio severo para que se abandone la forma de vida impía y se vuelva a Dios en sincero dolor (1 Corintios 5:1-5). El mismo juego de llaves que cierra la puerta del lugar del banquete de Dios también la abre otra vez para todos los que confíen en su misericordia y perdón.

La preocupación del Señor por nuestro bienestar es la razón principal por la cual todos los que vienen a la mesa tienen que saber y entender lo que está pasando en la cena (1 Corintios 11:27-29). La gran cena del Cordero no es simplemente un fenómeno sociológico, ni un encuentro religioso, ni un amistoso apretón de manos entre pueblos, ni una fiesta espiritual donde todos llevan algo como contribución. Tan atractiva como parece en apariencia semejante interacción

social, ésta hace un corto circuito en la obra de Cristo. Los caminos de Dios no son nuestros caminos (Isaías 55:6-8). La vida con Dios es vida de Dios. Fundada en Cristo, la fe prueba ser cierta por obras de amor y caridad cuando interactuamos diariamente en nuestra comunidad y en nuestro país.

Para entender los caminos de Dios, tenemos un claro ejemplo en Abraham, el padre de los creyentes (Gálatas 3:6-9). Este nómada arameo, patriarca de los judíos y padre de los árabes, es un maestro de primaria de la fe cristiana (Génesis 12:1-5). Su biografía responde con claridad sin igual a las preguntas de todas las épocas: ¿Cuál es nuestro estado ante Dios? ¿Nos ganamos el favor de Dios como una recompensa por servicios prestados? ¿O sólo podemos presentarnos ante Dios por fe en lo que él ha hecho por nosotros (Romanos 4:1-13)?

El modelo de recompensa por servicios es fundamental para las relaciones humanas en nuestro mundo. Obtenemos una recompensa a cambio de lo que hacemos. Los trabajadores reciben su salario como obligación, no como regalo; lo ganan. ¿Este mismo ideal se aplica a Dios? ¿Él nos debe algo a causa de lo que nosotros hemos hecho por él? La vida de Abraham, el padre de los creyentes, nos dice otra cosa (Gálatas 3:1-9). Dios dirigió su vida con promesas. Él prometió que este nómada poseería una nueva tierra y que esta pareja sin hijos tendría una gran familia ya que de la tierra y linaje de Abraham iba a venir un descendiente el cual iba a ser una bendición especial y el Salvador del mundo (Génesis 15:1-21).

Y Abraham le creyó a Dios, ¡sin ver! Él siguió la Palabra de Dios, dejó atrás familia y amigos, se estableció en una tierra extraña designada por Dios, y esperó la instrucción de Dios. La esperanza de Abraham por el futuro yacía solamente en una cosa: la promesa de Dios (Hebreos 11:1,8-19). En consecuencia, las Escrituras repetidamente registran que

“Abram creyó a Jehová y le fue contado por justicia” (Génesis 15:6; Romanos 4:3; Gálatas 3:6; Santiago 2:23). Como me dijo una vez una señora: “Es muy claro y simple. ¿Por qué no había oído sobre esto antes?”

Acercándose a la mesa del Señor

¿Cómo entonces podemos presentarnos ante Dios y acercarnos a la mesa del Señor? La respuesta en pocas palabras se encuentra en Jesús, el descendiente directo de Abraham, hijo de María, descendiente del linaje del rey David, Mesías de los judíos y Salvador de la humanidad. Él es el Cordero de Dios, prefigurado en los sacrificios de Israel y profetizado en las promesas patriarcales (Deuteronomio 18:15; 2 Samuel 7:11-16; Isaías 7:13,14; Juan 1:29-34). La respuesta de Dios a la muy importante pregunta de la vida se revela abiertamente en Jesús. El Hijo más grande de Abraham es el Hijo prometido de Dios cuya misión hacia la humanidad tuvo su punto culminante en la cruz (Filipenses 2:6-8).

La cruz es el juicio de Dios sobre el mundo. Con la muerte de su Hijo en la cruz, Dios el Padre pronunció sentencia sobre la vida pecaminosa con absoluta finalidad (Juan 19:30). Él puso en Jesús los pecados del mundo (Isaías 53:6; Lucas 22:39-44). En el altar de la cruz, el Cordero sacrificial de Dios acabó con el reinado del pecado y de la muerte para siempre. En la muerte de Jesús, la santidad y la justicia de Dios se encontraron en un milagro de divina misericordia.

No es raro que Pablo estuviera determinado a predicar nada más que “a Jesucristo, y a este crucificado” (1 Corintios 2:2). La crucifixión de Jesús le quita la cerradura a nuestro entendimiento de la Palabra de Dios y explica nuestra invitación al Sacramento. La cruz revela dos cosas simultáneamente: la ira de Dios por el pecado y su amor por nosotros los pecadores. La proclamación de la muerte de Cristo es un ferviente anuncio tanto de la ira justa de Dios

como de su amor perdonador. En la crucifixión, la ley de Dios y el evangelio se abrazan en un acto de reconciliación divina y nos ponen de rodillas en fe y esperanza. El Cordero que murió en la cruz es nuestro Salvador (Apocalipsis 22:12-16; 1 Corintios 2:8-10).

Conocer a Dios, por lo tanto, es conocer cómo la ley y el evangelio resumen los caminos de Dios en perfecta armonía. Las dos enseñanzas revelan lo que podemos llamar las dos caras de Dios. La ley es la cara santa de Dios. Ésta frunce el ceño por todo lo que no es puro y perfecto ante sus ojos y exige una obediencia que no podemos lograr por nosotros mismos. La ley nos muestra nuestros pecados tan claramente como un espejo refleja nuestra imagen y revela cuán profunda es la brecha entre la forma de vida de Dios y la nuestra.

El evangelio es el rostro amoroso de Dios. Éste brilla sobre nosotros con perdón misericordioso (Números 6:24-26). En el evangelio Dios se inclina sobre nosotros en amor, toca nuestra vida y nos da lo que nosotros somos incapaces de lograr por naturaleza (Romanos 5:15-17). El evangelio consuela las conciencias sacudidas por las experiencias amargas de la vida y hace de la muerte un día de victoria (1 Corintios 15:50-57).

Ahora podemos mirar a la vida y a Dios y escuchar su Palabra en una forma enteramente diferente. La nueva forma es la escucha de la fe, una nueva obediencia a Dios que viene por la fe (Romanos 10:17-21; Gálatas 3:2). Con acción de gracias cantamos una nueva canción, tan fresca y nueva como el nuevo pacto de Dios. La canción del amor de Dios no es una canción triste. Es una canción de gratitud por la liberación y una valiente confianza para enfrentar el futuro (Apocalipsis 5:9,10; Éxodo 15:1-18; Salmo 96; 149). En vista de la misericordia de Dios, es nuestro turno para dar. Ahora ofrecemos nuestros cuerpos como sacrificios vivos, santos y agradables a Dios, y damos nuestra vida en obras de servicio a la iglesia y a la comunidad (Romanos 12:1-21). En efecto,

nos convertimos en “pequeños cristos” para nuestro prójimo, considerando en amor las debilidades de nuestro prójimo y ayudándolos en tiempos de necesidad. De esta manera otros llegan a saber cómo el amor de Dios y la obra de Cristo son las fuentes de nuestra fortaleza (Mateo 25:34-40). Igual que en el paraíso, nosotros reflejamos la imagen de Dios una vez más, nos acercamos a su mesa para comer del fruto del árbol de la vida, y celebramos nuestra vida con Dios.

Es triste decir que los que desprecian la Palabra y los caminos de Dios se excluyen a sí mismos de esta celebración gozosa. Como era de esperar, los adversarios de Dios dejan ver actitudes escondidas por actos y palabras externas. Sin embargo, ninguna medida de oposición puede negar el amor de Dios por nosotros. Ni la fe ni la incredulidad pueden nunca invalidar el amor de Dios por una razón primordial. Dios nunca cambia. Como Señor, él permanece firme en sus caminos soberanos (Santiago 1:16-18). Dios es amor. Nosotros no creamos a Dios ni a su naturaleza. Nosotros no mandamos el amor de Dios por su creación (1 Juan 4:7-10).

Pero por nuestra naturaleza nosotros podemos engañar. Aparentemente podemos profesar ser espirituales y religiosos. Sin embargo, sin el amor de Dios en Cristo, no somos nada más que fraudes piadosos, que externamente se deleitan en la espiritualidad pero que en nuestro fuero interno mimamos una fe muerta. Los hipócritas y los engañadores no pueden actuar en unión con Dios (Santiago 1:26,27; 1 Juan 4:1-6). Envueltos en la capa de justicia por obras, la gente espiritualmente egocéntrica prefiere jugar a ser Dios y hacer juicios sobre otras personas (Lucas 18:9-14). Semejantes entusiastas religiosos hacen ostentación de su vida ante Dios sin confesar su indignidad, sin que su corazón se impacte por la condenación de Dios de toda justicia por obras, sin invocar a Dios en busca de misericordia.

Conocemos bien la hipocresía. Su descripción nos queda

bien a todos por naturaleza y apunta a la necesidad de contrición y arrepentimiento diarios. La vida de fe no es una cosa fácil. Y nadie conoce la fortaleza de fe a menos de que sea probado (Mateo 4:1-11). Acercarse a la mesa de Dios mientras se persiste pacientemente en un estilo de vida de justicia por obras y sin santidad atrae el juicio de Dios sobre la vida. Dios nunca es neutro en sus juicios divinos. Él viene a salvar o a condenar. Dios envió a su Hijo para juzgar al mundo en justicia y en verdad. La preocupación de Cristo siempre es por nosotros (Juan 3:16-21). Pero aquellos que están contra él en incredulidad e impenitencia ya están autocondenados (Mateo 12:30-32).

Por una buena razón, por lo tanto, el Señor nos pide excluir de su mesa a aquellos que manifiestamente persisten en el pecado a pesar de las advertencias. Esta ferviente y amorosa acción es la forma de Dios de cuidarnos y es un llamado a toda una nueva actitud hacia él y su creación. Todos los que se excusen del banquete del Señor, que duden en confesar sus fechorías, o duden de las palabras de Jesús pierden la gran bendición que él anuncia: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo... Bebed... Esto es mi sangre... derramada por muchos para el perdón de los pecados”.

Unidos en Cristo

Ahora sabemos cuán extremadamente importante es reconocer los caminos de Dios en su Santa Palabra y Cena (1 Corintios 11:27-29). Entender los caminos de Dios siempre tiene que ver con la Palabra de Dios. Dios no trata con nosotros en lo abstracto. Él trata con nosotros en imágenes concretas, verosímiles, vívidas y expresivas. Él viene a nosotros visible e íntimamente en la persona de Jesucristo, quien es “la imagen del Dios invisible”. La misión de Jesús es restaurar a nosotros la imagen de Dios (Génesis 1:27; 5:3; Colosenses 1:15). Dios envió a Jesús para devolver la vida

que originalmente se perdió por medio de la ruptura pecaminosa de Adán con Dios. El gran avance a una nueva vida con Dios viene a través de Jesús como el segundo Adán (Romanos 5:15). Cuando Jesús se nos acerca, podemos contar a otros sobre él como lo hicieron deliberadamente y con emoción los primeros discípulos de Jesús: “Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés, en la Ley, y también los Profetas: a Jesús hijo de José, de Nazaret” (Juan 1:43-50).

Este simple testimonio de Jesús no usa imágenes abstractas sino históricas. Habla sobre una persona de la vida real. Trata con un misterio que ahora está completamente revelado en Jesucristo (Colosenses 1:26). Incluso hoy en día, como en los tiempos de antaño, cantamos las buenas nuevas de Jesús con las mismas imágenes claras del himno de la iglesia primitiva: “Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria” (1 Timoteo 3:16).

Nosotros recibimos los beneficios de Dios en las mismas imágenes que dio Pablo al explicar la Santa Cena a las congregaciones cristianas: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Corintios 10:16,17). Entonces los misterios de Dios tocan nuestra vida, y la imagen de Cristo da color a nuestra relación con Dios y de los unos con los otros. Para apreciar esta relación, volvemos al pasado.

Una unión mística

Desde el comienzo de la vida humana en el Edén, ninguna imagen proyecta nuestra unión con Dios de una forma más

escueta y natural que la imagen del nacimiento y el matrimonio. Una sola orden de Dios a nuestros padres originales señaló la generación de vida humana en la creación de Dios. A Adán y Eva, es decir, al Terrícola (Adán) y a la Vida (Eva), al hombre y a la mujer, al varón y a la hembra, a ambos seres humanos, Dios dio su Palabra creativa con una orden dinámica: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:28). Esta Palabra creativa de Dios tiene que ver con los comienzos de la vida y con su continuación, con el don de la vida terrenal y la intimidad del matrimonio, con el sexo y la familia.

Lo que Dios ordena, lo cumple. Él nos empodera para hacer lo que él manda. Él establece la unión del matrimonio para llevar a cabo su divina voluntad de una forma continua y ordenada. La historia de la vida humana es una historia familiar: “Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne” (Génesis 2:24). A través de la unión de los dos sexos en el matrimonio, Dios actúa para llenar la tierra con personas, para honrar la intimidad del matrimonio, y para darse gloria a sí mismo (1 Corintios 11:11,12).

Las imágenes del nacimiento y el matrimonio también reflejan y hacen eco de la relación de Dios con nosotros en la iglesia (Efesios 5:31,32). Desde el Edén, los nacimientos y las bodas son expresiones de Dios usadas para proclamar unión y reconciliación con Dios. Ninguna imagen es más escueta, más natural, ni más real para describirnos a Dios y a nosotros en la nueva vida de fe, que la implantada en el orden creativo de Dios. Ninguna trae más íntima e intensamente las emociones de la fe al primer plano. La relación entre novio y novia, anclada en la vida humana y la sexualidad, es una imagen tan fuerte y tan viva que trae gozo a los corazones de los

creyentes. Evoca una felicidad que toma cautivos a los cristianos y anticipa una reunión final con Dios en la muerte (Apocalipsis 21:9, 10, 23-27).

La imagen nupcial es clave para entender la obra de Cristo sobre la tierra y su don en la Santa Cena. La vida cristiana tiene su escenario en la obra de Cristo como el Novio celestial. La imagen de la novia y el Novio abre para nosotros la increíble paradoja de la vida. Ésta explica cómo los pecadores se vuelven santos a través de la unión con Jesús. Revela cómo un Dios justo perdona nuestros errores, pone a un lado su ira, y gratuitamente declara su amor por nosotros una vez más (Oseas 14:1-4; Cantares 4:1; Isaías 44:2). Esto clarifica cómo el misterio de la obra de Dios en la tierra se entiende solamente por fe.

Esta relación de novia y novio proclama el gozoso intercambio entre novia y novio en una poderosa imagen bíblica. Esta imagen describe cómo la fe nos une con Cristo igual que una novia se une con su novio. Por medio de este misterio, como observó una vez un profesor cristiano, Cristo se convierte en una sola con nosotros en un verdadero matrimonio (Efesios 5:25-32). Es el más perfecto de todos los matrimonios, del cual los matrimonios humanos son solamente pobres ejemplos. En esta unión con Cristo, tenemos todo en común. Lo que Cristo tiene, nosotros lo tenemos como si fuera nuestro. Y lo que nosotros tenemos, Cristo lo reclama como si fuera suyo.

Entender esta unión mística es comprender los inestimables beneficios de la fe. Cristo está lleno de gracia, vida y salvación. Nosotros estamos llenos de pecados, muerte y condenación. En este matrimonio estamos unidos con Cristo por el vínculo de la fe. Como nuestro Novio, Jesús debe asumir las cosas que son de su novia y, a cambio, dar a su novia las cosas que son suyas. Si él le da a ella su cuerpo y su ser, ¿por qué no debería darle todo lo que es suyo? Y si él toma

el cuerpo de la novia, ¿por qué no debería tomar todo lo que es de ella? Igualmente nuestro Novio celestial toma nuestros pecados, nuestra muerte y nuestra condenación como su dote. Y su gracia, vida y salvación se convierten en nuestra posesión.

Este gozoso intercambio no solamente tiene que ver con una unión mística con Cristo. También se trata de compartir la santa lucha y victoria de Cristo, su salvación y redención. Nuestro Novio es Dios y hombre en una sola persona. Como Dios, él no puede pecar, ni morir, ni ser condenado. Su justicia, vida y salvación son invencibles, eternas y omnipotentes. Y sin embargo, con el anillo de boda de la fe, él comparte los pecados, la muerte y los dolores del infierno que son de su novia. Él los hace propios y actúa como si fueran suyos, como si él mismo hubiera pecado. Él sufrió, murió y fue enterrado para vencerlos todos.

Ya que Cristo es un Novio celestial, su justicia es más grande que los pecados de todo el mundo, su vida es más fuerte que la muerte, y su salvación es más invencible que el infierno. Entonces por la promesa de la fe su novia es libre en Cristo, su Novio (libre de todos los pecados y segura contra la muerte y el infierno). Como novia, ella recibe justicia eterna, vida y salvación como dote de su Novio, Cristo. En esta gloriosa unión, él toma para sí una gloriosa novia, sin mancha ni arruga. Ella es suya por fe en la Palabra de la vida, justicia, y salvación (Efesios 5:26,27). De esta forma él se casa con ella en fe y amor inquebrantable y le promete matrimonio en misericordia y justicia (Oseas 2:19,20).

¿Quién puede apreciar completamente lo que significa este matrimonio real? ¿Quién puede entender las riquezas de la gracia de Dios? Este Novio rico y divino se casa con esta prostituta pobre y malvada, la redime de toda su maldad y la adorna con su bondad. Sus pecados ya no pueden perseguirla ni destruirla porque están puestos sobre Cristo y son

consumidos por él. En Cristo, su esposo, ella tiene una justicia de la cual presumir como propia, una justicia que puede exhibir con valentía al lado de sus pecados cuando se enfrenta con la muerte y con el infierno. Ella puede decir con dicha y confianza propias del matrimonio: “He pecado, sin embargo mi Cristo, a quien soy prometida por fe, no ha pecado. Y todo lo que es suyo es mío y todo lo que es mío es de él”. Como la novia de Cantares dice: “Mi amado es mío y yo soy suya” (Cantares 2:16).

La imagen de la unión con Cristo nos ayuda a entender no simplemente cuánto se le atribuye a la fe en Cristo, sino también que ante Dios somos justos y santos solamente por fe en Cristo. La justificación por fe no es una doctrina “más fría que el hielo” como algunos argumentan. La imagen nupcial personifica el calurosísimo intercambio entre Cristo y los pecadores de una forma dinámica. Llena el corazón de la novia de gozo en la vida y certeza de la vida eterna. Los matrimonios terrenales están reservados sólo para esta vida; nuestra unión con Cristo dura para siempre. Cuando el Señor nos da su cuerpo y su sangre para fortalecer el vínculo de la fe con él y todos los creyentes, su cena sirve a su propósito.

Comunión con el Cordero

Como anfitrión de la cena, por lo tanto, Jesús no está invitándonos a una simple reunión en una cocina espiritual. En la última cena antes de su muerte, él dio prioridad a la gran cena del Cordero, diciendo explícitamente: “Os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre” (Mateo 26:29). De esta forma Jesús reenfoca nuestra atención, rompe las barreras del tiempo y del espacio, y alista su banquete bajo la apariencia de la eternidad.

En la mesa del banquete, Jesús anticipa que primero beberá la copa del juicio de Dios. Su muerte producirá nueva vida en el reino de Dios. Jesús come la última cena con sus discípulos para prepararlos para la vida nueva con su Padre en el cielo. En el día de conmemoración del antiguo pacto, Jesús establece el nuevo pacto para la nueva era. Una vez el perfecto sacrificio de Cordero sea llevado a cabo en la cruz, las celebraciones de la Pascua dejarán de funcionar. Aquellos que coman la cena del banquete “de ahora en adelante” renuevan la comunión con Dios que dura indefinidamente por tiempo inmemorial.

En la cena, Cristo indica que nosotros recibimos el antídoto de Dios contra la muerte. Tomar la Santa Cena certifica que algún día nuestros cuerpos romperán los vínculos de la muerte y resucitarán a la vida igual que hizo nuestro Salvador. Ese día nosotros también romperemos la barrera del tiempo de aquí y ahora y desde entonces viviremos en el reino de Dios para siempre. Nosotros, que ahora comemos con el Cordero en la tierra, también comeremos en la casa de Dios en comunión ininterrumpida con todo el pueblo de Dios (Isaías 25:6-8; Lucas 14:15-24; Apocalipsis 19:9).

Celebrar la gran cena del Cordero sobre la tierra, por lo tanto, es una anticipación de la vida futura en el reino de Dios. Ya ahora los santos dispersos sobre la tierra comparten esta herencia con los santos reunidos en el cielo (Apocalipsis 5:6-14). La unión con Cristo ahora y la reunión con Dios entonces nos da una unidad que los miembros del cuerpo de Cristo comparten para siempre (1 Juan 3:1-3). En una doble imagen gráfica, el apóstol Pablo le dice a los creyentes cómo los que comen el cuerpo de Cristo ya son un cuerpo en Cristo aquí y ahora. “Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Corintios 10:17).

Comunión de los santos

Aunque los creyentes son muchos para contarlos, ellos realmente son un solo cuerpo. La unidad cristiana solamente viene a través de Jesús y su obra (Efesios 4:1-16). Al confesar la fe en Cristo, los creyentes llaman a la iglesia de Cristo la comunión de los santos por una buena razón. Comunión es la palabra para lo que tenemos en común y se refiere tanto a la iglesia de Cristo como a su cena. Los cristianos son un cuerpo en Cristo simplemente porque tienen un solo Señor y comen de un solo pan.

Pero, como es de esperar, la comunión de los santos sigue estando oculta bajo la cruz. Escondida en una multitud de gente, la iglesia está presente dondequiera que la Palabra de Dios de perdón es proclamada, ofrecida, garantizada y creída. Allí el Padre establece su reino en los corazones de los creyentes; la semilla echa raíces en la tierra (Lucas 17:20,21; 8:4-15). Sin embargo, solamente aquellos que verdaderamente confían en la Palabra de Dios son la comunión de los santos y obtienen beneficio de comer en la gran cena del Cordero. Escondido bajo el velo de la persecución, los sufrimientos, las divisiones externas y las falsas enseñanzas, el reino de Dios es establecido sobre la tierra para prepararnos para el reino de gloria en el cielo (Mateo 6:9,10).

Entonces el perdón que Cristo nos ofrece individualmente en su cena lo compartimos con una multitud de santos. El vínculo común del amor de Dios une a los creyentes en todo el mundo en el cuerpo de Cristo. Los que están unidos con Cristo por fe están unidos a través de Cristo unos con otros. El Sacramento de la Santa Comunión es la forma de Dios para garantizar visiblemente la vida con Dios y une a los santos de Dios en una fe común. Solamente la fe en la obra y en la Palabra de Dios produce la bendita unidad que Cristo pide a su Padre que preserve (Juan 17:11-17).

Por esta razón, es vital venir a la mesa de Dios sabiendo de lo que se trata la cena y reconocer su propósito (1 Corintios 11:28). Los cristianos de Corinto tuvieron que aprender esa lección, y nosotros tenemos que aprenderla de ellos. En Corinto, los participantes en la comida entendieron la fiesta de manera superficial. Muchos permanecieron centrados en sus propias actitudes y se preocupaban menos por el bienestar de los otros. Como resultado, la comunión de fe se fragmentó. ¿Cómo surgió esa confusión?

La iglesia corintia incorporó la Santa Cena en sus reuniones, que incluían comidas diarias regulares (1 Corintios 11:17-33). La gente pudiente traía comida para los pobres. En la tradición cristiana, sin duda la congregación invocaba a Dios para bendecir su pan diario y, al mismo tiempo, no olvidó la última comida que Jesús comió antes de su muerte. En piedad cristiana, la congregación llamó a esta combinación de la hora de la comida con la Santa Cena una comida de ágape o fiesta de amor.

Pero los hábitos en la comida común ocultaban la unidad y la comunión que tenían como cristianos. Compartir y preocuparse los unos por los otros dio paso a satisfacer el hambre y la sed personales. Algunos comieron de más e incluso se emborracharon; otros se fueron hambrientos de la fiesta del amor. La acción sin amor hizo burla de la celebración de la Santa Cena. Realmente muchos comieron y bebieron el juicio de Dios sobre ellos mismos en incredulidad e indiferencia. Semejante comportamiento divisivo rompió la unidad de la congregación.

Evidentemente la congregación necesitaba instrucción con respecto a la Santa Cena. Y el apóstol Pablo la dio. Cuidadosamente él enseñó a la congregación por medio de cartas y explicó explícitamente cómo la Cena del Señor encaja en la vida cristiana. Él quería que los miembros se dieran cuenta de que comer el cuerpo y la sangre de Cristo en la

comida de Cristo también afecta a la iglesia como el cuerpo de Cristo. La cena de Cristo no se come simplemente por el momento, sino que se celebra para el bienestar espiritual y eterno. En su acto de comer indisciplinado y egoísta, algunos miembros estaban pecando contra el cuerpo y la sangre del Señor. Con su comportamiento, estaban deshaciendo el propósito por el cual Cristo sufrió, murió y resucitó de la muerte.

Pablo, por lo tanto, dio a los cristianos el panorama general en términos simples. Primero, repitió las palabras que dijo el Señor Jesús en el momento que instituyó la comida (1 Corintios 11:23-25). Luego, puso estas palabras en perspectiva señalando la venida del Señor. Igual que hizo Jesús en la última cena, el apóstol proyectó el uso de la cena desde ese tiempo hasta la eternidad. “Así pues, todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa”, afirmó Pablo con cuidadosa instrucción, “la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1 Corintios 11:26).

Celebrar la vida con Dios es reconocer que Cristo no murió para promover el pecado, causar la muerte, mimar nuestros deseos de la carne ni darse por vencido ante la maldad, como parece indicar el ejemplo de algunos cristianos (1 Corintios 11:27-32; Gálatas 2:17-21). El comportamiento impenitente no tiene lugar en la gran cena del Cordero. Éste derrota la razón para la invitación de Cristo para celebrar la vida con Dios. No, la Santa Cena proclama la muerte de Cristo en la cruz para romper el reinado del pecado sobre nuestra vida, para vencer la muerte que nos separa de Dios y para aclamar su victoria sobre Satanás, el engañador.

En la gran cena del Cordero

La Santa Cena, por lo tanto, en forma única, une la actual promesa de perdón con una promesa futura de vida en el reino de Dios. Pone nuestros ojos en el fin del tiempo, de acuerdo

con las atractivas palabras de Jesús: “Vendré de nuevo” (Juan 14:2,3; Hechos 1:11). La aparición final de Jesús sobre la tierra marca el día del juicio y cumple el objetivo de Dios de reunir todas las cosas para sí mismo en Cristo. La iglesia que espera sobre la tierra proclama: “¡Ven, oh Señor!” (maranatha en la lengua de Jesús) y vive en ansiosa expectativa del día. Celebra su vida con Dios en la Santa Cena del Señor con acción de gracias incesante (eucaristía) (1 Corintios 16:22; 1 Tesalonicenses 3:13; 4:15; Apocalipsis 22:20).

Ese día Cristo cumplirá su promesa: “Os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre” (Mateo 26:29). Todo cristiano que come la cena ahora anticipa el fin del tiempo. La invitación a comer y beber en la mesa del Señor nos lleva al cierto futuro con Dios, asegurado por la muerte de Jesús. La proclamación de su muerte continúa en cada cena sucesiva hasta la llegada Cristo.

En el último día, la iglesia que esté sobre la tierra se une a la iglesia del cielo para recibir su bendición final: “Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero” (Apocalipsis 19:9). La escena, en la gráfica descripción de Juan, es la visión de la fe cumplida. En el trono de Dios, lo que está escondido ahora bajo el sello de la revelación de Dios entonces será descubierto a la vista (Apocalipsis 5:1-14). El único digno de romper el sello no es otro que Jesús, el victorioso Mesías, el León de Judea de origen judío de la descendencia de David. Él es el Cordero que está en el lugar de honor en el centro del trono de Dios. Él aparece como víctima pero ahora es vencedor. Y toda la creación y la iglesia rodean al vencedor que posee completo poder y la energía séptupla del Espíritu de Dios (Apocalipsis 1:4; Isaías 11:2).

El Cordero toma el relato sellado de la diestra de Dios y lo abre. Y toda la creación y la iglesia, sus beneficiarios, se

arrodillan en homenaje al Cordero que fue inmolado. Una oración de alabanza y gratitud acompaña la nueva canción de liberación de la iglesia. El Cordero es digno de esa acción de gracias... porque como nuestro vicario, él murió... porque como víctima, su sangre vital redime a la gente de toda tribu, idioma, pueblo y nación... porque como vencedor, él hace que la iglesia reine con él.

Los ángeles en número infinito se unen a toda la creación y a la iglesia para cantar a viva voz un magnífico “Te Deum” en adoración de Cristo, el Cordero Redentor:

“¡El Cordero que fue inmolado es digno
de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza,
la honra, la gloria y la alabanza!” (Apocalipsis 5:12)

Ellos dirigen el cántico al Cordero que fue inmolado porque sólo él es digno de recibir nuestra alabanza. Sólo él posee esos atributos séptuplos que solamente pertenecen a Dios.

Un coro se une al nuevo cántico. Todo lo que tiene vida y respira en el cielo, la tierra o debajo de la tierra, y en el mar se une en un coro final magnífico de acción de gracias a Dios entronizado en las alturas y al Cordero Redentor. Toda esta creación dice: “Amén”, y la iglesia adora a su Señor con toda la debida reverencia.

Esta gloriosa visión del futuro viene a nosotros escondida bajo la forma de pan y vino. En la Santa Cena, Jesús está presente. El Cordero que fue inmolado por nosotros nos dice con toda simplicidad: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí”, y “Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados. Haced esto todas las veces que la bebáis, en memoria de mí.”

La gran cena del Cordero está servida para nosotros, querido lector. Todos los días globalmente, en lenguajes distintos, la gente de todas las naciones se comunica con estas simples palabras. Cuando reciben la Santa Cena, ellos comen y beben en común. Tal y como estaba planeado, esta cena festiva implica que el pueblo de Dios comparte el don de perdón de Dios hasta que venga. Hasta ese día, celebramos la vida todos los días por fe en Cristo y le servimos a él y a su mundo en acción de gracias.

En tu mesa bendecida
Tú me das la bienvenida:
Los misterios de tu gloria
Hoy celebro en tu memoria.
Con tu santo cuerpo y sangre
Sacias hoy de mí alma el hambre.
Haz que en fe, amor, constancia
frutos lleve en abundancia. (CC 126:3)

Apéndice 1

Catecismo Menor de Lutero

La institución del Sacramento del Altar

Primero: ¿Qué es el sacramento del altar?

Es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo bajo el pan y el vino, instituido por Cristo mismo para que los cristianos lo comamos y bebamos.

¿Dónde está escrito esto?

Así escriben los santos evangelistas Mateo, Marcos y Lucas, y también San Pablo: “Nuestro Señor Jesucristo, la noche en que fue entregado, tomó el pan; y habiendo dado gracias, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es dado. Haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado y habiendo dado gracias, la dio a ellos, diciendo: Tomad y bebed de ella todos; esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por vosotros para remisión de los pecados. Haced esto, todas las veces que bebiereis en memoria de mí”.

Las Bendiciones de la Santa Comunión

Segundo: ¿Qué beneficios confiere el comer y beber así?

Los beneficios los indican estas palabras: “por vosotros dado” y “por vosotros derramada para perdón de los pecados”. O

sea, por estas palabras se nos da en el sacramento perdón de pecados, vida y salvación; porque donde hay perdón de pecados, hay también vida y salvación.

El Poder de la Santa Comunión

Tercero: ¿Cómo puede el comer y beber corporal hacer una cosa tan grande?

Ciertamente, el comer y beber no es lo que la hace, sino las palabras que están aquí escritas: “Por vosotros dado” y “por vosotros derramada para perdón de los pecados”. Estas palabras son, junto con el comer y beber corporal, lo principal en el sacramento. Y el que cree dichas palabras, tiene lo que ellas dicen y expresan; eso es: “el perdón de los pecados”.

La Recepción de la Santa Comunión

Cuarto: ¿Quién recibe este sacramento dignamente?

El ayunar y prepararse corporalmente es, por cierto, un buen disciplinamiento externo; pero verdaderamente digno y bien preparado es aquel que tiene fe en las palabras: “por vosotros dado” y “por vosotros derramada para perdón de los pecados”. Mas el que no cree estas palabras o duda de ellas, no es digno, ni está preparado; porque las palabras “por vosotros” exigen corazones enteramente creyentes.

Apéndice 2

La Confesión de Augsburgo de 1530

Artículo X: LA SANTA CENA

Respecto a la cena del Señor se enseña que el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo están realmente presentes en la cena bajo las especies de pan y vino y que se distribuyen y se reciben allí. Por lo tanto, se rechaza la enseñanza contraria.

Artículo XIII: EL USO DE LOS SACRAMENTOS

En cuanto al uso de los sacramentos se enseña que éstos fueron instituidos no sólo como distintivos para conocer exteriormente a los cristianos, sino que son señales y testimonios de la voluntad divina hacia nosotros para despertar y fortalecer nuestra fe. Por esta razón los sacramentos exigen fe y se emplean debidamente cuando se reciben con fe y se fortalece de ese modo la fe.

Para lectura adicional

El Libro de Concordia

La Confesión de Augsburgo: Artículo XXII: Las Dos especies en el sacramento; Artículo XXIV: La misa.

Apología de la Confesión de Augsburgo: Artículo X: La Santa Cena; Artículo XXII: Las Dos especies en la Cena del Señor; Artículo XXIV: La Misa.

Artículos de Esmalcalda: Parte III, VI: Acerca del Sacramento del Altar.

Fórmula de Concordia, Epítome: Artículo VII: La Santa Cena de Cristo.

Fórmula de Concordia, Declaración Sólida: Artículo VII: La Santa Cena.

Brug, Juan, Church Fellowship: Working Together for the Truth. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1996. This book treats the topic of church fellowship as the scriptural principles of fellowship apply to the practice of closed Communion.

Essays in Our Great Heritage, 3 vols. Edited by Lyle W. Lange. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991:

Habeck, Irwin. "Who May Officiate at the Lord's Supper?" Vol. 3.

Koelpin, Arnold. "The Sacramental Presence in the Theology of the Synodical Conference." Vol. 3.

Kretzmann, Paul. "Admission to, and Registration for, the Lord's Supper." Vol. 3.

Hoenecke, Adolph. Evangelical Lutheran Dogmatics, Volume IV. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1999: "The Lord's Supper," 105-151.

"Statement on the Lord's Supper." Doctrinal Statements of the WELS. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1997: 57-60.

Website de WELS www.wels.net, Questions + Answers. Aquí se pueden encontrar respuestas a muchas preguntas prácticas sobre la Santa Cena.

Índice de textos bíblicos

Génesis

1:26—36
1:27—113
1:27,28—81,105
1:28—114
1:31—38
22,3—24
2:7—52,105
2:8,9,15-17—78
2:9—90
2:19,20—87
2:24—81,114
23—7
3:1-4—89
3:4—55
3:5—55,71
3:15—7,28,41,105
3:15,20—56
3:21-24—107
3:22—90
4:26—56
5:1-5—36,37
5:3—24,113

27:8—77
8:21—30
9:5—24
12:1-3—17
12:1-5—108,109
12:2,3—22,28,41
15:1-21—109
15:6—109
17—74
17:1,2—106
32:28—64

Éxodo

1:14—21
3:11-14—85,86
4:25—74
12:1-11—19
12:1-30—18
12:7,12,13—20
12:11—18
12:14—18
12:17-20—61
12:26,27—20

12:27—21
 12:31-51—17
 12:43,48—18
 12:46—20
 13:6-10—18
 15:1-18—111
 19:40—26
 19:6—42
 20:3—71,80
 20:3-11—105
 20:12-17—104
 20:24—48,76
 33:14—102
 33:18-20—47
 33:22—47
 34:6—47
 34:6,7—86

Levítico

1:1-9—29
 6:1-7—26
 11:45—27
 16:14-16—26
 17:11—24,30,93
 19:2—38
 23:4-8—19
 23:9-14—22

Números

6:24-26—79,111

Deuteronomio

4:1—42
 5:32—89
 6:5—38
 12:10—102
 13:3—38
 16:3—19

16:8—19
 18:15—110
 26:5-11—20,21
 30:20—52

1 Samuel

16:7—72

2 Samuel

7:11-16—110

1 Reyes

19:14-18—72

Job

19:25—95
 38:4-41—78

Salmos

19:12—106
 24:3-5—91
 24:4—104
 32:1,2—27
 46:1—76
 51:1-4—105
 51:1-5—106
 51:5—105
 68:18—91
 96—111
 100—9
 110:1—88,94
 113—21
 114—21
 115-118—21
 119—9
 130—95
 130:1-4—105
 136—21

139:7-10—94

141:2—48

145—65

149—111

Proverbios

3:5—37

Cantares

2:16—117

4:1—80,115

Isaías

1:18—26

6:1-5—103

6:3—91

7:13,14—110

11:2—123

25:6—101

25:6-8—118

25:7,8—102

30:15—106

43:1—76

43:10—42

44:1-3—42

44:2—80,115

45:15—47,79,89

53:2-12—79

53:3-5—97

53:6—28,33,80,110

53:6-10—81

55:6-8—108

55:8—9

55:11—64,73,83

60:1-3—40

61:10—80

64:6—104

Jeremías

10:3-15—9

23:24—94

31:31-34—40

Ezequiel

16—25

23—25

Oseas

1:2—80

2:19,20—117

14:1-4—80,115

Amós

5:21-25—86

Miqueas

6:7—55

Malaquías

3:6—95

Mateo

1:20-25—25

3:17—54

4:1-11—112

4:4—11

5:16—100

5:17—22

6:9,10—119

6:13—91

7:14—105

11:28—102

12:30-32—112

13:24-30—73

16:16,17—46

16:18,19—76

16:19—108
 17:1-8—79
 17:2—102
 17:5—54
 18:15-20—108
 18:18—76
 18:20—69
 22:1-14—102
 25:31-46—102
 25:34-40—111
 25:41-46—104,105
 26:17-30—13
 26:26—61
 26:26,27—63
 26:26-28—8,11
 26:27—63
 26:28—23,39,40,96
 26:29—61,118,122
 26:30—57
 26:42—17
 26:64—88,94
 27:3-5—105
 28:16-20—102
 28:18-20—69,72
 28:19—75,76
 28:20—45,89,94

Marcos

1:11—96
 2:10-12—99
 2:15-17—102
 2:28—96
 9:7—90
 14:12-26—14
 14:22-24—8
 14:24—40
 14:25—22,61
 16:19—88

Lucas

1:46-55—104
 1:49—91
 2:29-32—66
 2:33-35—90
 5:5-8—103
 8:4-15—119
 13:23-30—107
 13:34—107
 14:15-24—118
 17:20—72
 17:20,21—119
 18:9-14—103,112
 19:7-9—103
 19:10—64
 20:42—88
 22:7-39—15
 22:14—61
 22:14-20—52
 22:18—61
 22:19—61,65,67
 22:19,20—8,59
 22:20—23,39,40,58
 22:29,30—101
 22:39-44—110
 22:66-71—97
 23:32-37—80
 24:47—106

Juan

1:1,16-18—91
 1:1-3—32,90
 1:1-14—45
 1:6-9—41
 1:14—32,90
 1:18—32,41,90,91,94
 1:29—8,33,63
 1:29-34—110

1:43-50—113	19:30—41,110
1:49—63	19:35—63
1:51—90	20:21,22—76
3:5-8—75	20:23—108
3:16—7,32,39,55,90,91, 102	20:31—64
3:16-21—112	
3:17,18—39	
5:22,23—70	
5:24—75	
6:25-66—103	
6:32-40—36	
6:57,58,66—97	
7:33,34—94	
8:12—41	
8:31—70	
8:31,32—96	
8:42-47—103	
9:5—56	
10:9—56	
10:30—90,91	
12:13—63	
13:2-5—61	
13:10—18	
14:2,3—122	
14:6—9,96	
14:8-14—90	
14:9-11—93	
14:11—91	
14:18—94	
15:1-8—90	
15:5—56	
15:26—81,106	
17:3—73	
17:11-17—120	
17:17-21—82	
18:37—62	
19:21—62	
	Hechos
	1:3—90
	1:9-11—44
	1:11—122
	2:36-39—105
	2:36-41—102
	2:38,39—106
	2:41—69
	2:41-47—69
	2:42—68
	4:10-12—73
	77—40
	9:2—56
	10:9-15—70
	11:22,26—69
	17:23—89
	20:28—32,60,75,93
	Romanos
	1:16—73,91
	1:16,17—49
	1:17—72
	1:18-32—37
	1:19,20—79
	1:20—47
	1:22,23—70
	1:22-25—9
	2:12,13—73
	2:14,15—37,73
	2:28,29—74
	3:9-20—37
	3:10-18—105

3:21-24—49
 3:21-25—48
 3:21-26—30
 3:22—76
 3:23—107
 3:25—44,75,93
 4:1-3—72
 4:1-13—109
 4:3—109
 4:5—30
 4:8—25,27
 4:11—74
 4:22-25—28
 5:9—75
 5:12-14—25
 5:12-21—37
 5:15—27,113
 5:15-17—49,111
 6-8—105,107
 6:2-7—75
 6:8-10—75
 6:23—27
 7:9-12—105
 7:14-20—76
 7:14-25—76
 7:22-25—105
 7:23-25—105
 8:1-4—105
 8:1-11—107
 8:1-17—36
 8:5-8—37
 8:26,27—105
 8:31-39—76
 8:32—55
 8:33-36—32
 10:4—31
 10:8-12—55
 10:10—72

10:17—55
 10:17-21—111
 11:6—37,72
 11:33-36—73
 12:1—65
 12:1,2—25
 12:1-21—111

1 Corintios

1:10-13—82
 1:20-25—103
 1:22-25—78
 1:26-31—89
 2:2—110
 2:6-10—54,55
 2:7-10—46,79
 2:8-10—110
 2:10—37
 2:10-13—89
 2:10-16—33,79,81
 2:11-16—36
 2:12-16—107
 3:23—32
 4:1—55
 5:1-5—108
 8:1-13—70
 8:4—70
 8:6—71
 8:7,8—70
 10:15,16—99
 10:16—53,58,59
 10:16,17—74,81,83,114
 10:17—65,119
 10:18-21—68
 10:20,21—71
 10:23-31—62,71
 10:25,26—70
 10:27-29—70

11:11,12—114	3:2—111
11:14-33—69	3:6—109
11:17-33—120	3:6-9—108
11:23-25—8,57,59,121	3:15-20—42
11:23-29—16	3:19-25—42
11:24—65	3:23-25—42
11:24,25—72	74—42
11:25—35,40	4:4—41
11:26—23,59,60,67,68,75, 121	4:4,5—8
11:27-29—103,107,108, 113	4:4-6—39,40
11:27-32—121	5:1-6—100
11:28—120	5:19-21—103,104
13:12—102	5:22-26—73

Efesios

15—44	1:7—75,91
15:25-27—94	1:10—7,101
15:25-28—94	1:9,10—40
15:44-49—54	1:22—83
15:50-57—111	2:3-5—95
15:54-57—81	2:5—38
15:57—8	2:8—39
16:22—122	2:8,9—72
	2:8-10—100
	2:10—49,75
	2:14-16—25
	3:4—45
	4:1-16—119
	4:15—74
	4:22-24—36
	4:24—36
	5:22-32—100
	5:25-32—115
	5:26,27—117
	5:31,32—115

2 Corintios

3:6—39
5:12—72
5:19—25,46,47,55,95
5:21—55
7:10—105,106
12:9—76
12:9,10—106

Gálatas

1:2—69
2:17-21—105,121
73—42
3:1-9—109

Filipenses

2:5—98

2:6-8—110
 2:6-11—98
 2:9-11—102
 3:8-11—73
 4:8—62

Colosenses

71,2—9
 1:15—32,93,113
 1:15-23—92
 1:16,17—92
 1:18—92
 1:18-20—93
 1:22,23—95
 1:26—113
 2:2,3—45
 2:8—92
 2:8-20—89
 2:9—54
 2:9,10—91
 2:16,17—23,62
 2:17—85,91
 2:20-23—37
 3:1-3,12-14—106
 3:3—32
 3:9,10—36
 4:3—45

1 Tesalonicenses

3:13—122
 4:15—122

2 Tesalonicenses

2:3,4—92

1 Timoteo

1:3-7—9
 1:17—63

2:8—61
 3:16—12,45,46,113
 6:13-16—63

2 Timoteo

1:8-10—74
 2:13—77

Tito

3:5-7—77

Hebreos

1:1—64
 1:1-4—23
 1:3—94
 3:7-11—103
 3:12-15—104,108
 4:2—76
 4:12—64
 4:15—43
 5:7-10—43
 6:13-18—40
 7:26,27—23,86
 7:26-28—58
 7:27—31
 79—29
 9:6-11—32
 9:11,12—28
 9:11-14—74
 9:12—31
 9:15—40,41,44
 9:16-18—74
 9:16-22—41
 9:17-22—44
 9:19-23—74
 10:1-10—42
 10:8-10—44
 10:19-22—91

11:1—46,79
 11:1,8-19—109
 11:1-3—87
 11:3—55
 12:1,2—101
 13:8—10

Santiago

1:16-18—95,112
 1:17—31
 1:19—2:17—105
 1:26,27—112
 2:8—27
 2:10—38
 2:10-12—105
 2:14-17—100
 2:23—109
 4:6—36

1 Pedro

2:9—75
 2:24—28
 3:21—77

1 Juan

1:7—60,81
 3:1-3—119
 2:1,2—32
 4:1,2—36
 4:1-3—97
 4:1-6—112
 4:2—32,98

4:2,3—54
 4:7-10—112
 4:10—38
 4:19—65,91

2 Juan

76—65

Apocalipsis

1:4—123
 2:7—101
 5:1-14—122
 5:6-10—44,94
 5:6-14—119
 5:9,10—111
 5:12—123
 5:12,13—64
 5:12-14—104
 5:13,14—91
 6:11—80
 7:10—91
 7:15-17—101
 19:6-9—81
 19:9—102,118,122
 19:11—28
 20:5—75
 21:9,10—91
 21:9,10,23-27—115
 22:12-16—110
 22:14,19—101
 22:20—122

Índice temático

- actos de adoración 56-66
- adoración, Nuevo Testamento 51-66
- amor agape 38,39
- arrepentimiento 106-109

- bautismo 75-78
- bendición 57

- celebración 48,49
- comunión 69-72
- comunión cercana 106-109
- comunión de los santos 69,119-121
- conciencia 36-38
- consagración 57-60
- cualidades para asistencia 103-105
- cumplimiento de la ley 31

- discurso figurado 56
- distribución 60-63

- eucaristía 65
- expiación 24-33

- gracia, religión de la 36-39

- herencia 39-44

- iglesia 68-72
- impenitencia 108,112
- imputación 25, 27, 29
- invitación 35-39,102-105

- libertad cristiana 61,62
- llaves 106-109

- marcas de la iglesia 67-74

- medios de gracia 32
 misterio 45,46,53,77-81,94, 113-117
 naturaleza de Cristo 89-99
 obras, religión de 36-38
 pacto 39-44
 palabras de institución 59
 palabras para la adoración 52-56
 Pascua 16-22
 presencia de Dios 44-48,78-80
 presencia real 53-56,82-100
 promesa de amor 80,81,114-117
 realistas 85-88
 recepción 63-66
 reconciliación 94,95
 redacción equivocada 62,63
 relatos de la Santa Cena 13-16
 sacramento de la confirmación 75-78
 sacramento de la iniciación 75-78
 sacrificio bajo la ley de Israel 29-31
 sacrificios de animales 26-31
 sangre 23,24
 sello del perdón de Dios 74-80
 separación 57
 transustanciación 83-85
 unión con Dios 80, 81, 114-117
 unión sacramental 57
 universo de dos pisos 86-88

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† LOS ÁNGELES Y LOS DEMONIOS

† EL BAUTISMO

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIAÍSTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LEY Y EVANGELIO

† **LA SANTA CENA**

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.mlpwels.com